

LOS RÍOS SUBTERRÁNEOS

LA GUERRILLA SIN NOMBRE

Juan Aguado Franco

BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM** BIBLIOTECA **INEHRM**



BIBLIOTECA **INEHRM**

LOS RÍOS SUBTERRÁNEOS
LA GUERRILLA SIN NOMBRE

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

LOS RÍOS SUBTERRÁNEOS
LA GUERRILLA SIN NOMBRE

Juan Aguado Franco

MÉXICO 2022

F1235.5.R56

A48

2022 Aguado Franco, Juan.

Los ríos subterráneos. La guerrilla sin nombre/Introducción de Francisco Ávila Coronel y Arturo Iván Aguado Quintanilla. México, Ciudad de México: Secretaría de Cultura, INEHRM, 2022. 159 páginas: ilustraciones, fotografías: 21 cm. (Biblioteca INEHRM)

ISBN: 978-607-549-363-3 INEHRM

1. Guerrillas-México-Biografías. 2. Movimientos sociales-México. 3. Insurrección-México-Siglo XX -Relatos. I. Ávila Coronel, Francisco, prologuista. II. Aguado Quintanilla, Arturo Iván, prologuista III. Foko Ojeda, Rogelio, ilustrador. IV. Aguado Quintanilla, Arturo Iván, ilustrador. I. t. II. ser

Portada: ilustración de Rogelio Foko Ojeda y Arturo Iván Aguado Quintanilla.

Ediciones en formato impreso:

Primera edición, INEHRM / Juan Aguado Franco, 2023.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2022.

D. R. © Juan Aguado Franco.

D. R. © Francisco Ávila Coronel, texto introductorio.

D. R. © Arturo Iván Aguado Quintanilla, texto introductorio.

D. R. © Rogelio Foko Ojeda y Arturo Iván Aguado Quintanilla por la ilustración.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN 978-607-549-370-1

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

Contenido

Recuperar la memoria en colectivo	7
<i>Francisco Ávila Coronel</i>	
Derrumbando mitos	11
<i>Arturo Iván Aguado Quintanilla</i>	
Agradecimientos	13

PRIMERA PARTE

Un relámpago	19
Un poco de historia	20
La Revolución Mexicana en esta región	20
Mi padre: 10 años avecindado en Chicago	22
Mi padre y mi abuelo, agraristas	24
La familia se traslada al Territorio Norte de Baja California	28
Cómo empezó mi formación política	37
La familia empieza a emigrar	40
Un cambio decisivo	42
Mi incorporación al Movimiento Espartaquista Revolucionario (MER)	45
Cómo me fui convirtiendo en activista	48

Movilizaciones para abrir una preparatoria en Ciudad Mante, una Facultad de Agronomía y la lucha por la autonomía de la Universidad de Tamaulipas....	54
Del activismo social al movimiento armado	58

SEGUNDA PARTE

Testimonio de un exespartaco y su experiencia en las montañas del Cuadrilatero de Oro.....	73
La guerrilla rural de la Liga Comunista 23 de Septiembre en el norte de México.....	80
Tarea de enlace: del llano a la montaña con el núcleo de Urique	81
Acerca del Ferrocarril Chihuahua-Pacífico, “Chepe”	84
Primero de muchos viajes a la sierra	89
Primera Jornada Nacional de Agitación y Propaganda, 16 de enero de 1974 (“El Asalto al Cielo”)	93
Combate en San Rafael de Orivo.....	96
El trabajo de organización y formación.....	103
El viaje por el <i>Matus</i>	120
El regreso y la escaramuza en Estación Loreto.....	128
Crisis interna: el oportunismo, recomposición o rectificación	143
María de la Paz y Juan.....	157
Fuentes consultadas.....	159



Recuperar la memoria en colectivo

Hace casi 20 años, después de haber dejado atrás la guerrilla y de haber vivido la persecución, ejecución, desaparición o el encarcelamiento de muchos de sus camaradas, Juan Aguado colocaba aquella derrota militar como algo doloroso que le hacía sentir que recordar lo ocurrido “no era importante”. Sin embargo, a finales de la década de 1990 se llevaron a cabo encuentros de exguerrilleros a los que fue invitado y donde escuchó a muchas compañeras que fueron parte del Movimiento Armado Socialista Mexicano (MASM). En esos eventos, Juan notó que había mujeres y hombres que decían que el movimiento armado no había sido derrotado, aunque él consideraba que esa posición habría que repensarla. Y así comenzó a darse cuenta de lo importante que era recuperar sus memorias, con la intención de contribuir a ese balance que se abría entre los sobrevivientes del MASM.

Otro referente importante para Juan Aguado fueron los recorridos que exguerrilleros y exguerrilleras hicieron en diversos lugares emblemáticos de la memoria (como Ciudad Madera, Chihuahua, o algunos sitios de Sinaloa), viajes organizados por José Luis Alonso Vargas (“Chelís”), en los que Juan tuvo la oportunidad de reencontrarse con camaradas a los que tenía muchos años de no ver. Acerca de esos viajes, concluye que al reconocer a muchos de ellos, que habían permanecido en el silencio, y al poder hablar colectivamente de sus experiencias, “eso nos dio identidad”.

Luego de aquel diálogo se sintió en un pantano, pues se estaba recuperando mucha información, pero se amonto-

naba y “no nos servía de nada”. Sin embargo, recuerda que estaba en pleno proceso de recuperación de la memoria, a principios de 2019, cuando Felipe Ávila, Pedro Salmerón y Adela Cedillo convocaron a realizar el Seminario del Movimiento Armado Socialista Mexicano, que atrajo la atención de historiadoras e historiadores, pero también hubo una importante asistencia de sobrevivientes del MASM. Juan lo valoró como un espacio importante de reflexión académica y testimonial.

En abril de 2020 fundé el Taller de Testimonios del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, que fue un espacio de construcción colectiva de la memoria, y que sirvió como dispositivo para activar los recuerdos, con respeto y amorosidad. En el transcurso de este proceso se fueron integrando mujeres y hombres sobrevivientes. Adela Cedillo y Alejandro Peñalosa se sumaron como coordinadores de algunas sesiones, pero también fueron buenos escuchas y comentaron las problemáticas de la memoria que emergían en el taller. Fue un trabajo muy intenso de dos años, durante los que nos reuníamos todos los jueves para escuchar a compañeras o compañeros, para resolver cuestiones logísticas del taller, tomar acuerdos, solucionar problemáticas o discutir los diversos puntos que surgían en la escritura de los testimonios.

En el contexto del Taller de Testimonios del MASM, Juan Aguado fue uno de los primeros que ofreció exponer y escribir su testimonio, y en ese proceso se fue dando cuenta de que había una gran cantidad de recuerdos que le brindaban un nuevo sentido a su vida y experiencia. Alguien llegó a decirle: “es que ni siquiera tú te conocías, porque ni sabías tú todo lo que sabías o lo que hiciste”. Esa activación de la memoria y esa posibilidad de romper el silencio también se combinaron con el temor, pues constantemente hubo una tensión respecto a qué podía decirse públicamente y qué no.

En este sentido, su decisión fue hablar de cuestiones públicas, de los procesos políticos que llevó el movimiento armado, y dejó en segundo plano su propia experiencia personal y familiar, esto en parte porque consideró que era importante salvaguardar su seguridad, pues todavía hoy persiste la sombra de la represión y de añejas venganzas. En más de una ocasión, en el taller se dijo que “el Estado nunca olvida”.

FRANCISCO ÁVILA CORONEL



Derrumbando mitos

¿Puede entenderse la historia nacional de otra manera que como un nudo de pasiones y conflictos violentos, en los que la revolución, la revuelta popular, no necesita justificaciones, porque se justifica por sí misma y en las condiciones materiales que la producen, ante un poder que no le ofrece a la sociedad otra salida?¹

El presente libro es un modesto pero poderoso testimonio de uno de los protagonistas de la guerrilla en México durante las décadas de 1960 y 1970 que busca echar luz sobre este periodo y derribar los mitos que se han ido repitiendo, pues a pesar de los muchos escritos sobre las guerrillas socialistas mexicanas de esos años, la gran mayoría parte de dos errores. El primero es que se ciñen a los documentos oficiales elaborados por la inteligencia del Estado, con todo el sesgo ideológico que ello implica. El segundo es que la mayoría de los protagonistas que han dejado su testimonio no han tenido, por la razón que sea, una visión integral de todo el proceso. Así, se ha insertado en el imaginario popular que las guerrillas socialistas mexicanas fueron producto de la radicalización de las protestas estudiantiles por la represión,

¹ Paco Ignacio Taibo II, *El Cura Hidalgo y sus amigos*, Ediciones B, 2007.

por las masacres de 1968 y 1971. También se ha creado la idea limitada de que las guerrillas fueron sólo una expresión en las principales ciudades del país. En el mejor de los casos, algunas investigaciones han mencionado de forma superficial la participación de los movimientos obreros y agrarios o de cristianos de la Teología de la Liberación.

Las guerrillas socialistas mexicanas son todo eso y más. Son estudiantes protestando en contra de una educación instrumental que sólo sirve al capital; son maestros rurales pidiendo recursos para sus escuelas; son campesinos hartos del robo de tierras; son comunistas antidogmáticos; son obreros que luchan por mejores condiciones laborales; son maestros y filósofos poniendo en práctica la teoría; son cristianos que utilizan la praxis marxista para traer el reino de Dios, la justicia y la libertad a nuestra tierra; son movimientos sociales que buscan una mayor apertura política; son gente común que se solidariza con las causas más justas para transformar el estado de las cosas.

Los procesos sociales no nacen de la nada ni son producto de la ocurrencia de un caudillo. Son generados por la interacción de los individuos con las condiciones materiales que crean en conjunto y en las que están inmersos.

Las luchas y los movimientos sociales son ríos que corren simultáneamente desde un mismo contexto histórico, a veces juntos, a veces invisibles, algunas veces surgen a la superficie para encontrarse y nutrirse entre sí, otras veces ocultos y separados, pero nunca se estancan. Ahí están, preparándose, esperando el momento en que las condiciones materiales les permitan regar los campos. Su derrota en realidad es aparente, pues siempre continuarán luchando desde diferentes trincheras, por la justicia y una sociedad mejor.

ARTURO IVÁN AGUADO QUINTANILLA



Agradecimientos

A mi familia y a mi esposa, de quienes recibí siempre apoyo solidario para escribir este TESTIMONIO. A mi estimado amigo Alfonso Teja Cunningham, que generosamente tuvo la paciencia de revisar por primera vez este trabajo. Su ayuda y comentarios fueron muy valiosos. Al Director General del INEHRM, doctor Felipe Ávila Espinosa. A Francisco Ávila Coronel, coordinador del Taller de Testimonios. A todo el equipo del INEHRM, de manera especial a Lourdes Martínez Ocampo, Veremundo Carrillo Reveles, Nantsillely Hernández, Alicia Álvarez Hinojosa y Edna López Sáenz. También a los historiadores que colaboraron en la moderación del taller: Adela Cedillo y Alejandro Peña-loza, y a tod@s los participantes en este taller que tuvieron la paciencia de escuchar mis primeros relatos.

Mención especial a mi hijo Arturo Iván que en todo momento me brindó su ayuda incondicional con importantes comentarios y sugerencias y también revisando el texto una y otra vez.



*A la memoria de tantos compañeros y
compañeras que ofrendaron sus vidas en aras de
construir una patria mejor.*

*A mi compañera, hijos, nietos y bisnietos
que muchas veces sin pedirlo han aguantado mis
largas narraciones, relatos e historias que sin duda
le dieron contenido a mi existencia.*

PRIMERA PARTE



Un relámpago

El día transcurría en calma, cálido por ser verano. Un ligero viento apenas presagiaba la llegada de una tormenta. De pronto se escuchó un terrible estallido producido por un rayo que descargó su fuerza en un árbol seco que se negaba a morir en medio del patio. Ubicado entre la entrada principal de la casa y el portón que aislaba la finca de las miradas de la gente que ocasionalmente caminaba por la calle, de inmediato empezó a arder, sus ramas secas crepitaban conforme crecía el fuego. Duró un buen rato quemándose hasta quedar reducido a un montón de cenizas.

Sobre una manta a un lado de mi madre, ocupada en desgranar unas mazorcas de maíz en una olotera, me encontraba acostado; apenas tendría escasos tres días de nacido. Por instinto su reacción fue abrazarme buscando protegerme. Claro que por mi edad no podría recordar este hecho, más bien de tanto que se comentó se me quedó grabado en la mente. Después de muchos años bromeo con mis nietos y les digo que a mí no me trajo la cigüeña, yo llegué a la tierra montado en un relámpago de luz.

Podría interpretar este hecho como un presagio de lo que la vida me depararía: llevar una existencia muy peculiar, tal como fue la de mi padre y también la de su padre, es decir, mi abuelo. De los dos hablaré en el transcurso de esta historia.

Nací en un pueblo llamado San Juan Cerano, perteneciente al municipio de Yuriria, estado de Guanajuato. Por lo que se sabe de este lugar, se dice que en 1632 arribó a la región una tribu de indígenas tarascos que venían del rumbo de la laguna de Chapala. Esos pobladores nombraron a esta región como Cherapite, que significa “Aguas Coloradas”. Cien años después arribó otra tribu integrada por purépechas-aztecas que les hicieron la guerra a los tarascos hasta expulsarlos del territorio. Los recién llegados se dedicaron a la agricultura, a tejer petates, a fabricar ladrillos, adobes y tejas de barro. Cabe aclarar que los purépechas no son una etnia distinta a los tarascos, eran más bien la élite aliada políticamente con los aztecas que mandaban en el área.

En el siglo XVIII, en tiempos aún de la Nueva España, la tierra de esta comarca, al igual que gran parte del territorio de lo que hoy es México, estaba en manos de órdenes religiosas y el alto clero perteneciente a la Iglesia católica; en particular aquí los jesuitas eran quienes se ostentaban como dueños de toda esta región. Cuando Carlos III, rey de España, ordenó su expulsión, un personaje de nombre Juan Bautista, nacido en la municipalidad de Cerano de la región piemontesa de Italia, compró estas tierras y, en honor a su origen, a su propiedad le dio el nombre de Cerano de San Juan Bautista. Posteriormente, en 1808, estas tierras fueron adquiridas por un personaje de nombre Pedro Mendoza de López, que fue quien fundó la Hacienda de Cerano.

LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN ESTA REGIÓN

Por esta región pasó Pancho Villa en 1915, rumbo al norte, perseguido por las tropas del general Álvaro Obregón bajo las órdenes de Venustiano Carranza, autonombrado jefe

constitucionalista, que recién había retomado de nuevo el control de la ciudad de México. Mi abuelo paterno, Macedonio Aguado (recientemente había fallecido mi abuela Francisca Chávez), atendía a sus tres hijos varones (Salvador, Juan y Natividad), era dueño de una herrería, entonces conocida como fragua; su hijo Juan, mi padre, siempre lo acompañaba y le ayudaba en su trabajo. Por decisión propia ellos se unieron al ejército de Pancho Villa como herreros para atender su caballería.

En los combates de Celaya de abril de 1915, mi padre fue herido por una bala perdida que de paso mató a la yegua colorada que montaba. Pancho Villa perdió esta batalla. También fue derrotado unos días después en la comunidad de Santa Ana, en donde Obregón además perdió un brazo. No obstante este dato, a Obregón se le ha apodado como *el Manco de Celaya* cuando debería haber sido *el Manco de Santa Ana*.

La Revolución trajo inestabilidad social y política, y en los ires y venires de la confrontación violenta, Cerano se convirtió en zona de operaciones militares de los generales Anastasio Pantoja y José Inés Chávez García, que habían enfrentado al ejército comandado por el general Álvaro Obregón en los famosos combates de Celaya y Santa Ana. Anastasio fue fusilado tiempo después y entonces surgió con fuerza la figura del general Chávez García, mejor conocido como *el Godino*, quien con sus Tigres Pintados asoló la región durante un buen tiempo con acciones de vulgar pillaje y saqueo. En una carta, Inés Chávez llegó a mencionar a los hermanos Flores Magón como sus compañeros de lucha.

Se sabe que uno de los últimos combates donde participó *el Godino* sucedió en un lugar cercano a la Hacienda de Cerano, llamado el Ocurro, donde combatió feroz e inteligentemente. La batalla duró desde el amanecer hasta el anochecer, cuando Chávez aprovechó la noche para, en un acto de gran astucia, abandonar el campo de batalla con



toda su gente, consiguiendo con esta artimaña que el ejército de Obregón siguiera disparando, pero en su propia contra. Hubo muchos muertos, en su mayoría indios yaquis incorporados al ejército de Obregón, con muy pocas bajas entre las tropas de Chávez. A los muertos los juntaron y los subieron en carretas jaladas por bueyes para llevarlos a Cerano y apilarlos en una de las trojes de la hacienda, mientras excavaban un gran pozo en el barrio conocido como La Yácata para sepultarlos. No se sabe el número exacto de muertos, pero se dijo que recogieron varias carretadas.

Dos años antes, en Celaya, durante una tregua de los famosos combates, Pancho Villa conversó con Inés Chávez porque le llamó la atención lo aguerrido y astuto del *Godino*, sorprendido al conocer las innumerables campañas y luchas que sostuvo contra los carrancistas en lugares tan impropios para combatir y en las que siempre salió vencedor, sin contar con apoyo ni auxilio para sostenerse. Cuando Villa le preguntó a José Inés cómo hacía para aparecer y desaparecer tan bien y nunca ser derrotado, *el Atila* (otro de sus apodos) le respondió: “Nunca paso por un lugar sin pensar qué podría yo hacer ahí en mi favor y qué podrían hacer en mi contra. Y nunca peleo donde no me conviene”.

MI PADRE: 10 AÑOS AVECINDADO EN CHICAGO

Mi padre, Juan Aguado Chávez, casi adolescente, buscando nuevos aires, en 1923 marchó de ilegal a Estados Unidos. Tomó el ferrocarril de México al Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez, Chihuahua), cruzó la frontera y siguió hasta llegar a Chicago, Illinois. Era la época en que esta ciudad estaba controlada por los grupos mafiosos dirigidos por Alfonso Capone, alias *Scarface*. Trabajó casi 10 años de obrero en una fábrica de alfombras. Estuvo un tiempo en Míchigan, trabajando en el tendido de rieles de ferrocarril; pero el crudo in-

vierno, la nostalgia y el trabajo extenuante lo hicieron tomar la decisión de regresarse a México. Además, al empezar los años treinta ya se veía venir otra guerra mundial, ¿o sería la misma? La llamada Primera Guerra Mundial no había logrado resolver las contradicciones de las grandes potencias de entonces por el reparto de mercados y del mundo. Los gobiernos de estos países empezaron una loca carrera armamentista con el fin de expandirse territorialmente, buscando tener áreas de influencia, política y económica. Para el gobierno norteamericano fue una manera de resolver la profunda crisis capitalista que en esos momentos atravesaba. Aquí toma vigencia aquella frase: “¿Qué es la guerra? La guerra es un lugar donde jóvenes que no se conocen y no se odian se matan entre sí, por la decisión de viejos que se conocen y se odian, pero no se matan?”²

Mi padre tomó sus cosas, se enfundó su traje de casimir, entonces de moda, cruzó a Canadá atravesando el lago St. Claire en ferry y en Toronto abordó el tren que en varios días de camino lo llevó al pueblo de Jasper, en la provincia de Alberta, lugar donde terminaba el recorrido. Al poniente dominaban el horizonte las imponentes Montañas Rocallosas. Había viajado casi 4000 kilómetros cruzando de oriente a poniente el sur canadiense. De ahí pasó a Seattle, capital del estado de Washington, y en autobús recorrió toda la costa oeste de los Estados Unidos de América, por los estados de Washington, Oregon y California, hasta llegar al territorio mexicano entrando por Mexicali, que era apenas un pueblo recién fundado predominantemente por tiendas de campaña en el entonces Territorio de Baja California Norte.

Siguió su camino hasta poner de nuevo los pies en su terruño. Al año de su retorno se casó con Esperanza Franco

² Erich Hartmann (29 de julio de 1922-4 de febrero de 1999), fotógrafo estadounidense especializado en periodismo fotográfico.



Hernández, una jovencita de apenas 17 años que vivía con su mamá, Rita Hernández, viuda de Inocencio Franco. Así retomó Juan su vida campesina, participando activamente junto con su padre en el reparto agrario, ganándose en poco tiempo el respeto de la gente. Todos recordaban a su padre Macedonio, que cada fin de año se presentaba en la cárcel de Yuriria cargado de cobijas y regalos para los presos. Tenía fama de filántropo y de ser un hombre generoso y servicial.

En el año 2010, con motivo de la celebración del Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución se publicó en Guanajuato una monografía muy bien documentada con el título de *Yuriria 1540-2010: Una mirada a su evolución en el Bicentenario de la Independencia Nacional y en el Centenario de la Revolución Mexicana*, por el profesor Rodolfo Quesada Camargo.

En esta obra se hace referencia a varios pueblos y comunidades de Yuriria, entre otros al pueblo de Cerano de San Juan Bautista, donde nació, y en ella se hace una “relación de personas que han contribuido al desarrollo social, cultural, económico y material de Cerano y que con sus acciones y empeño, han logrado poner a este pueblo en el nivel que ahora tiene”. Y menciona a “los Señores Macedonio Aguado, Remigio Ibarra, Nicanor Alcalá, apoyados por el Padre Efrén Flores, quien les hacía los oficios y aconsejaron conseguir el ejido en 1929, la primera Escuela Rural en 1936, lo mismo la autorización de la Defensa Rural”.

MI PADRE Y MI ABUELO, AGRARISTAS

Mi abuelo y mi padre fueron comisionados por el general Lázaro Cárdenas del Río, entonces presidente de la República, para repartir las fértiles tierras de la Hacienda de Cerano, del municipio de Yuriria. Así nació el ejido con cabecera en San Juan Cerano. Con este reparto, el pequeño y antiguo po-

blado que se formó en la época colonial fue creciendo poco a poco, hasta convertirse en una ciudad que fue aumentando pero no podía darle ocupación a toda su gente, por lo cual la región se convirtió, como hasta hoy, en una zona de expulsión de trabajadores migrantes al vecino país del norte. Se equilibró entonces el crecimiento poblacional y ganó en recursos económicos.

Juan, igual que su padre, se destacó como líder campesino, y junto con otros vecinos dirigió el proceso de repartir las tierras bajo la Ley de Reparto Agrario, pero en 1946, con un gobierno de derecha como fue el de Manuel Ávila Camacho, las fuerzas cristeras empezaron a reagruparse, preparándose y pretendiendo iniciar una nueva guerra contra el gobierno, como la que ocurrió entre 1926 y 1929, conocida como “la Cristiada”. Algunos de los sacerdotes, desde el púlpito, amenazaban y llamaban a la desobediencia contra el gobierno, particularmente contra la educación laica y el reparto agrario, y también contra los líderes que hacía una década habían participado en la repartición de tierras de las grandes haciendas.

En una ocasión, al momento de la misa, el señor cura pidió a los fieles elevar una oración por el alma de un difunto que estaba tirado a una cuadra del templo. Lo que no sabían los feligreses era que el “difuntito” aún no era tal, pues el pistolero que lo iba a asesinar se hallaba todavía en el mismo templo. Las palabras del cura fueron la señal para salir a matarlo.

Los curas hacían propaganda desde el púlpito contra el gobierno, sobre todo en el tema del agrarismo. También le decían a la gente que, si enviaban sus hijos a la escuela laica del gobierno, sus almas se iban a condenar en el fuego eterno del infierno. La ignorancia y la religión generan fanatismos: la gente dejó de mandar sus hijos a la escuela. Frente a esta situación, el gobierno respondió con un “si no envían



sus hijos a la escuela pública les quitaremos las tierras expropiadas a las haciendas y que les fueron entregadas para que las trabajen". Aunque parezca increíble, no fueron pocos los campesinos que voluntariamente regresaron las tierras. Después se arrepintieron, y en otros casos los hijos no bajaban de pendejos a sus padres por haberlo hecho.

En la región de Cerano surgieron bandas armadas que, bajo el cobijo de la noche, salían a asaltar, robar y hostigar, llegando hasta el asesinato, para que los campesinos abandonaran sus parcelas. Otros campesinos asumieron el reto de proteger sus tierras con las armas en la mano. Desde la Presidencia de la República llegó el llamado a defender las tierras que la Revolución les entregó. Las autoridades ejidales recién electas organizaron la Defensa Rural, un cuerpo de hombres armados para la vigilancia permanente en pueblos, rancherías y caminos con el propósito de detectar cuando se presentara alguna de esas bandas buscando hacer desmanes. En una ocasión se dio la alerta de que, en una apartada choza, estaba descansando uno de esos sicarios. Se armó de inmediato la Defensa Rural, los hombres tomaron sus armas, montaron sus caballos y se dirigieron al lugar señalado. Sigilosamente rodearon la choza y entraron con las armas listas. Se encontraron a un hombre dormido sobre un desvencijado catre que, al escuchar el ruido, despertó y se enderezó en su cama con un enorme puñal en la mano derecha. Al tratar de arrebatárle el arma al hombre que estaba más cerca se produjo un breve forcejeo y se escuchó un disparo, cayendo mortalmente herido el hombre del puñal. De este hecho fue testigo presencial mi padre.

La situación política fue tensándose cada día más. Empezaron a ocurrir asesinatos de líderes campesinos, ejecutados por sicarios al servicio de los conservadores representados por los llamados "sinarquistas", entonces una organización semiclandestina de ultraderecha y claramente fascistoide, la

cual dio origen después al Partido Acción Nacional. Es lo que quedaba de la revolución cristera de finales de los años veinte.

Llegó el día en que un matón a sueldo (todo mundo sabía quiénes eran) se acercó a la carnicería que tenía mi tío Natividad, hermano de mi padre, y le dijo, palabras más palabras menos: “a ti no te va a pasar nada, no tienes por qué irte del pueblo”. Luego se retiró. Mi tío entendió el mensaje. Cerró el negocio y se encaminó de prisa a la casa de mi padre. Desde dentro observaron movimientos extraños de varios individuos que habían tomado posiciones en las esquinas de la cuadra. En cuanto anocheció, mi padre se fue escurriendo entre las bardas y por encima de los techos de las casas vecinas, hasta lograr alejarse sin ser visto. Es por ese motivo que el día que nací, mi padre no se encontraba en casa y su hermano menor (producto del segundo matrimonio de mi abuelo Macedonio), de nombre José Guadalupe, acompañó a mi madre al registro civil.

Buscando preservar su vida, Juan se vio obligado por segunda ocasión a tomar el camino del norte, tratando de cruzar a California. No lo consiguió. La “migra” lo detuvo y procedió a raparle la cabeza para, en caso de intentar nuevamente cruzar la frontera entonces dividida sólo por unos cuantos hilos de alambre de púas (por eso a quienes cruzaban ilegalmente la frontera les llamaban “alambristas”) fuera fácilmente reconocible, así que se vio obligado a quedarse en el valle de Mexicali. Juan buscó a su compadre Pedro Andrade, quien lo invitó a trabajar y vivir en su rancho, ubicado en la colonia Zacatecas, relativamente cerca de la estación del ferrocarril Sonora-Baja California, conocida como Estación Coahuila-Kilómetro 57.

Colindando con California, el valle de Mexicali comprende lo que es el delta del río Colorado, el cual nace en las Montañas Rocallosas; es la misma corriente de agua que dio



forma al Gran Cañón del Colorado. Es una extensa planicie donde el cambio caprichoso del cauce del río, hasta su desembocadura en el Golfo de California, ha ido depositando millones de toneladas de fértil limo, dejando huella a través del tiempo. Es un gran valle rodeado por el Gran Desierto de Sonora y bordeado al norponiente por la sierra Cucapá, por lo mismo tiene un clima terriblemente caluroso que en verano alcanza los 50 grados Celsius. A principios del siglo XX fue abierto al cultivo, principalmente de algodón.

En la década de los cuarenta, la empresa deslindadora denominada Colorado River Land Company tenía la concesión del gobierno federal, desde la época de Porfirio Díaz, para fraccionar y vender terrenos considerados nacionales en el norte de Baja California. Mi padre, al enterarse de esta oferta, decidió buscar la forma de hacerse de un rancho. Lo primero que había que hacer era internarse en aquellas tierras vírgenes para, con hacha y machete, abrir una brecha lo más derecha posible y señalar un cuadrado para a continuación manifestar a la empresa que era su deseo comprar el predio así marcado. Se hizo de una porción de tierra de aproximadamente 60 hectáreas muy cerca de la desembocadura del río en el Golfo de California. Poco a poco logró estabilizarse económicamente y entonces le envió un mensaje a mi madre para que vendiera su casa de Cerano. Pronto se logró la venta, pues la finca tenía buena ubicación en la calle principal, frente a la plaza del pueblo.

LA FAMILIA SE TRASLADA AL TERRITORIO NORTE DE BAJA CALIFORNIA

Tras vender las propiedades en Cerano, la familia se volvió a reunir en Celaya en septiembre de 1947, para emprender el arduo viaje a Baja California. En ese tiempo aun no estaba terminado el tramo de ferrocarril que uniría la Estación de

Benjamín Hill con Puerto Peñasco, atravesando el terrible desierto de Sonora en su parte conocida como Desierto de Altar. Este tramo se terminó de construir en 1948. Para salvar esa distancia los viajeros tenían que abordar autobuses de pasajeros destartados, más conocidos como “diligencias”, camiones de carga, camionetas o automóviles, preferentemente de noche, para protegerse de las altas temperaturas prevalecientes. Por esta razón, el recorrido se prolongaba y, si consideramos que antes de llegar a esta zona el ferrocarril cruzaba de sur a norte los estados de Nayarit y Sinaloa, donde en época de lluvias los ríos se volvían caudalosos y arrasaban con todo, incluyendo puentes y vías (sólo en Sinaloa bajan de la Sierra Madre Occidental 11 caudalosos ríos), el viaje en esos años era toda una aventura.

En el rancho del compadre Pedro Andrade se instaló la familia en una rústica vivienda, con mantas en el piso de tierra como camas y un fogón habilitado con medio tambo de lámina de 200 litros. Careciendo de casi todo, allí vivió la familia dos años. Después nos mudamos hasta el lugar donde mi padre había adquirido su rancho, ubicado en la colonia Manuel Ávila Camacho. Aunque parezca increíble, tengo memoria de esos momentos, a pesar de mi corta edad. El camino de la colonia Zacatecas a la colonia Ávila Camacho lo hice en brazos de un hermano mayor que a la vez llevaba rodando un tambo vacío de 200 litros.

El lugar en donde se levantaría la casa era apenas un terreno descampado medio limpio de yerbas y rodeado de monte. Aquí se amontonaron cajas con la poca ropa que se tenía y los utensilios de cocina. Se preparaba la comida en un fogón improvisado a ras de suelo y por la noche nos metíamos debajo de una gran lona que cubría las escasas pertenencias y protegía a la familia del sereno, el cual por los meses de otoño es muy intenso debido a la cercanía con el mar. Fueron años difíciles de mucho trabajo. Apenas tenía conciencia de la



situación, pero la familia, mi padre y mis hermanos y hermanas mayores tenían mucho entusiasmo por hacer las cosas y salir adelante, sobre todo al saber que se estaba construyendo un futuro mejor. Fuimos pioneros, me incluyo.

Por la noche merodeaban coyotes alrededor de aquello que más parecía un campamento de beduinos del desierto sahariano que una vivienda. El coyote es un animal muy cauteloso y sorprendentemente astuto, no es agresivo por naturaleza, se llega a acercar a las casas en busca de gallinas, su comida favorita. Con las que sí había que tener mucho cuidado era con las serpientes, sobre todo las de cascabel y coralillos. Desde pequeños aprendimos a distinguirlas de las no venenosas como el falso coralillo, el alicante, ratoneiras, de agua, chirrioneras y otras. El alicante es una víbora constrictora que se alimenta de huevos, conejos, aves y ratones; en torno a ellas corren muchas leyendas: dicen que se alimentan de leche materna cuando la mujer está dormida y tiene a su hijo al lado, o que se enrosca alrededor de las patas traseras de una vaca, inmovilizándola para prenderse a la ubre y tomar su leche. En realidad, no son agresivas, pero si se les molesta se apoyan en su cola y se levantan del suelo, emitiendo bufidos. Sí llegan a morder, pero no tienen veneno y enojadas arremeten contra quien las hostigue y lo persiguen a gran velocidad. Por pura diversión nos gustaba hacerlas enojar golpeándolas con una vara, hasta que se volvían contra uno, levantándose del suelo para atacar y al correr nos perseguían. Nunca nos alcanzaban.

El rancho estaba ubicado a tres kilómetros del río Colorado, por su margen izquierda. Sin caminos ni canales tan necesarios porque, en esta región, ni pensar se pudiese obtener alguna cosecha de temporal, el agua para regar las tierras y sembrar se bombeaba del río Colorado. Las bombas eran movidas por un motor o, a falta de éste, se sustituía por un tractor agrícola que tenía adaptada una polea para así

subir el agua a un canal que la llevara a los ranchos recién abiertos al cultivo.

La siembra predominante era el algodón, después trigo, sorgo, maíz y otros cultivos. El algodón por estos años era conocido como “el oro blanco”, debido a que su producción dejaba buenas utilidades a los agricultores, además de ocupar para su cosecha (pizca) gran cantidad de mano de obra. Brazos no faltaban por la constante oleada de migrantes que del sur llegaban cada año con la intención de, una vez terminada la cosecha de algodón, cruzar la frontera para probar fortuna en “el otro lado”. Entonces no se decía “el sueño americano”, era ir a los “estateres naites”.

Tendría apenas cuatro años cuando mi madre le dio la encomienda a mi hermano Juventino, sólo un adolescente, de llevarles comida a mi padre y otros trabajadores que andaban desmontando. Juventino, sin avisar, nos llevó a otro hermano y a mí a entregar el lonche. Al pasar atrás de mi padrino Miguel Bedoya, éste levantó el talache recién afilado para golpear el tronco del árbol que estaba tumbando en el momento preciso en que yo pasaba, con tan mala suerte que, con la parte del hacha del talache me golpeó la mejilla izquierda. Apenas me rosó, pero eso fue suficiente para hacerme una herida de varios centímetros; no logró abrirme hasta el interior de la boca, pero debió de ser muy impresionante. Mi papá rápido tomó su paliacate y como pudo presionó la herida, me tomó en sus brazos y salió disparado en busca de un doctor. Pero la ayuda médica se encontraba como a siete kilómetros de distancia, sin caminos ni transporte eso parecía lejísimos. Además, había otra situación en contra. Terminaba el invierno y el deshielo en las Montañas Rocallosas provocaba que el río Colorado aumentara considerablemente su nivel.

Después de recorrer unos cuatro kilómetros llegamos a la orilla del río, en donde había un señor con una lancha,



más bien parecía chalupa, que por unos cuantos pesos trasladaba a los viajeros de un lado a otro del cauce. Mi padre le gritó varias veces (al igual que yo, tampoco sabía silbar y nunca aprendí, a pesar de que muchos años después llegué a trabajar de vaquero), hasta que vino y nos cruzó al otro lado en su chalupita. Enseguida estaba un ranchito propiedad de mi tío Natividad, hermano de mi padre. Me dejó bajo un árbol y se fue a lazar un caballo garañón de pelaje palomino, pero como a este animal poco lo utilizaban, resultó difícil agarrarlo y luego montarlo. Entre reparos y carreras por fin mi papá consiguió dominarlo. Luego fue por mí y, ya montados los dos, hicimos el último tramo del recorrido hasta llegar a un caserío conocido entonces como Cuatro Esquinas, pues era cruce de caminos o también Estación Ledón, por la estación de gasolina que ahí estaba. Ese lugar ahora se llama Dr. Alberto Oviedo Mota, también lo conocen como El Reacomodo o El Indiviso. Ahí estaba el consultorio del doctor. Me quedó una cicatriz en la mejilla derecha.

El trabajo en el campo es duro, y cuando se tiene un rancho, aunque no sea muy grande, siempre hay cosas que hacer. En pocos años ya se tenía un área considerable desmontada. Se habían construido canales de riego y se empezó a recoger las primeras cosechas de algodón, el cual se transportaba en greña (así se le dice cuando aún no son separadas las semillas), en carretas de tracción animal, y se llevaba hasta Mexicali para su despepite, que consiste en separar el algodón pluma de la semilla o pepita y de esa manera poder venderlo a las compañías algodonerías o despepitadoras, casi exclusivamente todas de origen extranjero. Además de cultivar algodón, que era la principal actividad, se sembraba maíz, sorgo, algunas hortalizas, melón, sandía, calabaza, etcétera.

Jesús, hermano mayor, desde muy chico mostró interés en hacer negocios, poco a poco fue juntando enjambres de abejas hasta llegar a tener alrededor de 100 cajones de col-

menas. Este apiario producía dos veces al año una buena cantidad de miel y cera que vendíamos en los ranchos vecinos y a comerciantes de la ciudad que compraban toda la producción. Al final resultaba beneficiada toda la familia. Se llegó a contar con un pequeño hato de ganado vacuno y caprino, un corral con gallinas y guajolotes, además de algunos cerdos. El rancho era ejemplo de que la autarquía funciona.

Poco después mi padre, con la ayuda de toda la familia, construyó otra casa en el centro del rancho. Era una construcción simple de mampostería, enjarre de tierra y techo de cachanilla también con enjarre. Después, ahí mismo levantó otra mejor que la anterior a base de adobe y encalada, con techo de madera y cartón rojo encima a manera de impermeabilizante, amplias ventanas de cuadrícula y puertas entableradas, marcos de madera, todo de pino americano (*yellow pine*). Un porche o portal grande y unos patios amplios donde se hicieron corrales para caballos, vacas, cabras, cerdos y un gallinero. Además, había dos o tres casitas para los paisanos que venían del sur cada año a la pizca de algodón y terminando brincaban los alambres de púas que marcaban la frontera entre México y Estados Unidos.

Un tramo de la división entre los dos países es el río Colorado, que nace en Estados Unidos. Por el lado estadounidense no había más que desierto: parte del Gran Desierto de Sonora que se extiende a ambos lados de la frontera. Hay otro río, el Gila, que nace en el estado de Nuevo México y atraviesa todo el sur de Arizona y muy cerca de la ciudad de Yuma, Arizona, a unos cuantos kilómetros de la frontera desemboca y se une al río Colorado. Por esta razón en algunos libros de geografía viene como río Gila y es frontera entre los dos países; en realidad, al desembocar en el Colorado deja de llamarse Gila y pasa a conocerse sólo como Colorado.



Cuando niño, me gustaban mucho los huevos cocidos. Cuando sentía hambre andaba detrás de mi madre para que me cociera uno. Ella me mandaba a buscarlos a los gallineros y, una vez con uno o varios en la mano, me indicaba que pusiera en una olla a hervir agua y luego colocara los huevitos dentro. Le preguntaba cuánto tiempo tendría que darle al cocimiento y me contestaba que para que se cocieran tenía que rezar cinco *padrenuestros*. Entonces para mí el secreto era rezar los *padrenuestros*, y cuando se me olvidaba cuántos llevaba me angustiaba pensando en que ya no se cocerían. Así transcurrió casi toda mi niñez, convencido de que el mundo fue creado por Dios y nada funcionaba sin la intervención de su gran sabiduría. En la adolescencia lograría liberarme, gracias a mi pasión por la lectura. Leía todo lo que cayera en mis manos: libros, revistas, periódicos. Aunque la vida en el campo es muy limitada, poco a poco fui comprendiendo y aprendiendo muchas cosas. Me gustaban los temas de historia, y en las pláticas con mi padre aprendí a distinguir entre la historia oficialista y la otra historia más crítica y profunda, ahora diría más científica. La lectura me abrió las puertas a un conocimiento más amplio. Supe desde entonces que el conocimiento no llega por meditación tibetana, hindú, magia ni nada parecido; sólo los libros contienen ese conocimiento pretérito del mundo, de las ciencias, de la poesía, etcétera.

Para estos años, los agricultores se pusieron de acuerdo en construir una escuela que a mis ojos parecía enorme, sobre una plataforma de más de un metro por arriba del nivel del suelo; se levantaron paredes gruesas de adobe zarpeadas de cemento, ventanas de cristal tipo guillotina que se abrían hacia arriba, un corredor como un gran portal y enfrente un asta bandera. La escuela estaba a un kilómetro y medio, aproximadamente, del rancho. Podíamos ir caminando o a caballo, y al llegar a la escuela simplemente los soltábamos

y ellos sabían regresar solos al rancho. Se asistía mañana y tarde, y para comer todos llevábamos lonche que se calentaba en un fogón improvisado hecho de la mitad de un tambor grande. Para impartir educación se contrató una maestra que después supe no era maestra titulada, pero que ya tenía cierta experiencia enseñando a los pequeños, cuando menos a leer y escribir. Impartía sólo hasta cuarto grado de primaria y, si alguien quería continuar sus estudios, tenía que trasladarse a Estación Coahuila a terminarla; y si su familia contaba con recursos económicos podría continuar con la secundaria.

En este lugar había varias casas, dos tiendas y un cine de esos que ofrecían funciones sólo cada domingo, proyectando las imágenes sobre una gran pantalla. El local del cine era un simple cuadrado formado por lonas, tiempo después se construyó una barda de adobe que no duró ni un año, pues un sismo la derribó.



Cómo empezó mi formación política

*Mexicali, Mexicali,
tierra que se vuelve sal,
a causa de lo que dicen
es la buena vecindad
La perfidia de los yanquis
ha venido a destruir
los sembrados del ejido
que nos daban pa vivir.*

JUDITH REYES

Por la convivencia familiar, las condiciones y la forma de vida en el campo, se aprende a vivir y convivir en comunidad, a utilizar siempre el *nosotros* en lugar del *yo*, a compartir por igual lo que se tiene, aunque sea poco. Esta forma de pensar y actuar va esculpiendo y fortaleciendo la conciencia. Es el inicio de los procesos de formación y aprendizaje, la teoría que va a alimentar la praxis, cómo se aprende para luego llegar al cómo se aprende y se hace.

Las noches de invierno en estas latitudes son muy largas, pues oscurece apenas pasadas las 5 de la tarde, invitando a tener largas pláticas en torno a la mesa. En la sobremesa

casi siempre se agregaban algunos tíos o primos, además de un trabajador que vivió siempre en el rancho, también originario de Cerano, hombre muy callado, de trato amable, de nombre Jesús, pero todos le decíamos *Chuy*. Así, desde pequeño siempre escuché historias ocurridas en la región de donde venía mi familia, Cerano, municipio de Yuriria, Guanajuato. De hombres que dieron algo o mucho por su pueblo: héroes y bandidos, revolucionarios y contrarrevolucionarios ubicados en el contexto político por el cual entonces pasaba México.

En la mesa se hablaba de todo (no teníamos televisión, sólo una radio, eso era una ventaja), de la Revolución Mexicana, de sus protagonistas, de las guerras mundiales, de los sinarquistas y cristeros, y también de la reciente Revolución Cubana que triunfó el 1o. de enero de 1959 dirigida por Fidel Castro. Aquí fue donde por primera vez escuché los nombres de Carlos Marx, Federico Engels, Lenin y la Revolución de Octubre. Mi padre platicaba de cuando en Chicago asistió algunas veces a círculos de estudio de obreros marxistas que hablaban de la Revolución Rusa. Así se fue formando en mi cabeza una idea muy firme de querer participar, buscando un cambio político y social que fuera más allá de los cambios que se produjeron con la Revolución Mexicana y poco a poco fui comprendiendo que ésta no fue más que una revolución democrático-burguesa, pues al final permitió encumbrar a una burguesía nacional que cada día se alejaba más y más de los ideales que motivaron tal movimiento. Esa era la tendencia de todos los gobiernos llamados “posrevolucionarios”.

Desde inicios de los años sesenta empezaron a ocurrir grandes transformaciones políticas y sociales a nivel mundial. Se iniciaba el *boom* petrolero y eso trajo cambios importantes en muchos aspectos. Las fibras sintéticas derivadas del petróleo empezaron a sustituir las fibras vegetales, en

especial las de algodón, para la fabricación de ropa. Aunado a esto, en la URSS, particularmente en la República Soviética Socialista de Kazajistán, se empezó a cultivar algodón en grandes extensiones de tierra. Estos avances tecnológicos y cambios en las políticas provocaron una drástica caída de los precios internacionales del algodón.

En este contexto, en 1961 se produjo una más de las incontables agresiones del gobierno estadounidense a México: la salinización del valle de Mexicali cuando empresas agrícolas y varias ciudades de los vecinos estados de Utah, Arizona y California, en Estados Unidos, descargaron al río Colorado los desechos sanitarios de los centros urbanos y de las tierras agrícolas que entraron a un proceso de lavado.¹ Pobrecito México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos. Tuvieron que pasar muchos años para que los agricultores empezaran a cambiar a otro tipo de cultivos y a

¹ En palabras del ingeniero Iván Martínez, “el famoso problema de la salinidad no fue otra cosa que una agresión internacional deliberada y premeditada”... “desde el pacto de Santa Fe, en 1922, los estados de la cuenca estadounidense se repartieron el agua del Río Colorado sin tomar en cuenta a Baja California y Sonora” y que como en el Tratado Internacional de Aguas de 1944 “no había un compromiso sobre la calidad de las aguas asignadas a México, sino únicamente sobre la cantidad de las mismas”, podían entregar agua limpia o contaminada propia del drenaje urbano y agrícola. Agua llena de pesticidas, agroquímicos, fungicidas y desechos.

Esta situación afectó gravemente los suelos del valle de Mexicali, pues al terminar de regar los cultivos la tierra quedaba cubierta por una capa de desechos químicos y desperdicios orgánicos que venían en el agua y formaba una capa de salitre que secaba o quemaba los cultivos, principalmente de algodón, provocando que las familias del valle que vivían de la agricultura se quedaran sin trabajo y sin ingresos. En 1961 no quedó otro recurso que irse a paro. A pesar de las manifestaciones que se extendieron desde el valle hasta las zonas agrícolas de San Luis Río Colorado, en el estado de Sonora, no se resolvió nada pues el daño ya estaba hecho. El problema de la salinización continuó por 12 años.



sembrar granos, sobre todo trigo, cebada y avena, pues éstos se hacen en invierno, cuando se requiere menos agua.

En estos años, los gobiernos de México y Estados Unidos firmaron un acuerdo para abrir la frontera mediante el llamado “Plan Bracero” y darles trabajo a miles de campesinos, ya que, debido a una crisis económica en el campo mexicano, la ocupación laboral se encontraba en un estado desastroso. Los campesinos y obreros agrícolas de la frontera tuvieron prioridad para contratarse como trabajadores en los campos agrícolas gringos. Dos de mis hermanos mayores fueron a trabajar un tiempo corto a Estados Unidos, uno a los campos agrícolas de Arizona y el otro a California, muy cerca de Los Angeles, en una comunidad llamada Oxnard, cosechando naranja.

LA FAMILIA EMPIEZA A EMIGRAR

En la colonia Carranza, a escasos cuatro kilómetros del rancho, se abrió una escuela de Artes y Oficios en 1957 bajo la política educativa del gobernador Braulio Maldonado, primer gobernador constitucional del recién formado estado de Baja California. A ella podían ingresar jóvenes varones con el único requisito de saber leer y escribir. En esta escuela se inscribió mi hermano Enrique, seis años mayor que yo. Este proyecto funcionó escasos tres años, pues no fue prioritario para el siguiente gobernador, quien, aprovechando la cercanía con la base naval del ejército estadounidense en San Diego, fijó su atención en todo lo que dejara dinero como promover giros negros, casinos, bares y centros nocturnos.

Así, la falta de oportunidades educativas y de empleo orilló a la familia a pensar seriamente emigrar a otro lugar de México. En 1959, mi hermano Enrique, siguiendo los consejos de quien fue director de esta escuela, se mudó a Ciu-

dad Mante, al sur del estado de Tamaulipas. Poco a poco toda la familia lo siguió.

En mayo de 1963 falleció mi madre en Ciudad Mante. Esta pérdida propició acelerar la venta del rancho y el traslado de toda la familia a esta localidad. Ese mismo año llegué a Ciudad Mante, municipio de El Mante, Tamaulipas. Aquí cumplí los 17 años de edad.

Ciudad Mante era zona cañera por excelencia, aunque también se cultivaban algodón y tomate de exportación, hasta que Sinaloa los empezó a cultivar con mejores resultados. Dado que mis capacidades laborales estaban limitadas al conocimiento del campo, empecé a trabajar cortando caña y luego, cuando llegó la temporada de cosecha, me fui a recolectar algodón, algo que sí sabía hacer. Me levantaba a las 5 de la mañana y me dirigía a un canal donde se colocaban los camiones para llevar a la gente a los campos algodoneiros. En aquel entonces la población de Ciudad Mante era de escasos 30 000 habitantes, pero, durante las épocas de cosecha de algodón, casi 50 000 trabajadores eventuales llegaban de los estados de San Luis Potosí, Puebla, Veracruz e Hidalgo.

Debido a la gran dependencia que tiene México con respecto a la cultura y economía estadounidense, en la frontera se vive en una relación muy estrecha con las costumbres del otro país. Al trasladarme a Ciudad Mante tuve que adaptarme tanto al tono de voz como a empezar a utilizar palabras nuevas, para mí desconocidas: el *troke* ahora era el camión; la *pick up*, la camioneta; el *yin*, la despepitadora; la *pizca*, la cosecha; la *zaranda*, el costal; la *batanga* o la *trailer* ahora era el remolque; y así infinidad de modismos que me cambiaron hasta la forma de percibir el mundo.²

² En 1902, pobladores de los dos lados de la frontera acordaron nombrar a sus respectivos poblados como Mexicali y Calexico: Mexicali; porque aquí termina México y empieza California. Calexico porque aquí termina California y empieza México.



A los seis meses de haber llegado a Ciudad Mante abandoné los trabajos eventuales que llegaba a conseguir, como pizar algodón, cortar caña, trabajos de jornalero o peón y a veces hasta de ayudante de albañil abriendo zanjas. Entré de empleado en un hotel de la localidad e ingresé a una escolita nocturna para terminar la primaria, pues en Mexicali apenas había cursado cuatro años. Al poco tiempo presenté el examen de la SEP a Título de Suficiencia y logré obtener mi certificado de primaria.

En septiembre de 1964 ingresé a una escuela secundaria nocturna para trabajadores por cooperación, la “Lic. Benito Juárez García”. Aquí empecé a integrarme a la vida política casi sin darme cuenta, primero tratando de mantenerme informado a través de periódicos y revistas de información política, y a leer libros que ampliaban mi horizonte cultural.

En 1965 tuve que cumplir con el Servicio Militar Obligatorio que consistía, además de formación, en acondicionamiento físico y nociones muy elementales de actividades castrenses, principalmente en el manejo del fusil. Aprovechaba cualquier oportunidad para aprender a manejar armas. Los sábados por la mañana me presentaba en el pequeño cuartel militar con el pretexto de que al siguiente día haríamos los ejercicios de tiro y había que ponernos de acuerdo con los militares. Los oficiales al mando de la partida militar me enseñaban cómo manejar algunas de las armas de las que disponían, como era el máuser 7 mm con un peine de cinco cartuchos; la carabina calibre 0.30 conocida como M1, o si es de las que disparan en ráfaga reciben el nombre de M2; además, el mayor Gabriel González, a cargo de la partida militar, me mostraba el manejo de su arma de cargo, una escuadra Colt calibre 0.45. Le gustaba alardear y presumía de ser buen tirador, además buscaba congraciarse con

todos los conscriptos del Servicio Militar. Una vez que se aprendía el manejo del fusil máuser y se habían hecho algunos ejercicios llamados “de triangulación”, aun sin disparar un solo tiro, se procedía a llevar esos ejercicios a la práctica, realizándolos, entonces sí, con fuego real.

Yo trataba de aprovechar bien todos estos aprendizajes. En tiro terminé entre los primeros 10 lugares. Y, debido a mi estatura, formé parte de la escolta de la bandera y por esa participación se nos daba el grado de Sargento de Complemento, lo que nos obligaba a coadyuvar con los militares cada domingo y a colaborar en los ejercicios.



Mi incorporación al Movimiento Espartaquista Revolucionario (MER)

No debemos esperar de nadie, sino de nosotros mismos: pensar, escribir, luchar, con audacia, despojados de todo fetiche, de todo dogmatismo, no importa el punto a que lleguemos.

JOSE REVUELTAS

El término *espartaquista* ha sido utilizado en todo el mundo por grupos que se han separado de algún partido comunista al que acusan de volverse burgués, dogmático o tibio. El espartaquismo mexicano no fue la excepción: surgió del desprendimiento de un grupo de intelectuales y militantes del Partido Comunista Mexicano (PCM) encabezados por el activista, escritor, cronista y guionista José Maximiliano Revueltas Sánchez, originario de Papasquiario, en el estado de Durango. Su activismo le valió ser encarcelado varias veces en Lecumberri y en las Islas Marías.

Militante del PCM desde 1930, la primera vez que expulsaron a Revueltas fue en 1943, junto con los miembros de la Célula de Periodistas “José Carlos Mariátegui”. En 1956 fue readmitido, pero en 1960 se apartó definitivamente del PCM por profundas diferencias políticas con respecto a las

grandes movilizaciones de ferrocarrileros, acusando al PCM de dogmatismo, de apego poco crítico a las resoluciones del Partido Comunista de la URSS y, al mismo tiempo, de colaboracionista por acción y omisión con el régimen represor mexicano.¹

El planteamiento principal de Revueltas era que el proletariado en México no contaba con una dirección política que lo condujera por la ruta correcta, históricamente hablando, rumbo al socialismo. Para Revueltas, el PCM no era el partido de la clase obrera. El movimiento proletario no tenía cabeza. Esta era una discusión recurrente entre los que se consideraban marxistas, la cual no tenía punto de convergencia. En este momento, y como testimonio de este análisis, Revueltas publicó *Ensayo de un proletariado sin cabeza*, que se convirtió rápidamente en un referente para gran parte de los movimientos mexicanos.

Revueltas formó la Liga Leninista Espartaco (LLE), que poco después se ramificó en diferentes grupos dispersos por todo el país bajo la identidad genérica de “espartaquistas”.² Los espartaquistas teníamos presencia en Nuevo León, Tamaulipas, Chihuahua, Coahuila, Sinaloa, Sonora y el Distrito Federal, entre otros lugares. Los “espartacos” eran núcleos pequeños vinculados entre sí desde mediados de 1960. Entre los grupos más importantes destacan la Liga Comunista Espartaco (LCE) y el Movimiento Espartaquista Revolucionario (MER), que trataba de congregar a varios grupos.

El origen del MER fue en Monterrey y se creó bajo la dirección de Severo Iglesias, profesor de la Universidad de Nuevo León (hoy UANL) y escritor de temas filosóficos junto con su hermano Leonardo. El MER tenía el objetivo de desarrollar

¹ Véase el texto de José Revueltas, *Ensayo de un proletariado sin cabeza*, Obras completas, núm. 17, México, ERA, 1987.

² Véase *El espartaquismo en México*, de Paulina Fernández, México, Ediciones El Caballito, 1978.

un amplio programa de organización y lucha democrática. En el libro *Proceso 211/73: un proceso excepcional, culpables todos*³ se señala la presunta coautoría de varios delitos en los que supuestamente llegó a participar el profesor Mónico Rentería Medina, egresado de la Escuela Normal Rural “J. Guadalupe Aguilera”, en Durango, y militante del MER. En su comparecencia dentro de este proceso, él definió con mucha claridad cuáles eran los objetivos que perseguía el MER:

la formación de un partido político de la clase obrera que, en consonancia con los principios marxistas-leninistas, luchara por los intereses históricos de la clase obrera, es decir, por el socialismo, procurando la alianza de los obreros y los campesinos, en la conquista de tales intereses.

Dada la magnitud de la obra, fundamentalmente popular, el MER se dio a la tarea de formar cuadros dirigentes, al mismo tiempo que trataba de influir en las luchas cotidianas de los trabajadores. Se proponía mediante esa actividad, conquistar la independencia ideológica de los obreros y campesinos, férreamente controlados por el Estado a través del charrismo sindical.

Esto implicaba un amplio programa de lucha democrática para crear las condiciones mínimas de desarrollo de la lucha por el socialismo; dado que el Estado y muy particularmente durante el régimen Diazordacista, acentuaba cada día más su carácter antidemocrático, antipopular y asesino. Los grupos democráticos que surgieron ante esta necesidad tenían una decidida orientación democrática y antifascista. Surgieron en barrios obreros, en sindicatos y en el medio estudiantil.

³ Iracheta Lozano, A.; Gutiérrez Martínez, H. F.; Gloria Martínez, C.; Vázquez Laguna, E.; Rentería Medina, M.; Torres Enríquez, M. A.; Orozco Salazar, E.; Escamilla Lira, H.; Hilares Morán, G. A., *Proceso 211/73: un proceso excepcional, culpables todos*, México, Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones, 1979.



En el sector universitario, el MER creó la Unión Democrática de Estudiantes (UDE) que, debido al contexto nacional e internacional de esos momentos, enarbolaba un proyecto de corte antifascista contenido en el texto de Severo, *México, un régimen de terror fascista*. La presencia e influencia del PCM al seno de los movimientos obreros y campesinos y de las universidades y el magisterio era muy extensa y ahora también lo empezaba a ser el espartaquismo. El MER y la UDE tuvieron importante presencia en Nuevo León y Tamaulipas. De hecho, desde 1966, las mesas estudiantiles de la Universidad de Tamaulipas y de las preparatorias que dependían de la misma eran dirigidas casi en su totalidad por espartaquistas.

CÓMO ME FUI CONVIRTIENDO EN ACTIVISTA

Los primeros contactos de carácter político los tuve en la misma escuela donde cursé la secundaria. Asistían compañeros que de alguna forma tenían relación con la Unión Democrática de Estudiantes. El ingreso a la UDE, y por lo mismo al MER, fue un proceso lento, de preparación y estudio; duró algo así como dos años, de 1966 a 1967. Ingresar a este movimiento significaba participar en cuestiones políticas, primero a través de círculos de estudio. Entre más círculos de estudio se crearan, mejor. Cuando ya se contaba con un buen número de círculos de estudio, los más adelantados en el proceso de formación y capacitación política pasaban a la siguiente etapa, que consistía en transformarse en células. A cada célula le correspondía atender varios círculos y de esta forma ir reproduciéndose, como si fuera un organismo en proceso constante de crecimiento.

Quien nos inició en este camino fue Macario Martínez Torres, mi condiscípulo en la secundaria un poco mayor que yo. Estudioso, disciplinado y con una cultura general

muy amplia, vestía siempre muy pulcro, cuidaba su imagen, siempre andaba afeitado y llevaba un bigotito muy bien recortado. De origen campesino, su mamá tenía una parcela ejidal, heredada de su difunto esposo. Macario pertenecía al ala juvenil de la masonería llamada Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad (AJEF), dependiente de las logias masónicas, y era nuestro contacto con la UDE y el MER. Macario tenía problemas de columna y en general su salud era frágil. Con frecuencia participábamos en reuniones con militantes del PCM, con quienes manteníamos relaciones cordiales y de respeto, en el poblado de El Limón, a 12 kilómetros de la ciudad. A Macario lo transportaba montado en la parrilla de mi bicicleta. El viaje redondo eran 24 kilómetros. Regresábamos a medianoche y yo tenía que presentarme al trabajo invariablemente a las 6 de la mañana.

Otro compañero que ejerció gran influencia en mi formación política fue Elías Orozco Salazar, estudiante de Agronomía. Originario del norte del estado, llegó a Ciudad Mante impulsado por el deseo de convertirse en ingeniero agrónomo, sólo que primero había que construir la escuela. Tocaba guitarra, sabía cantar y por eso mismo era muy solicitado para llevar serenata a las novias y amigas de casi toda la escuela. Tenía una historia de andanzas por varios lugares del país, incluso formó parte de aquella organización llamada Federación Nacional de Estudiantes Democráticos de Agronomía (Feneda). Otro entrañable compañero fue Domingo González, *Mingo*, a quien llegué a considerar como de la familia. Moreno, de baja estatura sin llegar a ser chaparro, de complexión delgada pero fuerte y correoso. Junto a tres o cuatro amigos más cuyos nombres no recuerdo empezamos a construir una identidad basada en la firme convicción de convertirnos en verdaderos revolucionarios, y con la lectura que llevábamos teníamos muy metido en la cabeza el tema de la moral. Los ejemplos de los personajes que poblaban



nuestros libros de cabecera nos motivaban a ser como ellos, a alejarnos de cualquier vicio, a ser respetuosos, humildes, disciplinados, sacrificados y entregados a la causa revolucionaria.

Cuando no podíamos vernos debido a que casi todos los compañeros que empezábamos a agruparnos en el espartaquismo trabajábamos o estudiábamos, nos convocábamos a reunión en alguna plaza pública y, caminando o sentados en una banca, el responsable de conducir la junta procedía a socializar lo que había estudiado o bien transmitirnos los últimos acuerdos o noticias de la organización. Por cumplir las tareas no había nada que nos desviara del camino. A cualquier hora del día o de la noche tratábamos de cumplir. Y en caso de que tuviéramos que reunirnos de urgencia, nos veíamos incluso a las 4 o 5 de la mañana en algún lugar discreto. Varias veces lo hicimos en la explanada de las instalaciones del recién construido edificio del Seguro Social, al oriente de la ciudad, en donde había unas jardineras que formaban una especie de islas circulares con plantas y en medio quedaba un espacio encementado donde fácilmente nos acomodábamos lejos de miradas indiscretas de algún madrugador que pasara por el lugar. Ahí, en voz baja procedíamos a desarrollar el orden del día, siempre con alguien encargado de vigilar constantemente para no ser sorprendidos, recordemos que en esos tiempos el anticomunismo estaba presente en muchos niveles de la sociedad. Estas reuniones terminaban antes que la luz del día nos alcanzara.

En el proceso de formación política buscábamos siempre ir directo a los clásicos marxistas, razón por la cual no tomábamos mucho en cuenta los manuales que venían de la URSS, como el de economía política del ruso Nikitín, uno de filosofía del francés Georges Politzer, o *El materialismo histórico*, de la escritora chilena Martha Harneker. Ir a las fuentes facilitó poco a poco obtener una mejor comprensión, aunque

eso nos obligaba al mismo tiempo a adquirir una cultura general más amplia: historia, geografía, algo de ciencias naturales, etcétera.

En los círculos de estudio a veces nos veíamos envueltos en discusiones que tenían que ver con la que se estaba desarrollando a nivel internacional, por ejemplo, entre las posiciones políticas entre la URSS y China, entre leninismo y maoísmo. Las embajadas de la República de China, de la URSS y de Cuba ofrecían, para quien lo solicitara, revistas, libros, periódicos como el *Granma* y variada propaganda de sus respectivos países.

Aunque nunca nos consideramos seguidores de ellos, leímos el *Libro Rojo* de Mao Tse-Tung y a León Trotsky. Discutíamos si el trotskismo era o no marxista o si representaba una corriente ideológica diferente, pues apreciábamos un sentido distinto sin llegar a una definición. Trotsky fue usado por el imperialismo en su disputa con Stalin: aunque no negaba que en Rusia existía un Estado proletario, afirmaba que éste era en realidad un Estado obrero degenerado.

Encontrábamos que había cuestiones importantes en los escritos de Mao y Trotsky, y al mismo tiempo criticábamos el estalinismo y el control desmedido que el Partido Comunista de la URSS (PECUS) ejercía en todos los partidos comunistas del mundo. Por ejemplo, en las reuniones que teníamos con militantes del PCM, casi nunca llegamos a acuerdos porque ellos siempre tenían que consultar a sus dirigencias y saber qué decían en el PECUS al respecto.

Le dábamos mucha importancia a conocer la historia de nuestro país, principalmente de las causas que motivaron el levantamiento popular de la Revolución Mexicana en 1910. Discutíamos si ésta había sido o no una revolución interrumpida, aunque no nos gustaba mucho este término porque no queríamos ser confundidos como trotskistas, ya que León Trotsky tenía una obra con ese título. Quizá por



idiosincrasia y por nuestros orígenes rurales, nos identificábamos con la lucha de Villa y de Zapata, aunque difícilmente vinculábamos sus propuestas a un análisis más integral. También nos interesaba conocer la historia del Partido Liberal Mexicano (PLM) y los hermanos Flores Magón, aunque no compartíamos su tendencia anarquista.

Teníamos referencia de los anarquistas rusos, entre ellos un aristócrata, el príncipe Piotr Kropotkin, del cual se conocen los textos *La conquista del pan* y *La ayuda mutua* (Fundamentos del anarquismo), y los anarquistas ucranianos liderados por Néstor Makhnó, que luchó por la revolución bolchevique, pero cuando surgió el fascismo se alió a éste en contra de la naciente Unión Soviética. Makhnó fue combatido por los soviéticos como traidor a la causa comunista.

Bajo los principios de la UDE y el MER nos dimos a la tarea de estudiar los principios básicos del marxismo. Empezábamos por comprender el materialismo histórico y el materialismo dialéctico. Las primeras lecturas fueron *Tres partes y tres fuentes integrales del marxismo*, *El Manifiesto del Partido Comunista*, *¿Qué Hacer?*, *El Estado y la Revolución*, *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, *Dialéctica de la Naturaleza*, entre otras obras de la gran biblioteca clásica marxista. Además, leíamos la prensa diaria y los folletos que editaba el MER como *México: un régimen de terror fascista* y otros cuyos títulos escapan a mi memoria, pero tenían que ver con análisis de la situación política nacional y cuestiones sindicales. También nos llegaba el periódico cubano *Granma* y disponíamos de un librito muy ilustrativo sobre los movimientos guerrilleros en el mundo, de un escritor de nombre Bob Taber, titulado *La Guerra de la Pulga*.

El tema del ateísmo, debido a nuestra juventud e inmadurez en varias ocasiones nos ocupaba más de lo esperado. Todos nos declarábamos no creyentes, pero la realidad era que casi procedíamos todos de familias católicas. Aunque

eso no me preocupaba, ya que nunca fui practicante. Para terminar esas discusiones sin llegar a ponernos de acuerdo mejor nos remitíamos a lo que Revueltas dejó escrito: “El hombre, como hemos dicho más arriba, aparece en la naturaleza y en la sociedad humana bajo una doble condición: como un salto revolucionario de la naturaleza misma, que se vuelve, así, naturaleza pensante...”⁴

Casi todos en el grupo nos hicimos adictos a la lectura de novelas de carácter histórico como: *Así se templó el acero*, *La madre* de Máximo Gorki, *Banderas en las torres* y *Poemas pedagógicos* de Antón Semiónovich Makarenko, la biografía de los revolucionarios rusos Piatinsky y Kamo en *Rompiendo la noche*, además de *Por quién doblan las campanas* de Ernest Hemingway. Debido a mi trabajo, de 11 de la noche a 6 de la mañana, disponía de mucho tiempo para leer.

Un escrito en prosa del anarquista mexicano y miembro del PLM Práxedes Guerrero, titulado “Sopla”, publicado en *Regeneración* el 15 de octubre de 1910, dejó huella en mi conciencia:

Vengo de todos los rincones del mundo; traigo el porvenir justiciero; soy el aliento de la Revolución.

Sopla huracán; peina mi cabellera con tus dedos terribles; sopla vendaval, sopla sobre mi cantil abrupto, sobre los valles, en los abismos, gira en torno a las montañas; derriba esos cuarteles y esos santuarios; destruye esos presidios; sacude esa resignación; disuelve esas nubes de incienso; quiebra las ramas de esos árboles en que han hecho sus lirás los opresores; despierta a esa ignorancia; arranca esos dorados que representan mil infortunios. Sopla huracán, remolino, aquílón, sopla; levanta las arenas pasivas que hollan los pies de los

⁴ José Revueltas, *op. cit.*



camellos y los vientres de las víboras y haz con ellas proyectiles ardientes. Sopla, sopla, para que cuando la brisa vuelva no deje aprisionada en mi cabellera la horrible angustia de la humanidad esclava.

MOVILIZACIONES PARA ABRIR UNA
PREPARATORIA EN CIUDAD MANTE,
UNA FACULTAD DE AGRONOMÍA Y LA
LUCHA POR LA AUTONOMÍA DE LA
UNIVERSIDAD DE TAMAULIPAS

En todo el país, los sesenta fueron una década de grandes movilizaciones políticas y sociales. Algunas tuvieron su origen en las zonas rurales por el tema de la tierra. Recordemos que la Revolución Mexicana se gestó principalmente en el campo, donde grandes masas de población y pueblos originarios fueron despojados de sus territorios, en los que sus ancestros habían vivido y cultivado. Nuevos grupos de poder conformados por terratenientes, empresarios mineros, industriales, comerciantes y políticos surgidos en los gobiernos posrevolucionarios fueron los autores materiales e intelectuales de tal despojo.

El desarrollo moderno como resultado de nuevas condiciones geopolíticas de carácter internacional favorecieron a México: era la época del llamado “milagro mexicano”. La Segunda Guerra Mundial en Europa y el periodo inmediato al terminar dicha conflagración le acarrearón muchos beneficios a nuestro país, pero también indujeron una migración masiva del campo a las ciudades, propiciando la desigualdad social. La migración interna del campo a la ciudad trajo aparejada una serie de problemas como la demanda de más y mejores servicios públicos, servicios básicos como energía eléctrica, agua potable, drenaje sanitario, seguridad, salud, escuelas y, desde luego, mayores espacios en las universida-

des públicas para atender a la masa de jóvenes campesinos recién llegados. El Estado fue incapaz de resolver totalmente estos problemas.

En las universidades se encontraron jóvenes provenientes del campo con otros cuyas familias por generaciones habían habitado en las ciudades. Este fenómeno propició el desarrollo de un proceso acelerado de concientización y politización al interior de las escuelas, el cual ya venía ocurriendo al interior de las escuelas normales rurales fundadas desde el gobierno del general Cárdenas.

La solución que empezó a plantearse en muchas universidades fue la autonomía presupuestal, pues de esta manera, sobre la marcha y de acuerdo con el contexto, cada una resolvería sus problemas. Una mirada rápida de las grandes movilizaciones en la década de los sesenta abarca los movimientos autonómicos en las universidades de Michoacán, Sinaloa, Sonora, Puebla, Nuevo León, etc. De esta manera se empezó a configurar un nuevo perfil del estudiantado, uno con profundas raíces en los movimientos y organizaciones sindicales, campesinas y populares. Podemos afirmar que entonces los estudiantes lograron identificarse por su origen en estudiantes-obreros o estudiantes-campesinos, es decir, como elementos revolucionarios a la par que obreros y campesinos.

En 1964, la Universidad de Tamaulipas contaba solamente con cinco facultades y dos escuelas preparatorias, todas dispersas entre Tampico, Ciudad Victoria, Nuevo Laredo, Matamoros y Ciudad Mante. En todo el estado se empezó a desarrollar un movimiento con amplio apoyo popular para abrir nuevos centros educativos, con la dificultad de que el gobierno de ese entonces se negaba a dar solución a esta demanda que empezaba a convertirse en clamor popular. Las autoridades universitarias también se negaban a incorporar a las escuelas preparatorias que estaban mal funcionando



sin apoyo oficial, una en Mante y otra en Valle Hermoso. No las aceptaban porque la universidad no quería hacerse cargo de los costos que representaría el funcionamiento de estas escuelas.

Este escenario resultaba apropiado para hacer activismo político y poner en práctica lo que en los libros estábamos aprendiendo. Por convicción abanderamos distintas demandas políticas y sociales. Apoyamos al movimiento obrero, a los trabajadores de la caña, a los ejidatarios y, desde luego, al movimiento estudiantil que ya rebasaba el marco de la lucha puramente universitaria. Decíamos que para hacer una revolución primero hay que formar a los revolucionarios y éstos sólo se forman mediante la práctica revolucionaria: teoría y praxis son dos conceptos vinculados estrechamente. En la práctica íbamos a comprobar si la teoría aprendida era la correcta. Pasar de un simple proceso de aprendizaje o aprender a un nivel más profundo donde se *aprehende*. Esto es hacer nuestros los conocimientos teóricos y políticos, que se convirtieran en parte de nuestro ser. Así discutíamos, pasábamos constantemente del análisis teórico al análisis de la realidad, lo que se traduce como análisis concreto de la realidad concreta.

En Ciudad Mante, desde el año 63, se fundó una Escuela de Agronomía con apoyo de diversos sectores de la sociedad, obreros, campesinos, agricultores, ganaderos, empresarios, estudiantes y personal docente. Esta escuela empezó a funcionar con la generosidad de maestros y profesionistas, principalmente ingenieros agrónomos, quienes impartían clases sin recibir pago alguno. La Universidad de Tamaulipas pretendía establecer una Facultad de Agronomía en Ciudad Victoria. Esta acción la considerábamos injustificada, pues la agricultura no está tan desarrollada en el centro como en el sur o el norte. En el centro del estado se producían fibras de henequén, cítricos y ganadería, actividades

que en general no requieren tanta mano de obra como los cultivos de algodón y caña de azúcar, al sur, y algodón, sorgo y otros cultivos de granos, al norte.

También fue una lucha donde ocurrieron algunos enfrentamientos, por ejemplo con los bomberos de Tampico que fueron enviados para reprimir el paro estudiantil en ese puerto. Pero en esa ocasión, la represión fue vencida: los bomberos fueron desnudados, despojados de sus motobombas; les partieron en cachitos sus mangueras y los echaron en corrida, encuerados, por todo el Bulevar Adolfo López Mateos con dirección al centro de la ciudad. En los vericuetos de la política percibíamos que el gobernador Praxedis Balboa Gojon se resistía a utilizar la fuerza pública para reprimir el movimiento estudiantil. Él mismo les comentó después a algunos líderes del movimiento que el entonces presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz, directamente le pedía juntara un grupo de campesinos y los llevara a Ciudad Victoria para golpear a los estudiantes. El gobernador se negó, tal vez su origen como trabajador petrolero ejerció influencia en su negativa.

En 1967, después de movilizaciones, represión y dos marchas simultáneas, una proveniente de Matamoros, al norte, y otra de Tampico, al sur del estado, que llegaron al mismo tiempo a Ciudad Victoria, el gobierno dobló las manos. Los Decretos 145 y 146 reformaron ciertas leyes para otorgarle la autonomía a la Universidad de Tamaulipas, que ahora estaría administrada por una junta de gobierno.⁵ Así mismo, se determinó que la Preparatoria de Ciudad Mante finalmente contara con edificio propio. A esta escuela ingresé en septiembre de 1967. Reconozco no haber sido un buen estudiante, por dedicarme a la “grilla” descuidaba mis tareas; además, tenía necesidad de trabajar.

⁵ Testimonio de Elías Orozco Salazar: “De estudiante a guerrillero”.



DEL ACTIVISMO SOCIAL AL MOVIMIENTO ARMADO

Desde 1962 habían empezado a surgir en algunos estados del país diferentes expresiones de grupos políticos que planteaban organizarse para luchar por la vía armada por el socialismo: en Chihuahua, Arturo Gámiz; en Guerrero, Lucio Cabañas Barrientos y Genaro Vázquez Rojas; además de la aparición, por todo el territorio nacional, de pequeños comandos armados que empezaron llevando a cabo asaltos, principalmente a instituciones bancarias y empresas privadas.

Desde 1966 ya veníamos preparándonos para la lucha armada, y el asesinato del comandante Ernesto *Che* Guevara en Bolivia, en 1967, contrariamente a lo que se podría pensar, nos convenció de que ya estaban dadas las “condiciones históricas que hacen posible, necesaria e inevitable la Revolución”.⁶ En esos días estuvimos discutiendo y analizando de manera muy profunda por qué Guevara había tomado la decisión de crear un foco guerrillero en Bolivia. A pesar de aceptar que ese país, siendo el corazón de América del Sur, podría irradiar con su ejemplo y empujar a toda la región a una revolución (“crear uno, dos, muchos Vietnam en América Latina”), nosotros estábamos convencidos de que en esta aventura se cometieron muchos errores.

A raíz de la muerte del *Che*, en algún lugar del Mante nos reunimos un grupo de jóvenes para analizar este hecho y, sin llegar a la solemnidad ni nada por el estilo, todos estuvimos de acuerdo en que para poder derrocar al Estado burgués representante de la clase capitalista y establecer la dictadura del proletariado para construir el socialismo, el único camino sería a través de las armas.

⁶ Liga Comunista 23 de Septiembre (agosto de 1973), *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*.

En 1967, el profesor Mónico Rentería fue designado responsable del Comité Campesino del MER y fundó el Frente Democrático Campesino del Estado de Nuevo León (FDC). En palabras de Mónico, el FDC:

se desarrolló fundamentalmente en las estribaciones de la Sierra Madre Oriental, en los municipios de Montemorelos y Linares, aunque posteriormente se afiliaron a la misma grupos de solicitantes de tierra de los municipios de Galeana y General Terán. No lo fundé en un acto de agitación: sólo ayudé a realizar una necesidad que los campesinos sentían impostergable.⁷

El programa mínimo del FDC trataba de solucionar problemas inmediatos, que eran los propiamente regionales y que, en orden de importancia, enumeramos a continuación:

- Pleno disfrute de los frutos del trabajo y la legalización de la propiedad de la tierra. Algunos pueblos que se asentaban en terrenos de los grandes terratenientes pagaban un tributo feudal que variaba de la tercia a la media cosecha. Esta vieja práctica se acabó para siempre, al organizarse los campesinos.
- Fundación de nuevos centros de población agrícolas.
- Escuelas, dispensarios y caminos vecinales, etcétera.

El programa máximo del FDC luchaba por la consigna de “revolución agraria” para distinguirse de otras consignas partidistas que propugnaban algún tipo de “reforma agraria”. El contenido de la consigna lo resumimos en estos puntos:

⁷ Iracheta Lozano, *et al.*, *op. cit.*



- Organización sindical de los obreros agrícolas.
- Expropiación de los grandes terratenientes aburguesados y latifundistas atrasados, para fundar poblaciones agrarias y cooperativas de producción, utilizando técnicas avanzadas.
- Máquinas para el campo, para contrarrestar la usurera maquinación indirecta del ejido y la pequeñísima propiedad.
- Precio justo y crédito barato a la producción campesina.
- Educación superior, viviendas y demás servicios asistenciales al campo, etc.⁸

Todos estos planteamientos se difundían en un periódico editado por el FDC llamado *Revolución Agraria*. En el desarrollo de estas tareas los campesinos enfrentaron la represión del Estado y de la burguesía agraria, motivando a algunos miembros del MER a pensar, como única alternativa, en conformar una guerrilla rural. En diciembre de 1967 se produjo un rompimiento político dentro de las filas del MER y su dirección, representada por Severo Iglesias. La idea de explorar la alternativa de la vía armada seguía anidando en la conciencia de muchos militantes, pues se tenía la sensación de que la vía democrática estaba agotada. Algunos exespartaquistas empezaron a incursionar en las montañas, buscando fundar una guerrilla rural, pues debido a invasiones y tomas de tierras, en el campo también existía una gran efervescencia.

Una de las propuestas para establecer la guerrilla rural fue la zona sur de Nuevo León, que fue desechada debido a consideraciones geográficas y militares, pues, aunque es una región de altas montañas, éstas serían fácilmente sitiadas y sus accesos controlados militarmente por el gobierno. Un pequeño grupo de alrededor de 13 compañeros se trasladó entonces a la región de la Huasteca bajo el liderazgo de Mónico Rentería Medina, pero el intento duró sólo unos

⁸ *Loc. cit.*

pocos días y los militantes se regresaron a la ciudad, donde algunos se reagruparon y otros de plano se alejaron del movimiento.

Al replegarse, el profesor Mónico Rentería se alejó de la organización para atender su vida personal y profesional, ejerciendo su carrera como maestro rural en la región de La Laguna del estado de Durango. Entonces la conducción de lo que quedaba del movimiento fue asumida por Edmundo Medina Flores (alias *Arturo*) y Salvador Corral (alias *Roberto*), el primero originario de Nuevo Laredo, Tamaulipas, y el segundo de Durango, pero radicado desde muy joven en Ciudad Juárez, Chihuahua.

Ese mismo año empezaron a organizar un núcleo guerrillero en Durango, pero en diciembre decidieron replegarse, pues no se contaba aún con la organización necesaria, ni experiencia militar suficiente para una tarea de este tipo. El 26 de julio de 1968, en un claro paralelismo con el ataque al Cuartel Moncada que inició la Revolución Cubana, este grupo guerrillero, sin nombre aún, volvió a intentar conformar una guerrilla rural en la sierra de Durango, pero después de una corta incursión, a finales de septiembre se vio obligado a abandonar la montaña, cambiando radicalmente de estrategia.

Para cumplir este programa se iba creando toda una red de apoyo logístico en la cual me incluyo, tanto en el campo como en la ciudad. La prioridad entonces fue la acumulación de fuerzas y recursos físicos y materiales. Se le dio mayor importancia al entrenamiento militar y a la formación política y, al mismo tiempo, desplegamos una intensa actividad de “relaciones públicas”, buscando vincularnos con otros grupos con los cuales coincidiéramos en los objetivos programáticos, estratégicos y de organización.

Al empezar a entrenar se va haciendo una especie de “selección natural”. Hacer incursiones en la sierra, caminatas largas, lidiar con las diferentes alturas sobre el nivel



del mar, el manejo de armas y de los nervios, no es una actividad para todos. Nuestro grupo era de lo más disímbo- lo: había agrónomos, campesinos, ejidatarios, enfermeras, miembros de sindicatos, ferrocarrileros y trabajadores en general. Sin embargo, una consecuencia negativa de nuestro entrenamiento fue que descuidamos el trabajo en la univer- sidad y los porros que habían sido expulsados regresaron y se apoderaron de todo.

Para entrenar nos fuimos haciendo de algunas armas de bajo y mediano calibre. Para mí, manejar armas no era nue- vo. Desde chamaco sabía disparar con el clásico rifle calibre .22 y escopeta. Ahora contaba con un revólver inglés muy antiguo con capacidad de cinco tiros calibre .38 Short o corto que, para recargarlo, a la altura de la mira se presionaba un pasador y el arma se doblaba hacia abajo, como en las pisto- litas de juguete; “de quebrada” le decía yo. Así se botaban los casquillos vacíos y se procedía a cargar de nuevo cartucho por cartucho. En una película que vi, varios años después, acerca de la invasión colonial del ejército inglés en Sudáfrica titulada *Zulú*, los oficiales portaban este tipo de revólveres. Esta arma era diferente a la pistola escuadra calibre .38 Sú- per o al revólver .38 Especial que portaban los policías a los que peyorativamente nombrábamos “cachuchudos”.

También contábamos con un riflito muy bueno marca Remington, calibre .22 de 17 tiros. Para recargar se empuja- ba hacia atrás una pieza de madera ubicada por abajo del ca- ñón, por este mecanismo vulgarmente se conocía como “rifle de puñeta” y que pertenecía al compañero *Mingo*. Su padre, un señor muy amable, robusto y moreno, nos prestaba para entrenar un revólver marca Colt calibre .45 grande y pesado, y otro marca S&W calibre .38 de esos de mata y entierra. El señor tenía estas armas porque era ejidatario y en su juventud fue miembro de las Guardias Agraristas, al igual que mi pa- dre y mi abuelo, y le fueron entregadas por el general Lázaro

Cárdenas cuando fue presidente de la República, para que los nuevos ejidatarios defendieran sus tierras expropiadas a los terratenientes y entregadas para su explotación a los campesinos sin tierra bajo el programa de Reforma Agraria.

Poco a poco íbamos conociendo nuevos amigos y compañeros que también simpatizaban con las propuestas de ser parte de un gran movimiento de corte socialista, nacional e internacional. El ejemplo del triunfo de la Revolución Cubana el 1o. de enero de 1959 fue un hecho de gran relevancia que nos emocionaba y motivaba a asumir compromisos. Sabíamos lo riesgoso de tomar esta decisión; que podríamos ser detenidos, encarcelados, torturados e incluso muertos en alguna acción o de plano ser asesinados por los esbirros del gobierno. Pero no nos importaba y tratábamos de no pensar mucho en esa posibilidad. Se percibía que quienes se comprometían por llegar a ser futuros militantes en este movimiento, desde muy hondo de su ser sentían un compromiso histórico de participar, como si existiera un determinismo que nos estaba conduciendo ineludiblemente a la revolución. No podíamos evitarlo, parecía nuestro destino. Un destino marcado quién sabe dónde, que nos empujaba a realizar grandes hazañas heroicas en aras de la revolución.

En Ciudad Mante, a finales del año 67 o principios del 68, llegó gente de Genaro Vázquez Rojas buscando específicamente a nuestro grupo. También tuvimos entrevistas con el periodista español exiliado Víctor Rico Galán, quien, abiertamente en una reunión con estudiantes, planteó que había que prepararse para la lucha armada. Por este abierto llamado a las armas, Rico Galán fácilmente fue ubicado. El gobierno esperó hasta que tuviera un grupo formado y procedieron a su detención. Fue motivo de burla porque decíamos que Galán quería hacer una guerrilla en un departamento de la ciudad de México donde tenían acumuladas armas y gente preparándose para ser trasladados a Chiapas.



Lo detuvieron junto con el doctor Gilberto Balam y otros personajes. Ellos eran muy conocidos, pues escribían en la revista *Siempre!*

Ya para terminar el segundo semestre de preparatoria en la UAT, en 1968, debido a mis inasistencias tenía que presentar doble examen final. Además, corrió el rumor de que iba a ser expulsado por mi activismo político. Varias veces salió mi imagen en la prensa local, exhibiéndoseme como un activista comunista reconocido con el que había que tener cuidado. Una tarde, a fines de abril de 1968, a mi lugar de trabajo llegó un agente de la policía buscándome para avisarme que el jefe del llamado Servicio Secreto (les decíamos las SS en referencia a la policía alemana al servicio de Adolfo Hitler) quería verme. Le contesté que iría a verlo cuando terminara mi turno, después de las 11 de la noche. Al salir de mi trabajo ya me estaba esperando el mismo agente. Sin decirle nada me encaminé al Palacio Municipal, donde estaban las oficinas de la policía ubicadas a una cuadra de distancia. Entonces el Mante era un pueblo chico en donde todo mundo se conocía. Me recibió el secretario o director, no recuerdo cuál era su cargo. El tema era que, como recién se había fundado una organización estudiantil, como consecuencia de las pasadas movilizaciones, que abarcaba todo el estado y de la cual yo formaba parte de la Comisión de Prensa y Propaganda, habíamos pegado en varios puntos de la ciudad cartelones con la Declaración de Principios de este movimiento y el texto era abiertamente una convocatoria a la organización y a la lucha contra el gobierno. Las autoridades intuyeron que se estaba gestando un movimiento subversivo de tendencia “castrocomunista”. El pobre hombre quería advertirme de la infiltración comunista, ya que en Tampico residían varios dirigentes de este movimiento, los cuales eran señalados como “rojillos”. Textualmente me dijo: “si nos descuidamos estos cabrones (los comunistas) nos van a

dar una enriatada". Como quiera, ahí estuve, no en calidad de detenido, solamente tuve que aguantar sus consejos de contenido anticomunista muy elemental. Un año después encontré a este mismo personaje vendiendo ropa en abonos por las rancherías de la región y por coincidencia yo andaba incursionando en el comercio, comprando y vendiendo naranjas, cabritos, guajolotes y lo que se pudiera, y como los dos estábamos retirados del pueblo me pidió lo llevara de regreso, pues yo conducía una camioneta. Era todavía otra época y otro tiempo.

Mi grupo siguió de cerca los acontecimientos de la lucha estudiantil en la UNAM y las represiones del gobierno, ocasionando que el movimiento se saliera del marco puramente universitario y rebasara el ámbito de la ciudad de México. En varios estados del país se empezó a conocer lo que realmente estaba ocurriendo. Un gobierno profundamente anticomunista, como el de Gustavo Díaz Ordaz, lanzaba amenazas constantemente hacia los estudiantes y comenzaron las detenciones arbitrarias de maestros y alumnos. Era como querer apagar el fuego con gasolina. Quedaba claro que estábamos padeciendo los embates de un gobierno intolerante, reaccionario y autoritario.

Aunque nosotros ya habíamos tomado la decisión de prepararnos para la lucha armada, por lo que veíamos la lucha estudiantil como algo ya superado, también considerábamos que la represión podría desencadenar un gran levantamiento popular contra el gobierno y el fortalecimiento de los diversos movimientos guerrilleros que empezaron a surgir. Por otro lado, a nivel mundial los movimientos de protesta por diversas causas proliferaron, casi todos poniendo en evidencia la crisis sistémica de una sociedad capitalista decadente. También estaban surgiendo movimientos pacíficos que luchaban por la libertad y la justicia frente a la represión del Estado.



En mayo de 1968 dejé la región del Mante y me fui a trabajar en la industria del algodón a la ciudad de Los Mochis, al norte del estado de Sinaloa. Seguí preparándome y leyendo libros de marxismo, filosofía, historia y sobre el proceso revolucionario que estaba ocurriendo en Cuba. Así me sorprendió el 2 de octubre, cuando fueron masacrados cientos de estudiantes, hombres, mujeres y niños en la emblemática Plaza de las Tres Culturas. Muchos nada tenían que ver con el conflicto que ya llevaba varios meses sin poder resolverse en la ciudad de México debido a la cerrazón política del gobierno encabezado por Díaz Ordaz. Fue la gota que derramó el vaso y provocó que los movimientos guerrilleros se generalizaran por todo el país.

En la misma semana de la masacre de Tlatelolco me puse en contacto con el ingeniero Gerardo García Espinoza, a quien había conocido cuando él impartía la clase de química en la escuela secundaria nocturna para trabajadores de Ciudad Mante, actividad que alternaba con su trabajo de gerente del Banco de Crédito Rural en esa ciudad. Egresado de la Universidad Autónoma de Chapingo se desempeñó como gerente de este mismo banco en Ciudad Obregón. Por su trabajo estuvo vinculado a las actividades agropecuarias del Valle del Yaqui. Conoció muy de cerca la problemática que vivía la gente del campo: falta de créditos, sin asesoría técnica suficiente y precios bajos de sus productos. Los directivos oficiales del banco lo cambiaron a Ciudad Mante tratando de alejarlo de esta región, donde se estaban desarrollando movilizaciones campesinas en las cuales él ejercía cierta influencia; sin embargo, su inquietud política lo llevó a relacionarse con los movimientos sociales y políticos de esos momentos y de nuevo fue movido a otra sucursal, ahora a Puerto Vallarta, hacia donde me dirigí para intercambiar opiniones, establecer acciones y fortalecer vínculos.

Viajé a Puerto Vallarta el 7 de octubre del 68 y ahí me encontré a Edmundo Medina Flores y a Salvador Corral García. A *Mundo* ya lo conocía, pero no a Corral. Ambos llegaron físicamente amolados. Venían de la sierra, del segundo intento como exespartaquistas, de conformar una guerrilla rural en Durango. Platicamos y nos pusimos de acuerdo para entrevistas posteriores. Me regresé a Sinaloa y al siguiente mes fui a Tamaulipas, donde me volví a vincular con ellos, ya con la idea más madura de formar otro núcleo guerrillero. Todo el siguiente año viví en Mante y en 1970 regresé de nuevo a Sinaloa.

Nuestro grupo, que ya no era espartaco pero tampoco tenía un nombre que nos identificara, nunca dejó de entrenar y prepararse para la revolución. Practicábamos de forma paciente y disciplinada en las casas de seguridad, en las caminatas y excursiones al campo, con pistolas de diábolos y de postas. Hacíamos ejercicios físicos y militares, leíamos teoría y discutíamos la realidad concreta. Nos preciábamos de no ser “foquistas”, y arrogantes decíamos que no caeríamos en los errores que cometieron el *Che* Guevara y su grupo en Bolivia. Su caída nos la explicábamos como el resultado de seguir una estrategia y una táctica foquistas. Poco a poco se fue descubriendo que su caída en combate tenía que ver con la traición del dirigente del Partido Comunista Boliviano, Mario Monje.

Cuando se planteó realizar un tercer (¿o cuarto?) intento ya se empezaba a hablar de vínculos entre diferentes organizaciones. En Sinaloa empezamos a tener relación con la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS), conocidos como “Los Enfermos”; en Monterrey, con un grupo conocido como “Liga de Comunistas Armados”, que también venía del MER, y con Raúl Ramos Zavala; con “Los Guajiros”, que venían de Mexicali; y con el grupo de Salvador Corral, exmilitante del MER que era ubicado como activista



de “Los Comandos Lacandones”, de Ciudad Juárez. Así se empezaban a cruzar los diferentes caminos con rumbo a la conformación de un movimiento armado.

En el norte de Sinaloa empezamos a trabajar con el objetivo de establecer un corredor de relaciones y contactos en la zona del Valle del Fuerte a partir de la ciudad de Los Mochis, pasando por San Blas, el Fuerte de Montesclaros, Choix y puntos intermedios como rancherías y estaciones del ferrocarril Chihuahua-Pacífico, hasta la sierra, que a futuro nos podrían servir de bases de apoyo. Hacíamos recorridos en carro y establecimos relaciones que mucho ayudaron después para mantener el contacto con el comando asentado en la región de Urique, en la sierra de Chihuahua. El trabajo de relaciones estaba atendido por el compañero Fermín, nunca supe sus apellidos, le decíamos *el Insurrecto Errante*. Era incansable; se desplazaba desde Mazatlán, pasando por Culiacán, Los Mochis y tomaba la ruta hacia la sierra, por San Blas, El Fuerte, San Javier y demás puntos intermedios. Siempre a lomo de su motocicleta de dos pistones marca Yamaha. Para subsistir vendía ropa en los pueblos por donde pasaba. Cuidando en todo momento el tema de la clandestinidad, para no arriesgar ni poner en peligro a las familias donde tenía apoyo, su lugar favorito para pasar la noche eran los panteones. Decía que de los muertos no había por qué cuidarse; de los vivos, sí. Al caer la noche se acercaba a algún panteón subrepticamente y buscaba la tumba más limpia que tuviese una superficie plana, extendía su cobija y disfrutaba la noche, mirando las estrellas en medio de un gran silencio.

En la segunda mitad de la década de los sesenta el espartaquismo se había extendido en Hermosillo, Navojoa y Ciudad Obregón. De Hermosillo salieron algunos compañeros a entrenarse en Chihuahua en manejo de armas, como Rodolfo Godoy (alias *Pedro*), originario del poblado de Villa Juárez, Sonora, que estudió en la Secundaria de Etchojoa y cursó

el nivel bachillerato en la Preparatoria de Navojoa. También estuvo un año estudiando en la Escuela de Agricultura de la Universidad Autónoma de Sonora (UNISON), en Hermosillo. En el mes de septiembre de 1973, *Pedro* se incorporó a la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) y militó en ella hasta su detención en abril de 1974 junto con el compañero Samuel Orozco (alias *Pancho*), que fue liberado en 1978, *Pedro* permaneció preso en el penal de Hermosillo hasta 1982.

En la Preparatoria de Navojoa y en la Escuela Normal conocida como El Quinto, de esa ciudad, trabajaban varios maestros afiliados al espartaquismo. Uno de ellos era José de Jesús Corral (alias *Germán*). Otro fue Anselmo Herrera, originario de Ciudad Mante. Su trabajo se extendía por todo el Valle del Mayo con la formación de brigadas de obreros agrícolas y, en la ciudad, de estudiantes y maestros. *Germán* era hermano de Salvador y Miguel Corral, ampliamente conocidos dentro de los movimientos que asumieron el compromiso de luchar con las armas en la mano por un nuevo orden de cosas.

Por la experiencia acumulada a lo largo de varios años de lucha, principalmente del orden militar, al momento de la fundación de la LC23S, a nuestro grupo aún sin nombre y a otros militantes que tenían una experiencia similar se nos propuso como responsables en tareas de instrucción y entrenamiento militar a los diferentes cuadros que recién empezaban a incorporarse. Por tal motivo se extendió la creencia errónea de que la actividad de nuestro grupo fue fundamentalmente de carácter militarista. Pero si profundizamos más en nuestra labor desplegada a través de varios años y con enormes dificultades en diferentes partes del país, sobre todo en el norte, noreste y noroeste, se comprenderá el trabajo de vinculación entre distintas fuerzas afines que realizamos en todo el proceso anterior a la formación de la Liga,



además del intento de conformar en tres ocasiones (dos en 1967 y una en 1968) un núcleo guerrillero en las montañas.



SEGUNDA PARTE



Testimonio de un exespartaco y su experiencia en las montañas del Cuadrilátero de Oro

Ni locos, ni suicidas, ni mártires. Mártires los cristianos que se inmolaban en el circo romano, suicidas los kamikazes japoneses; locos Hitler y Mussolini. El revolucionario no es suicida ni ama a la muerte. El revolucionario aspira a vivir para transformar las condiciones de vida miserable de su pueblo y si para lograrlo es necesario entregar la existencia, gustoso la da para que el pueblo siga viviendo.¹

Los procesos revolucionarios en todo el mundo, especialmente en América Latina, se desarrollaron de manera similar. La explotación de la clase obrera y de los recursos naturales, el control antidemocrático de la política, la justicia al servicio de la burguesía, la manipulación de los medios masivos de comunicación, la represión a quien piense diferente y la desigualdad material y social, es decir, la desigualdad de ingresos y de oportunidades, son rasgos distintivos e inherentes al modo de producción capitalista. Por

¹ Neil Harvey (comp.), *Cruce de caminos: luchas indígenas y las Fuerzas de Liberación Nacional (1977-1983), Dignificar la historia III*, Apodaca-Nuevo León, Grupo Editorial la Casa de Todas y Todos, 2018.

tal razón, la revolución socialista no es un fenómeno aislado sino una consecuencia directa de esa violencia estructural y multidimensional ejercida por el capitalismo a través de la oligarquía y el aparato estatal a su servicio.

En un trabajo simultáneo de vinculación al que hacía la guerrilla sin nombre de exespartacos encabezados por Mónico Rentería Medina y después por Edmundo Medina Flores y Salvador Corral García, en todo el país otros grupos también se estaban buscando y encontrando, con constantes reuniones y acciones coordinadas. La intención era llegar a crear una organización fuerte de carácter nacional, de tal manera que se le empezó a conocer como Organización Partidaria (OP). “Los Procesos”, por ejemplo, nacidos de las Juventudes Comunistas y representados en aquel entonces por Raúl Ramos Zavala, se vincularon con miembros cristianos formados en la Teología de la Liberación representados por Ignacio Arturo Salas Obregón, proveniente a su vez del Movimiento Estudiantil Profesional. Cabe aclarar que “Los Procesos” eran llamados así debido al documento *El proceso revolucionario en México*, de Ramos Zavala. Según varios testimonios, este documento fue sistematizado principalmente por Ramos Zavala, dando orígenes después a lo que conocemos como los “*Madera viejos*”, nombrados así en honor al asalto al cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965. Este documento en realidad fueron cuatro: *Madera 1*, *Madera 2*, *Madera 3* y *Madera 3-bis*. A la muerte de Ramos Zavala, en 1972, Salas Obregón le dio continuidad al trabajo teórico que los había vinculado.

La reunión para la fundación de la Liga Comunista 23 de Septiembre se llevó a cabo en marzo de 1973 en la ciudad de Guadalajara. La Liga fue el intento más serio para tratar de unificar las diversas organizaciones político-militares que, cuando menos desde hacía 10 años, venían operando en diferentes partes del país. Compartían, con diversos ma-

tices, el objetivo de hacer la revolución socialista en México, luchar por la justicia, arrebatarle el poder a la burguesía destruyendo el Estado burgués, terminar con la sociedad dividida en clases e instaurar la dictadura del proletariado. Todos estaban de acuerdo en que lograr este objetivo no iba a ser una tarea fácil; por esa razón, como lo señaló Arturo Gámiz² a inicios de los años sesenta, había que empezar ya.

En las reuniones previas para fundar la LC23S cada grupo presentaba documentos teórico-políticos, terminados o en elaboración, resultado de sus discusiones colectivas internas. “Los Procesos”, encabezados ahora por Salas Obregón, con aportaciones importantes de Raúl Ramos Zavala, presentaron los *Maderas* y también el documento *El proceso educativo*. El autor principal de este último fue Ignacio Olivares Torres.

Otro documento importante difundido fue *A la luz de esta historia de batallas*, escrito en 1969 y presentado por Jesús Manuel Gámez Rascón (alias *Julio*) a nombre del Movimiento 23 de Septiembre. En estas fechas este grupo ya se había fusionado con algunos militantes del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), nombrándose ahora como MAR23. Cabe señalar que varios militantes del MAR habían recibido instrucción militar en Corea del Norte.

En la reunión fundacional de la LC23S, entre otros acuerdos, uno fue la elaboración de un documento de orden programático con los objetivos, tareas, objetivo y táctica a seguir. El encargado fue Salas Obregón, quien en agosto presentó las *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*, conocido también como *Manifiesto al proletariado*. En la portada se leía la clásica consigna marxista “Proletarios de todos los países, uníos”, y más abajo el nombre de Liga

² Resoluciones del Segundo Encuentro de la Sierra “Heraclio Bernal”.



Comunista 23 de Septiembre. Su contenido estaba indexado de la siguiente manera:

- Condiciones que hacen posible, necesaria e inevitable la revolución.
- El proletariado, combatiente de vanguardia por la revolución socialista.
- De una política dominada a una política propia de vanguardia.
- De la huelga económica a la huelga política y la guerra de guerrillas.
- De una táctica dominada a una táctica de decisiones rápidas. La táctica militar de la movilización política en situaciones de inferioridad estratégicas.
- De la organización de resistencia a la organización política y el ejército popular.
- De una conciencia *tradeunionista* a una conciencia socialista.
- Ofensiva estratégica del proletariado y sus clases aliadas y defensiva estratégica.
- Correlación estratégica de fuerzas de clase.
- Crisis económica y política y situación revolucionaria.

Además de su carácter formativo e informativo, en las *Cuestiones fundamentales...* se les pedía a todos los militantes y simpatizantes lo siguiente:

¡ES NECESARIO LEER, DISCUTIR Y DIFUNDIR ESTA OBRA, AL IGUAL QUE MADERA Y DEMÁS DOCUMENTOS DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE, ENTRE LOS COMPAÑEROS DE LA FÁBRICA, LA ESCUELA O EL CAMPO!

A pesar de los intentos por vincularse y formar alianzas, la guerrilla sin nombre dirigida ahora por Salvador Corral

García (alias *Roberto*) y Edmundo Medina Flores (alias *Arturo*) no asistió a la reunión de marzo, pues su participación debía decidirse primero mediante una consulta entre sus miembros. Nuestro grupo resolvió que Corral y Medina Flores asistieran a la reunión del 30 de marzo 1973 del recién conformado Buró Político de la LC23S. Desde entonces la guerrilla sin nombre fue conocida por el apodo de “Los Macías” por ocurrencia del compañero Pedro Orozco Guzmán, de la Federación de Estudiantes Revolucionarios (FER), quien en son de broma comentó que Edmundo se parecía al famoso boxeador Raúl *el Ratón* Macías. Cabe reafirmar que “Los Macías” antes no eran reconocidos con ese apodo hasta esa reunión, aunque hay quienes erróneamente así lo han reseñado.

El organigrama de la Liga estaba configurado de la siguiente manera: una Coordinadora Nacional (como órgano máximo de dirección) compuesta por un Buró Político (como instrumento ejecutivo) y un Buró Militar (para todo lo relativo a la estrategia y las acciones militares). Además, había Coordinadoras Regionales, Coordinadoras Estatales y Comités Locales hasta llegar al nivel de brigadas que actuaban en espacios y sectores específicos tales como el campo, el movimiento estudiantil o el movimiento obrero. En algunos lugares también existían comités para asuntos militares.

La representación en la organización fue flexible, pues, como aquí se comentó, “Los Macías” ingresaron días después de la Primera Reunión Nacional. Además, hubo coordinadores que por diversas razones asistieron a una reunión, pero no a la siguiente o viceversa.

Como vemos, el origen de la LC23S no fue el resultado de un esfuerzo unilateral, ni tampoco se puede catalogar a ningún grupo como el ente embrionario de la futura organización revolucionaria. Más bien, y en honor a la verdad, fue



el resultado de un trabajo colectivo amplio y de profunda discusión política, siempre a la luz de la teoría marxista.

A partir de enero de 1974 se empezó a editar y distribuir entre los simpatizantes, militantes y el pueblo en general un pequeño periódico llamado *Madera, Órgano Central de la Liga Comunista 23 de septiembre*. En él se publicaron artículos de análisis abordando la realidad nacional e internacional del momento y, al mismo tiempo, daba a conocer las orientaciones y línea política de acción a seguir. Este periódico era conocido como los “*Madera nuevos*” para diferenciarlo de los “*Madera viejos*”.

Una vez conformada la LC23S, la Coordinadora Nacional tomó el acuerdo de impulsar la formación de un ejército revolucionario que debía asentarse en las montañas. Se seleccionaron tres lugares: la Sierra del Sur en el estado de Oaxaca, cuyo núcleo guerrillero tomó el nombre de Brigada Revolucionaria “Emiliano Zapata” (la BREZ); las montañas del estado de Guerrero, donde se estableció el núcleo conocido como Brigada “Genaro Vázquez”; y un núcleo guerrillero conocido como Comité Político Militar “Arturo Gámiz”, enclavado en el llamado “Cuadrilátero de Oro” (Durango, Chihuahua, Sonora y Sinaloa). El plan se echó a andar entre abril y mayo de 1973.

Como comenté antes, por mi pasado campesino, el manejo de las armas no me era desconocido. Otros compañeros espartaquistas tenían historias similares, lo que aunado a haber tomado muy en serio nuestro entrenamiento y haber aprovechado el Servicio Militar en el mismo sentido, varios exespartaquistas nos fuimos convirtiendo dentro de la LC23S en instructores militares y, en consecuencia, formamos parte de la estructura del Buró Militar.

La decisión de crear un grupo guerrillero en el Cuadrilátero de Oro estaba sustentada en que ya se contaba con una amplia base de apoyo social en los valles del Yaqui y

del Mayo y en sus ciudades principales: Navojoa y Ciudad Obregón. Estas relaciones se habían construido desde los años sesenta, vinculadas a la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), incluso también los espartacos estuvimos presentes desde hacía varios años, buscando crear corredores y bases de apoyo en el sur de Sonora y norte de Sinaloa.

Desde su origen, en 1949, al interior de la UGOCM se fueron perfilando dos líneas políticas que entraron en conflicto. Una pugnaba por un mayor acercamiento con el Estado, tomando en cuenta que los gobiernos seguían reivindicando el nacionalismo revolucionario y la Revolución Mexicana como origen y sustento ideológico y político. Esa corriente la representaba Alfonso Garzón, un político muy hábil pero totalmente echado del lado del oficialismo. La otra línea planteaba que se tenían que tomar acciones más combativas para obligar al gobierno a cumplir cabalmente los postulados de la Revolución en lo que se refería al reparto agrario y a la creación de nuevos centros de población ejidales. Esta corriente la encabezaba Jacinto López. Por fin, en los años sesenta, esta organización se escindió aunque mantuvo el mismo nombre, UGOCM, pero para diferenciarse de la otra se le añadió el nombre de su líder: Jacinto López. Años después las dos seguían manteniendo una línea oficialista de colaboración con el gobierno.

Lo interesante de esta segunda corriente es que en algunas regiones del país, desde los años sesenta, empezaron a surgir dirigentes que se fueron radicalizando bajo la influencia de la Revolución Cubana y en respuesta a las políticas represivas y autoritarias del gobierno mexicano, además de otros movimientos reprimidos violentamente, como estudiantes, médicos y obreros, lo que propició que aparecieran organizaciones que apoyaron la propuesta de establecer y participar en una lucha armada fundada en la ideología



marxista. Esta nueva etapa fue encabezada en la región de Ciudad Madera, Chihuahua, por el profesor Arturo Gámiz, el doctor Pablo Gómez, los hermanos Gaytán, entre otros líderes campesinos, obreros y del movimiento estudiantil. Varios de ellos formaron parte de la UGOCM de Jacinto López. La Revolución Cubana fue como un faro que indicaba el camino a seguir.

LA GUERRILLA RURAL DE LA LIGA COMUNISTA 23 DE SEPTIEMBRE EN EL NORTE DE MÉXICO

El primer campamento que serviría de avanzada y apoyo logístico para quienes se planeaba instalar sierra adentro “comenzó a estructurarse, de manera simultánea, desde el mes de abril de 1973 en dos partes del Cuadrilátero a la vez, en Chínipas, Chihuahua, y en el Quiriego, Sonora”.³

La guerrilla quedó conformada por tres comandos diferentes con el nombre de Comité Político Militar “Arturo Gámiz” —el comando que meses después se autonombró Comando “Óscar González Eguiarte”—,⁴ ubicado en la región del Quiriego; otro en la zona de Chínipas; y el tercero en Urique. Los dos últimos ubicados en Chihuahua.

Por cuestiones operativas se decidió dividir al Comando “Óscar González” del Quiriego en dos grupos ubicados muy cerca uno del otro y en permanente comunicación entre sí y al mismo tiempo con sus bases de apoyo del Valle del Yaqui. Geográficamente esta región es de transición entre la llanura costera del Pacífico y la Sierra Madre Occidental. Sus límites son al norte con el municipio de El Rosario-Te-

³ Miguel Topete, *Los ojos de la noche, El comando guerrillero Óscar González*, México.

⁴ Se autonombraron así cuando realizaron el operativo de San Bernardo, del que se habla más adelante.

zopaco, al este y sureste con el municipio de Álamos, al sur con el municipio de Navojoa y al oeste con el municipio de Cajeme, cuya cabecera municipal es Ciudad Obregón. En su extremo noreste limita con el municipio de Chínipas y con el de Uruachi del estado de Chihuahua.

El comando de Chínipas quedó operando en las inmediaciones del poblado de San Rafael de Orivo, en la región identificada como Alta Tarahumara, con una población, desde el punto de vista étnico, compuesta casi exclusivamente por rarámuris. En ellos se tenía una base de apoyo campesina muy confiable. Al frente de este comando estaba Salvador Gaytán Aguirre (alias *Don Chuy*), sobreviviente del asalto al cuartel militar de Ciudad Madera del 23 de septiembre de 1965 y reconocido también como coordinador de toda la zona.

Urique, Chihuahua, donde operaba el tercer comando, es una región también conocida como Baja Tarahumara, colindante con el municipio de Choix, Sinaloa. Geográficamente es una región de altas montañas y profundas barrancas, con caminos de cabras que son apenas veredas marcadas entre abismos intimidantes. En ciertas épocas del año ni los aerotaxis pasan por estas montañas debido a las peligrosas corrientes de aire ascendente que ponen en riesgo el vuelo de las avionetas.

Los tres grupos mantenían comunicación por medio de experimentados corredores, mensajeros tarahumaras y barrios. Esta última etnia habita la zona del Quiriago y Álamos, Sonora.

TAREA DE ENLACE: DEL LLANO A LA MONTAÑA CON EL NÚCLEO DE URIQUE

Alrededor del 5 de octubre de 1973 asistí a una reunión en Guadalajara, Jalisco. Era de noche. Estaba presente parte de la Coordinadora Nacional: Ignacio Salas Obregón, Edmun-



do Medina Flores, Graciela Mijares y otros dirigentes de Jalisco. Yo participé como miembro del recién formado Buró Militar, organismo paralelo al Buró Político. Me presentaron varias alternativas para seguir apuntalando el trabajo de la organización. Después de analizar brevemente algunas opciones, y con mi aceptación, se acordó que me trasladara al noroeste del país, a Sinaloa, Sonora y Chihuahua, con la encomienda de hacerme cargo de las tareas referentes al aspecto militar. El perfil para las tareas a desarrollar en esa zona correspondía con mi experiencia y conocimiento de esa región, pues ya tenía varios años radicando en la parte norte del estado de Sinaloa, donde trabajaba en una empresa en la que, para desarrollar mis funciones, necesariamente tenía que conocer ciudades, pueblos y rancherías, carreteras y caminos. Gracias a mi sentido de ubicación puedo decir que tenía con mucha exactitud una visión muy completa de todo el territorio.

Después de la reunión, ya entrada la noche, nos fuimos a dormir Edmundo Medina y yo, esperando indicaciones para mi salida al norte. Habíamos manejado toda la noche y era necesario descansar. Nos condujeron a una casa como era la costumbre, sin saber su ubicación. Desperté apenas para ver salir a Edmundo. Nos despedimos y no hemos vuelto a vernos.

Pasado el mediodía llegó la compañera que vivía en esa casa, tenía rato tratando de despertarme. Con dificultad podía yo abrir los ojos y le hacía señas de que esperara un poco. Por fin volví a la vida. Me llevaba un plato con comida y hasta entonces me percaté de que no había ingerido alimento desde el día anterior y por el cansancio no sentía hambre. Ella se fue y volví a quedar solo. Al siguiente día abandoné la casa y me fue presentada otra compañera de la que mucho tiempo después supe su nombre: era Celia Torres, esposa de Miguel Topete, ingeniero de profesión y miembro del Co-

mando “Óscar González”. Celia esperaba encontrarse con su esposo, le llevaba una cobija y cosas así, pero Miguel ya había subido a la sierra.

Celia y yo nos trasladamos al noroeste en autobús aparentando ser pareja para pasar desapercibidos ante los ojos de los espías de la policía que siempre vigilaban las terminales de trenes y autobuses. Arribamos a Ciudad Obregón, Sonora, casi al anochecer del día 8 de octubre de 1973. Después de 24 horas de viaje fuimos recibidos por la compañera *Raquel*, también conocida como *Raco*. Nos llevó a bordo de una camioneta *pick-up* a una casa de seguridad en esa ciudad.

Entrando me di cuenta de que estaban desarrollando una reunión de carácter regional. *Julio* presidía esa reunión como responsable. Al presentarme e informar que me incorporaba a los trabajos en esta zona me pidió elaborar un programa, señalando cuáles serían mis funciones. Lo elaboré y fue aceptado. Además, se tomaron otros acuerdos y terminando la reunión casi todos se retiraron, unos a Sinaloa, otros a Hermosillo, *Julio* se trasladó a Chihuahua y otros compañeros viajaron hasta Tijuana.

Quedamos en esa casa solamente la compañera a quien le decían *Elenita* y otra pareja conformada por *Elena*, quien era más alta que *Elenita*, y Estanislao Hernández (alias *Gerardo* o *Manuel*). *Elena* y *Gerardo* fueron entrenados en Corea del Norte, ella se había especializado en comunicación y él en demolición.

Para desarrollar mis funciones me puse de acuerdo con Manuel. Mi trabajo consistía, además de instructor, en ser enlace entre “los arriba y los abajo”, y abreviábamos diciéndoles AA. Me gustaba también ser identificado como “correo”, me traía a la mente el nombre de una novela de Julio Verne, *Miguel Strogof: el correo del Zar*. Acordamos, por seguridad, dejar esa casa al día siguiente. Ciudad Obregón sería la base desde donde empezaría a cumplir mi encomienda.



Para el éxito de esta tarea tendría un desempeño con máxima discreción, más cerrado, por lo mismo no se informaba al resto de los militantes ni en ese momento ni después. En el ámbito de los espacios donde me movía, nadie sabía de mis itinerarios, ruta o destino de mis desplazamientos. Muchos años después, en una reunión en Ciudad Obregón, Eleazar Gámez (alias *Andrés*, hermano de *Julio*), también excombatiente y fundador del Movimiento 23 de Septiembre, como dudando de mis palabras dijo: “Pues yo no te conocía”. La respuesta inmediata de un investigador presente en el encuentro fue: “Pues precisamente ese era su trabajo, que nadie lo conociera”, refiriéndose a mí.

El grupo con el cual establecería el enlace era el que estaba en la región de Urique, una zona de montañas espectaculares, con alturas impresionantes y profundos abismos, por lo mismo sin caminos ni carreteras. Para poder llegar a esta zona lo más práctico era utilizar el Ferrocarril Chihuahua-Pacífico, más conocido como “Chepe”. El acceso por carretera no existe, sólo hay algunos caminos de terracería muy maltrechos por donde circulan camiones madereros y otros de transporte de mineral. Prácticamente no hay conexión con los valles.

ACERCA DEL FERROCARRIL CHIHUAHUA-PACÍFICO, “CHEPE”

En las afueras de la ciudad de Los Mochis se encuentra la terminal del “Chepe”, utilizado principalmente por turistas y habitantes de los pueblos de la sierra por donde va pasando. El tren lleva casi siempre visitantes de diversas nacionalidades, pero también lo aborda población serrana, blancos-mestizos (*chabochis*) e indígenas rarámuris. Se distinguen los menonitas que habitan la ciudad de Cuauhtémoc, Chihuahua; hombres y mujeres con sus ropas de trabajo que a la vez son

de uso diario; ellas con sus faldas amplias y coloridas, las casadas con una pañoleta cubriéndoles la cabeza, las solteras sin cubrirse; y los hombres enfundados en pantalones de mezclilla con pechera al frente, sombrero y botas de trabajo.

Cuando niño, mi padre nos compraba este tipo de pantalones por su resistencia para el trabajo rudo. El problema era que duraban mucho, nunca se desgastaban y uno terminaba odiándolos; pero reconozco que tenían sus ventajas: siempre andábamos muy ventilados porque abajo lo único que traíamos eran los calzones.

La construcción del “Chepe” arrancó a finales del siglo XIX y pretendía unir el océano Pacífico, desde el puerto de Topolobampo, Sinaloa, con la ciudad de Nueva York pasando por Ojinaga, Chihuahua, y Saint Louis, Misuri. Si trazamos una línea recta de Nueva York a San Francisco, California, la distancia entre estos dos puntos es mayor que si se traza una línea a la costa mexicana del estado de Sinaloa, con la ventaja de no tener que cruzar las Montañas Rocallosas. Por la ruta hacia México también se tiene que atravesar la Sierra Madre Occidental, pero no se tiene el inconveniente de intensas tormentas invernales.

Topolobampo está enclavado en la bahía de Ohuira y pertenece al municipio de Ahome, cuya cabecera municipal es la ciudad de Los Mochis, en el norte del estado de Sinaloa. Del lado del Pacífico hacia Chihuahua se inició la construcción de las vías bajo la conducción de Albert Kinsey Owen, un socialista utópico estadounidense que empezó fundando entre 1884 y 1894 una colonia socialista en Topolobampo y en otra comunidad llamada Higuera de los Natochis, que en lengua cahíta significa “conejo” e igual que *tochis* significa “liebre”.

Owen logró convencer a muchas familias que radicaban en territorio estadounidense para que se trasladaran a Sinaloa e iniciaran un proyecto social y económico basado en



relaciones de producción socialistas. Esas familias lograron crear una comunidad muy amplia en dicha región y, sometidos a una disciplina de trabajo intenso, poco a poco fueron construyendo sistemas de riego y represas en el río Fuerte para luego canalizar el agua y llevarla hasta las tierras que cultivaban, con magníficos resultados en cosechas de granos, hortalizas y caña de azúcar.

Así describía el propio Albert Kinsey Owen su sueño cuando estuvo frente a la Bahía de Ohuira:

Dejé mis cobijas y anduve entre el monte hasta llegar hasta la orilla de la playa. ¡Qué panorama! ¡Todo un mar encerrado!...

Dije entre mí: si por la mañana encuentro un canal de entrada profundo y seguro desde el Golfo de California, aquí sobre esta bahía, será el sitio de una gran ciudad metropolitana.

Sobre este mar, en donde no se encuentra hoy una vela, navegarán los barcos de todas las naciones y sobre estas llanuras vivirán felices muchas familias. El australiano llegará hasta aquí para encontrarse con el europeo, que vendrá cruzando el continente por ferrocarril desde el Atlántico.⁵

Este proyecto pronto fue abandonado, en parte porque en el seno de esta comunidad que buscaba crear una realidad socialista empezó a predominar la ideología capitalista con base en el principio de que todo se compra y se vende, dejando atrás la economía basada en el trueque y el intercambio de productos y servicios. Un personaje que jugó un papel importante en este cambio de rumbo fue el ciudadano estadounidense Benjamín Francis Johnston, incorporado

⁵ T. A. Robertson, *Utopía del sudoeste, una colonia americana en México*, The Ward Ritchie Press, 1964.

tardíamente a la colonia. Johnston fue quien finalmente se benefició de todo lo que la colonia de socialistas utópicos había hecho. Instaló el ingenio azucarero en la comunidad de Los Mochis allá por 1900 y promovió el cultivo de la caña de azúcar asociado en un principio con un terrateniente de nombre Zacarías Ochoa y algunos otros grandes propietarios, a los que terminó por defraudar quedándose con sus tierras.

Viajar en el “Chepe” es un recorrido espectacular. Se avanza primero por un tramo de grandes planicies, la Llanura Costera del Pacífico. En el kilómetro 100, aproximadamente, se encuentra Estación El Fuerte y a partir de ahí empieza a observarse pequeños lomeríos, preludio de la proximidad de la gran Sierra Madre Occidental. La ruta pasa por Estación Hornillos, en donde se ubica una empresa cementera, y a un lado de la vía está la colonia donde viven los trabajadores con sus familias. Después se llega a Estación Loreto, muy cerca de la presa “Miguel Hidalgo”. Aquí abordan el tren los vecinos que habitan el pueblo de Choix, municipio al extremo norte de Sinaloa que colinda con Chihuahua al oriente y Sonora al norte. Es cruce con un camino de terracería por donde circulan autobuses de los llamados “polleros” que van dejando y recogiendo pasaje de muchas rancherías. Mirando al poniente, en dirección a la presa, se observa el poblado de San Javier. La gente se dedica a la ganadería, agricultura y a la pesca en la presa “Miguel Hidalgo”, que tiene una capacidad de almacenamiento de 2300 millones de metros cúbicos. Hasta aquí se ha hecho un tiempo de dos horas. Poco más adelante, sobre el río Fuerte, está el puente más largo de todo el recorrido y cruzando se llega al poblado de Agua Caliente de Baca —nada que ver con el bovino; *baca* es de origen cahíta y significa “lugar junto al agua”—. Tras este punto, el ferrocarril comienza a subir la montaña.



Atravesando túneles y puentes, el paisaje cambia de monte tropical a bosque de pinos, cedros y oyameles.

Después de Baca se pasa por Estación Covarrubias, adonde llegan camiones cargados de material de la mina La Reforma y hay un tranvía que lleva y trae gente al “Chepe”. Para los que nunca han visto este tipo de transporte, no son otra cosa que camiones de carga de siete u ocho toneladas, de aspecto imponente, especialmente contruidos para transitar por caminos de la sierra. En la plataforma tienen adaptados bancos de madera sujetos al piso, un techo con estructura de madera y tubos y cubierto por una gruesa lona impermeable; a los lados tiene cortinas también de lona, las cuales, dependiendo del clima, se enrollan o se bajan para dar cierta protección a los usuarios, aunque de ningún modo los libran de llegar a su destino cubiertos de polvo.

Luego se llega a Estación Cruz. Así se llama porque es acceso al rancho del general Roberto Cruz, un personaje de la época de la Revolución de triste memoria: en 1921, cuando era jefe de la policía del Distrito Federal, el presidente Obregón le encomendó la tarea de ejecutar al general Francisco Serrano en un lugar conocido como Huitzilac, por el viejo camino a Cuernavaca.

Sigue un campo de ferrocarrileros llamado Santa Bárbara, y dos kilómetros adelante la vía describe una curva formando una “U” gigantesca. A un lado se forma una cascada en tiempos de lluvia. En la pendiente ascendente está enclavada la Estación Temoris, perteneciente al municipio de Guazapares. Pocos kilómetros más arriba está Temoris Pueblo. A la gente de por acá le gusta decir primero el nombre y después que se trata ya sea del pueblo o de la estación. Dentro del túnel el tren vuelve a hacer una curva y sale muchos metros más arriba, de tal manera que se aprecian los tres niveles por donde serpentean los rieles. Sin duda, es una

de las vistas más espectaculares de todo el trayecto de Sinaloa a Chihuahua.

Poco después, un letrero indica: F. C. CHIHUAHUA AL PACÍFICO FUE PUESTO EN SERVICIO POR EL C. ADOLFO LÓPEZ MATEOS, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, EN CONMEMORACIÓN DEL CINCUENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA. Luego describe la inversión que se hizo de 1958 a 1961. El tren atraviesa dos veces más la sierra y al salir de un túnel el panorama cambia de forma abrupta. La vegetación diferente y un fuerte olor a pino, el clima más frío y la montaña se muestran en todo su esplendor.

PRIMERO DE MUCHOS VIAJES A LA SIERRA

En Durango, en la primera quincena de diciembre de 1973 se llevó a cabo una reunión convocada por la Dirección Regional y el Buró Militar. Duró algo así como una semana y se abordaron temas exclusivamente relacionados con la táctica y la estrategia militar. Se habló acerca de la zona serrana bautizada por nosotros como el “Cuadrilátero de Oro”: Sonora, Chihuahua, Sinaloa y Durango, aunque al momento de llevar a cabo este proyecto más bien quedó en un triángulo, o sea, Sonora, Chihuahua y Sinaloa.

Al regresar de Durango realicé el primer viaje a la sierra. En la colonia agrícola conocida como Pueblo Yaqui (Comisaría fundada en 1895), enmarcada dentro del Valle del Yaqui, a unos cuantos kilómetros de Ciudad Obregón, conocí a quien sería mi guía para llevarme a la sierra: un rarámuri que por su capacidad para desplazarse en la montaña era conocido como *el Huarache Veloz*. En Sinaloa este sobrenombre es parte de la picardía popular. Conforme lo fui conociendo, en el transcurso de los siguientes días, me di cuenta de que, además de su indudable fortaleza física y sentido de orientación, poseía un carácter alegre y gran sentido del humor.



Casi todos los rarámuris son muy dados a utilizar el albur, por lo que fácilmente caíamos en sus bromas; cuando nos referíamos a que las caminatas nos cansaban mucho por la sinuosidad de las veredas, las subidas y bajadas, don Arturo Borboa, a quien conocíamos como *el Tío* nos decía muy serio:

—Es que no conocen la cuesta de *mojarachi*.

—¿Y cuál es esa, *Tío*?

—Pues cómo estará que si empiezas en la noche en la mañana terminas bien cansado.

Era obvio que se refería a estar con una mujer toda la noche.

El Huarache Veloz y yo salimos de noche en autobús para amanecer en la ciudad de Los Mochis, en donde abordamos el Ferrocarril Chihuahua-Pacífico. Nos bajamos en una estación que se conoce por dos nombres: la Junta o Cerocahui Estación. Cerocahui Pueblo, del municipio de Urique, está aún lejos. Empezó como una misión jesuita y sus habitantes aún la siguen nombrando como “la Misión” de Cerocahui, es un poblado relativamente grande para estar enclavado en la sierra y unido por un camino de terracería con Estación Bahuichivo, además de otros caminos que van a algunos aserraderos.

La siguiente estación es apenas un vagón/furgón de carga donde vive el jefe de estación con su familia y lleva el nombre de Paraje o Parajito. Aquí descendimos del autobús y empezamos a caminar. Íbamos ligeros, no llevábamos mochila. El camino se hizo corto sorteando pinos, inmensas rocas y pequeños arroyos, todo enmarcado por altos picos y cubierto de bosque. Al llegar cerca de un rancho, lugar del encuentro, como medida de precaución nos colocamos en un punto protegidos por el monte, para observar quiénes se encontraban bajo el techo de la casa principal, una construcción de troncos rústicos muy bien labrados y un techo de láminas de zinc. Cuando los ocupantes salieron de la casa

mirando hacia el bosque, buscándonos, *el Huarache Veloz* reconoció al líder del grupo, conocido como *el Negro* y al *Tío*.

El Tío era padre de Arturo Borboa Estrada, joven ejecutado el 11 de septiembre de 1968, junto a Óscar González Eguiarte, dirigente del Grupo Popular Guerrillero “Arturo Gámiz” y otros dos compañeros en Tezopaco del Rosario, Sonora. Después de una persecución por la sierra de Chihuahua y ya en territorio de Sonora, fueron capturados vivos, Óscar González iba herido y enfermo. No obstante, los soldados del Ejército federal los exhibieron por calles del caserío y los fusilaron a dos kilómetros del pueblo, junto a la carretera que baja de Yécora y va hasta Esperanza y Ciudad Obregón, Sonora.

Tras saludar al *Negro*, al *Tío* y a Juan, dueño de la casa, y a su familia, repartimos en mochilas rústicas hechas con arpillas (sacos de yute) los alimentos que ahí se habían recopilado para la guerrilla y nos internamos en la montaña cuando empezaba a oscurecer. Después de hora y media de caminar entramos a una profunda barranca, pasamos junto a un arroyo de agua cristalina pero muy fría y subimos por una inclinada cuesta que más bien parecía una pared de piedra. Doscientos metros arriba llegamos al campamento instalado en una especie de escalón bajo una saliente de piedra que se alzaba muy por encima de nosotros, brindando cierta protección del intenso frío que se siente conforme avanza la noche. La primera noche casi no dormí debido al intenso frío al que no estaba acostumbrado.

La vida en el campamento guerrillero transcurría respetando las reglas impuestas por el sentido común: se organizaba quién o quiénes prepararían los alimentos, arrimarían leña, acarrearían agua y el orden de las guardias de día y de noche, de acuerdo con el número de guerrilleros presentes. Por lo regular, por la tarde-noche era cuando se hacía la única comida del día, pues el fuego para cocinar no repre-



sentaba mucho riesgo, al confundirse el humo con el color grisáceo del atardecer. Dependiendo de la zona por donde se desplazaba la guerrilla, la guardia se hacía en el mismo lugar de la fogata o bien se apartaba unos metros del grupo y observaba permanentemente el entorno, más allá de un área de seguridad, poniendo atención a los accidentes del terreno, posibles rutas de escape en caso de ser sorprendidos por el enemigo, siempre con el arma larga en la mano, cargador abastecido y cartucho en la recámara.

Por lo regular no se recomendaba tener una bala en la recámara, por el alto riesgo que representaba. Nosotros entrenábamos para ahorrarnos el tiempo de cortar cartucho y estar siempre listos para la acción.

En el tiempo que permanecí en el campamento participé en las tareas, al igual que todos, incluida mi correspondiente guardia. Cuando tomé el tren de regreso me acompañó *el Tío*, pero solamente hasta la Estación Cerocahui, trayecto que hicimos en unas pocas horas. A las 4 de la tarde llegó el autovía general. Mediante banderines, el jefe de estación indicaba al conductor que debía detenerse para que los pasajeros subieran. El autovía especial pasó una hora antes, sólo que no hacía paradas en todas las estaciones.

Los autovías eran carros pintados de rojo y tenían capacidad para 80 pasajeros, eran marca Fiat, de fabricación italiana. Sus motores estaban ubicados a mitad del vehículo, por debajo del nivel del piso, e igual que una máquina de ferrocarril, sus motores eran diesel-eléctrico, es decir, un gran generador a diesel alimentaba los motores eléctricos que eran los que daban tracción e impulsaban al vehículo. En un extremo estaban los baños y en el otro la cocina, que ofrecía poca variedad pero buen gusto. Contaba con dos controles, uno a cada extremo, al pisar un botón en el piso podían voltearse los asientos para que los pasajeros siempre miraran al frente. La tripulación consistía en un responsable

del vehículo, que era el conductor, luego un operador que manejaba el autovía, un garrotero, un cocinero y un ayudante de cocina que hacía las funciones de mesero. Este tipo de vehículos ya no circulan en la actualidad. Estuvieron en uso desde la inauguración del ferrocarril, en 1958, hasta 1980.

En cinco horas estaba yo llegando a Los Mochis. De ahí en taxi a la terminal de Transportes del Pacífico, en donde abordé un autobús con dirección a Sonora. Un primer viaje tranquilo y sin contratiempos de ninguna clase, fue casi como un corto paseo turístico.

PRIMERA JORNADA NACIONAL DE AGITACIÓN
Y PROPAGANDA, 16 DE ENERO DE 1974
("EL ASALTO AL CIELO")

Las tareas militares continuaron con las prácticas respectivas en Culiacán, con la novedad de que ahí se encontraba Héctor Escamilla Lira, recién llegado de Tampico, donde logró escapar de las manos de la policía. Macario Torres e Isidora, la esposa de Héctor, no tuvieron esa suerte. Se tomaron los acuerdos para que Héctor se incorporara en esta zona a tareas propias de la actividad militar.

Por acuerdo de la Coordinadora Nacional, desde noviembre de 1973 se había planeado realizar jornadas nacionales de agitación y propaganda, para convocar al pueblo de México a la insurrección y dar a conocer los ideales y principios de la lucha, consistentes en hacer prevalecer la justicia, el socialismo, derrocar al gobierno de la burguesía e instaurar la dictadura del proletariado, un gobierno popular de los trabajadores y campesinos. Ese mismo mes se llevó a cabo una gran movilización, como ensayo de una más grande a realizarse el día 16 de enero de 1974.

En Sinaloa de inmediato empezaron los preparativos para cumplir con dicha consigna de carácter nacional. Esta



jornada fue conocida como “El Asalto al Cielo”. En la reunión del Comité Militar de la LC23S, previa a los acontecimientos, se había informado que el número de guerrilleros que participarían podría llegar a 94, pero el recuento final fue sólo de 64, la mayoría con un equipo armamentístico muy deficiente.

Las acciones de la jornada fueron de lo más diversas. En la ciudad de Culiacán y en el valle se repartieron volantes y se realizaron “mítines relámpago”. El plan fue iniciar a las 6 de la mañana y replegarse a las 6 de la tarde. Cada coordinador asumiría la responsabilidad de tomar decisiones de acuerdo con las circunstancias particulares. Los activistas armados con pistolas de diferentes marcas y calibres, abastecidos con muy pocas balas, suplían esta debilidad con entusiasmo y convicción inquebrantable de estar haciendo la revolución.

Desde el mediodía, cientos de paracaidistas fueron lanzados desde aeronaves Hércules DC3, cubriendo el cielo del valle de Culiacán. Daba la impresión de que esto era Vietnam. Una vez en tierra, los soldados organizaron sus contingentes. Sin embargo, para cuando el Ejército federal estuvo listo para iniciar su ofensiva ya eran cerca de las 6 de la tarde, hora marcada para el repliegue, de tal manera que el Ejército no pudo encontrar a nadie, sólo a campesinos moviéndose de regreso a sus centros de trabajo.

Además, la Primera Jornada coincidió con una huelga de trabajadores de la construcción, quienes acudieron al llamado de la Liga, movilizándose, agitando y repartiendo volantes que llamaban a la insurrección. Por la tarde de ese día, los albañiles tomaron el acuerdo de marchar al valle de Culiacán, incluso se extendió a la zona de Guamúchil y Guasave, para lo cual necesitarían armas. No faltó quien informara a los albañiles que en la caseta de vigilancia de la Secretaría de Recursos Hidráulicos se tenían en resguardo varios

rifles mosquetones calibre 7 mm. Hacia allá se dirigieron, realizaron el decomiso y de paso se llevaron el dinero recaudado en la caseta de peaje del puente del río Culiacán, sobre la Carretera Internacional, pero dado que las instrucciones originales eran replegarse a las 6 de la tarde se les terminó el tiempo; por lo tanto, tomaron el acuerdo de regresar a sus campamentos sin ir al valle.

Al siguiente día los aviones DC-3 realizaron repetidos vuelos rasantes, buscando a los guerrilleros que aún se encontraban en el valle. Los activistas, en pleno repliegue, tenían que cruzar terrenos abiertos, libres de cultivos, donde no podían ocultarse. Hubo quienes se camuflaron tirándose al suelo de espaldas y cubriéndose con manojos de zacate que arrancaban, imitando a codornices y faisanes.

El recuento final aproximado fue de 30000 personas movilizadas en tres grandes columnas, desplazándose por gran parte del valle de Culiacán, la zona de Navolato, Altata, El Salado y otras comunidades. El objetivo no era entablar combate contra el Ejército federal o las policías; al contrario, había que eludirlo para poder llevar a cabo la Jornada de Agitación y Propaganda. Acerca del número de bajas hay discrepancias, el gobierno dijo que fueron ocho guerrilleros abatidos y de las fuerzas armadas ningún caído o herido. Según los guerrilleros, el parte fue un caído por arma de fuego y ningún herido o detenido.

Una consecuencia de esta jornada fue que, en la ciudad de Culiacán y comunidades circunvecinas se empezaron a instalar retenes por parte de las fuerzas armadas del gobierno: policías y Ejército federal. Era un verdadero estado de sitio que duró varios días. También aumentaron la represión, las detenciones arbitrarias, el hostigamiento y la persecución.

En las montañas de Chihuahua y Sonora, la zona donde actuaban los tres núcleos armados de la LC23S, los guerri-



llos se sumaron también a la jornada nacional. El grupo del Quiriego tenía ubicado como posible objetivo para obtener recursos económicos a un cacique de nombre Hermenegildo (don Gilo) Sáenz Cano, dueño de grandes ranchos, comercios, prestamista y usurero que de manera frecuente se apropiaba de las cosechas cuando los campesinos no podían pagar los préstamos leoninos. Además de otros pequeños negocios, don Gilo contaba con una pequeña empresa de aerotaxis que prestaba servicio desde Navjoa a cualquier punto de la serranía. Fue seleccionado no sólo por ser hombre de dinero, sino por el papel que desempeñó en la captura y muerte de cuatro guerrilleros del Grupo Popular Guerrillero "Arturo Gámiz", incluido el líder de este grupo, Óscar González Eguiarte, en septiembre de 1968 en Tezopaco, Sonora.

Don Gilo tenía una gran sensibilidad para la música, era un consumado violinista. Su pasión lo llevaba a realizar viajes hasta la ciudad de México, Guadalajara y otros lugares con el único fin de asistir a conciertos de violinistas famosos. Pero eso no disminuía su afán de riqueza y poder, ni tampoco se tentaba el corazón para aplicar muy altas tasas de interés a los préstamos que hacía, ni para pagar bajos precios por las cosechas que compraba a los campesinos de la región. La minuciosa planeación del operativo permitió que no hubiera derramamiento de sangre. Don Gilo permaneció retenido del 16 de enero al 4 de febrero de 1974, cuando fue liberado. Esta acción es relatada fielmente en los libros *Los ojos de la noche* del compañero Miguel Topete y *El color de las amapas* del cronista del estado de Sonora, Ignacio Lagarda.

COMBATE EN SAN RAFAEL DE ORIVO

El 1o. de febrero de 1974 una avanzada del Ejército llegó a bordo de dos avionetas al poblado de San Rafael de Orivo,

municipio de Chínipas, Chihuahua. Hay que distinguir este lugar del otro San Rafael que es una estación del “Chepe”. Esta zona es habitada mayoritariamente por rarámuris (“los de los pies ligeros”) también llamados tarahumaras.

Tomando en cuenta su vestimenta, por lo menos nueve de los elementos recién llegados eran de las fuerzas especiales contraguerrilleras. En una casita de piedra a un costado de la aeropista hicieron su campamento.

Otros siete arriban por tren a la estación de San Rafael, pero de estos no se tenía conocimiento de su llegada, de lo que se tenía una certeza más o menos firme era de que la burguesía iba a empezar a destacamentar tropas en esta zona para tratar de cerrar con un cerco táctico el cerco estratégico que desde hacía siete meses había estado preparando, aunque de forma muy lenta, quizá debido a que aún no localizaba la zona donde operaba la guerrilla.⁶

De inmediato los compañeros tarahumaras corrieron, literalmente, a dar parte a las fuerzas guerrilleras acampadas en la cercanía. Los recorridos constantes por cerros y cañadas tenían un tanto cansados y aburridos a los guerrilleros, y al saber que se encontraban muy cerca del enemigo lo consideraron como una oportunidad para probarse a sí mismos en combate, por lo que decidieron realizar una acción de hostigamiento. Los preparativos necesarios empezaron esa tarde. “Se organizaron comisiones para explorar y conocer los movimientos del enemigo con la instrucción de no perderlos de vista durante toda la tarde y noche previa al ata-

⁶ En abril de 1974 redacté un pequeño análisis del combate del 2 de febrero, según lo relatado por el compañero *Huarache Veloz*.



que”.⁷ Durante la noche se acercaron al campamento militar y poco antes de amanecer todos estaban en sus posiciones.

“El combate se organizó y planeó de la siguiente manera: dos comandos de hostigamiento y uno de aniquilamiento, que es el que contaría con el mayor número de combatientes”; sin embargo, “la gente, ante la perspectiva de combatir —por primera vez muchos de ellos— se dirigieron al lugar del combate sin discutir los aspectos técnicos”.⁸

Con las primeras luces del día empezó el movimiento en el campo enemigo. Unos soldados salieron de la construcción de piedra donde habían pernoctado. Sin camisa, dos militares se lavaban las manos y la cara, sin idea de lo que se les venía encima. El silencio se rompió con el estruendo del disparo de un rifle 30.06 que mató a uno de ellos. El otro alcanzó a refugiarse dentro de la casa y empezaron a responder el fuego desde el interior. Los disparos retumbaban en los cerros vecinos y por el eco daba la impresión de que eran muchas más armas disparando de las que realmente accionaban los contendientes. “La casita de piedra, que al contrario de los informes del día anterior que decían que estaba hecha de madera, resultó ser casi un fuerte”.⁹

El Huarache Veloz disparó su rifle M1-Springfield de fabricación estadounidense, pero al segundo disparo se le des hizo parte del cuerpo de madera. Estos rifles habían quedado escondidos en buzones de la sierra por los seguidores del Grupo Popular Guerrillero “Arturo Gámiz” poco después de aquel fatídico 23 de septiembre de 1965. El tiempo y la polilla hicieron el resto. Aun sin culata siguió disparando.

⁷ *Loc. cit.*

⁸ *Loc. cit.*

⁹ *Loc. cit.*

Otros dos guerrilleros indígenas compartían por turnos un rifle y en una oportunidad uno de ellos dejó fuera de combate a dos militares de un solo disparo.

El sol empezó a subir en el horizonte y el enfrentamiento continuaba. Ya eran casi las 10 de la mañana y se seguía disparando, aunque de forma esporádica.

El responsable había previsto equivocadamente que a la primera descarga los soldados se rindieran, pero no ocurrió así, estos contestaron el fuego a pesar de sus muertos y heridos. Al hacer un pequeño balance después, vimos que la rendición no podría haber ocurrido. Este pelotón estaba formado, como dijimos arriba, por algunos elementos de fuerzas especiales tomando en cuenta la vestimenta que portaban.¹⁰

Los compañeros no contaban con que se aproximaban refuerzos del enemigo desde dos puntos. Un destacamento militar acantonado en un paraje cercano, aproximadamente a media hora de camino, y otro contingente que había llegado por tren el día anterior a Estación San Rafael, a tres horas de camino. Los fueron cercando mientras transcurría el combate.

Después de hora y media de intercambio de fuego y sin observar ningún resultado, el compañero al mando dio la orden de concentrar el fuego sobre la famosa casita de piedra con la intención de iniciar su asalto. Pero al cambiar de posición otro compañero, se desplazó unos cuantos metros de su lugar original, y de pronto se topó a unos cuantos metros con otra columna de soldados conformada por siete militares y posiblemente bajo el mando de un oficial.

¹⁰ *Loc. cit.*



Entonces la orden de asalto final se cambió por la retirada. El contacto visual con esa segunda fuerza militar fue algo providencial para los guerrilleros, ya que en ese mismo momento empezó a llegar otra columna mucho más numerosa que se encontraba acampada a una media hora de camino de la aeropista, escondidos quién sabe cuánto tiempo en alguna cañada cercana. Al replegarse sin saber de estas otras tropas el grupo logró escaparse de una aniquilación casi segura.

Nuestros compañeros rarámuris infiltrados entre la tropa nos platicaron días después que al encontrarse los dos mandos frente a frente, los que llegaron en tren con los que estaban acampados a media hora, le reclamó el primero que por qué estando tan cerca no acudieron de inmediato en auxilio de su gente, el otro mando contestó: “pos es que no estaban tirando dulces”.¹¹

En la retirada, los compas se encontraron de frente con un solo soldado, tal vez rezagado o la avanzada de otra columna. Un guerrillero se apresuró y disparó al militar que tenía más cerca. El militar se desplomó. Una gran piedra se interponía entre ambos combatientes. Pasaron unos minutos y, al ver que el caído no daba señales de vida, le pidió a otro compañero acercarse con el fin de cuando menos recuperar el FAL. Al rodear la piedra, el guerrillero que disparó se regresó sin avisarle a su compañero, quien, confiado, siguió avanzando hacia donde había caído el militar; de pronto el soldado disparó su arma desde el suelo, matando a Wenceslao, a quien llamaban *el Feroz*.

¹¹ *Loc. cit.*

Las bajas por parte del Ejército en la emboscada y en el enfrentamiento de la retirada, entre muertos y heridos, se calcularon en no menos de siete. Del lado de los guerrilleros sólo tuvimos un caído, *el Feroz*, y ningún herido.

Leopoldo Angulo Luquen (alias *Matus* o *el General*), de quien hablaré más adelante, describió esta acción con su singular estilo:

al siguiente día de llegados los guachos los (guerrilleros) atacaron. Se acercaron en la madrugada a la pista, en un llano rodeado de lomas y pequeñas cañadas. Llegaron en varios grupos y por todas direcciones; el ataque iba a empezar en cuanto se pudiera ver al alcance de las armas (poquito antes de salir el sol). Todavía oscuro, se le fue un tiro a un compa que se encontraba a unos 200 metros de la pista. No sé qué tanto contó aquel incidente pero algo contó porque los guachos se dividieron en dos grupos; una parte se quedó en la casita que les servía de cuartel y la otra se fue a un bosquecito a unos 50 metros de la casa. Con todo y eso en el combate no se notó que los guachos no esperaban el ataque; hicieron eso por rutina. Los grupos atacantes, aunque con el temor de los resultados del incidente aquel, permanecieron en su sitio. Al amanecer ¡RIATA CABRÓN! El primer chingazo; un 30-06 que se encontraba casi en el llano de la pista, en el lado opuesto de la casita. Allí se armó una de las tracachingas más hermosas de las que yo haya tenido noticias. Aquí, otra vez, se pueden hacer mil especulaciones: no había comunicación entre el mando y los grupos atacantes, para prever una retirada por un accidente, pues la sorpresa era determinante como factor. No había comunicación con la vigilancia de la población para una posible llegada de más tropas enemigas, pues el ataque era un secreto a nivel del grupo. La famosa “casita” se subestimó, pues era un verdadero fuerte, y es, allí está todavía. Era



el ataque a un cuartel y pretendía ser emboscada; gruesa ésta. Y así. Pero nadie, ni los que estaban “dirigiendo” el combate, nadie absolutamente, tenía experiencia en echar plomazos; ni en algún asalto siquiera habían participado; nunca en sus vidas pues, habían disparado un arma contra nadie en combate. Esto es muy importante. Los de Sonora, que junto a estos resultaban ser verdaderos expertos por sus experiencias, fueron a los que les tocó hacer la crítica; o mejor dicho a ellos fueron a los que se las aceptaron; yo la leí y los ponían barridos y regados. Pero al rato voy con los de Sonora. Bueno, se puede decir eso y más; que el apresuramiento del ataque fue por el móvil del ansia de poder de los de San Rafael, por ejemplo; cosa que se les notó después. Pero allí estaban aquellos hombres hambrientos, vestidos con puros remiendos, con armas que iban desde el 22, escopetas, pistolas y hasta los poderosos 30-06 y 7mm pasando por los rápidos M2 y M1, echándole chingazos al gobierno; cosa que se desea todos los días pero que muy poco se hace. No había gritos ni arengas ni vivas a nada, era una lucha sorda. ¡Y riata cabrones!; los cerros de San Rafael coreaban el retumbar de las armas, con todo el poder de sus enormes entrañas y todo el eco de sus profundas cañadas, como gritándole al mundo: aquí hay un grupo de hombres que ya se cansó de tanta mierda capitalista. Los guachos estaban completamente cercados pero era muy difícil hacerles daño porque estaban bien fortificados. Parece que lo único que hubiera solucionado el combate era un fuego de granadas obús, bazuca o de mortero. Pasa una hora, otra y otra y el combate no se decide. Por ai [sic] a las 10 de la mañana, una columna de soldados que se encontraba en camino de Guadalupe a la pista, llegó; y se agarraron con esa también, pero en retirada; por los guachos hubo tres [bajas] confirmadas.¹²

¹² Folleto *La historia*, escrito por Leopoldo Angulo Luquen, mayo de 1981.

Mis viajes a la sierra se alternaban con las tareas de instrucción en el llano. Antes de abordar el tema de acciones militares hablábamos siempre de teoría política, teníamos muy presente que el aspecto militar tenía que estar supeditado obligadamente a la política: la política no debe estar sujeta al rifle.

Las zonas en las que me desempeñaba iban de Culiacán a Hermosillo, pasando por ciudades intermedias, Empalme-Guaymas, Obregón, el Valle del Carrizo entre otros lugares. Subir a la montaña siempre representó un gran riesgo y al mismo tiempo un desafío; no sabía a qué me enfrentaría en cada viaje.

Un elemento a mi favor es que siempre viajé solo, nadie estaba enterado de mis recorridos ni del medio de transporte en que realizaba los viajes. Tampoco seguía una rutina; siempre cambiaba de ruta o de medio. Trataba de aplicar al pie de la letra los métodos clandestinos de trabajo aprendido a lo largo de varios años. Para trasladarme de una ciudad a otra lo hacía en camiones de pasajeros que recorrían pueblos y rancherías, normalmente esos nunca eran revisados. Para pasar inadvertido usaba sombrero de los más comunes que la gente llevaba, ropa de igual característica, es decir, nada que pudiera llamar la atención. Al ser casi oriundo de esta región no tenía problema en la manera de hablar, estaba acostumbrado a comunicarme sin delatarme que fuera de otro estado. Muchas veces soldados o policías revisaron el transporte donde viajaba sin detectarme.

Si las revisiones y vigilancias en las centrales de autobuses o el ferrocarril se agudizaban, entonces caminaba. Si me bajaba del tren que venía del norte en Estación Sufragio (San Blas, Sinaloa) a la una de la mañana, en lugar de esperar el camioncito pollero de las seis, caminaba rumbo a Los Mo-



chis, a 40 kilómetros de distancia hasta que me amanecía y me alcanzaba el primer transporte de pasajeros. En otra ocasión, cuando la vigilancia, los retenes y las revisiones estaban a la orden del día de Sinaloa a Sonora y viceversa, junto con otro camarada al que conocíamos como *Raúl* nos fuimos de la ciudad de Los Mochis al Valle del Carrizo en camión y de ahí caminamos toda la noche hasta llegar al entronque de la Carretera Internacional con la entrada a Huatabampo, Sonora, 61 kilómetros adelante. Caminar no representaba ningún impedimento.

El 15 de enero de 1974, un día antes de la Jornada Nacional de Agitación y Propaganda, rumbo a la sierra, a su paso por la Estación de El Fuerte, el tren hizo un alto que se prolongó por varios minutos. Una partida de aproximadamente 10 o 12 elementos de la Policía Judicial del Estado, a quienes despectivamente les decíamos “perjudiciales”, con uniforme de campaña, armas largas, cartucheras y cascos al estilo militar, subieron al tren para hacer una revisión, la cual no fue muy exhaustiva. Tenía la habilidad de adaptarme al entorno donde me movía, me disfrazaba con mucha facilidad, cambiaba estilo de ropa, de sombrero, de zapatos y me movía de forma diferente. En esta ocasión vestía como la mayoría de la gente de campo de la zona, botas y sombrero y además llevaba un radio portátil a la vista, el cual me sirvió para aparentar ser un viajero despreocupado que tenía mi atención puesta en la música que escuchaba. Los policías pasaron de largo. Minutos después el tren reinició su marcha.

Aproximadamente a las 11 de la mañana *el Tío* me estaba esperando en Estación Cerocahui o la Junta. Nos saludamos y fuimos a tomar un refresco a la tienda ubicada arriba de un furgón del ferrocarril, en donde la señora que nos atendió empezó a darnos información sin pedirla. Tal parecía que sabía quiénes éramos y empezó a decirnos que en la zona andaba una partida militar, la cual ese día había es-

tado recorriendo los cerros circunvecinos al norte de la vía, y que el día anterior hicieron lo mismo, pero del lado sur. Además de la amplia red de informadores entre los habitantes de la sierra, los combatientes recibieron ayuda de simpatizantes anónimos en el campo y en la ciudad. Se referían a los guerrilleros como “los estudiantes”. El apoyo era un indicador de la animadversión que flotaba en el aire por el estado de las cosas, por el mal gobierno, por la necesidad de cambiar, y confirmándonos que estábamos en el camino correcto. La gente apoyaba.

Adentrándonos en el bosque empezamos a caminar con gran cautela. Observábamos el suelo, buscando alguna huella o algún indicio que nos permitiera saber si ese mismo rumbo había sido tomado por los soldados. La vida a la intemperie ayuda a agudizar los sentidos. Sin tener la misma habilidad para moverme en la montaña, comparándome con *el Tío Arturo*, no me quedaba muy atrás, pues yo también crecí en el campo, aunque en un ambiente muy distinto a éste. Avanzábamos un trecho y luego nos deteníamos a escuchar y observar. Don Arturo me dijo en voz baja que percibió olor a tabaco, lo que significaba que no tenía mucho tiempo que alguien había pasado por ahí, fumando. Lo más probable era que se tratara de los militares, ya que no sabía de personas conocidas que pudieran andar por ahí, pues no existía camino ni vereda por donde pudieran transitar de un sitio a otro.

Con mucha precaución, al anochecer llegamos al campamento. Como el hambre es una inseparable compañera de la vida guerrillera, preparar y compartir la cena es lo primero por hacer tras los saludos y abrazos de rigor. Un plato de frijoles mayacoba de la sierra cocidos, con arroz y unas tortillas preparadas con harina de maíz revuelta con harina de trigo, café negro y leche en polvo... el cielo en la tierra. Después de cenar, a quien le apetecía encendía un gran cigarro de ma-



cucho hecho a mano —el macuche es una planta con sabor parecido al tabaco—. Enseguida pasamos a los informes; se leyeron algunos documentos y al grupo se le entregaron los primeros números de los “*Madera nuevos*”.

Teniendo en cuenta los informes de la presencia del Ejército en la zona se tomó el acuerdo de desplazarnos esa misma noche un poco más adentro de la profunda barranca en donde estábamos. La nueva ubicación era una cueva de grandes dimensiones, ideal para protegernos del terrible frío. Como dato curioso, la cueva tenía en el centro una gran piedra lisa y casi redonda que se había desprendido del techo. O sea, hasta mesa de centro teníamos.

Al terminar enero de 1974 regresé a Hermosillo y retomé mi función como instructor. Un grupo de jóvenes reclutas a los que conocíamos como “Los Comandos”, amantes de las motos y de la revolución, me esperaban para internarnos en el desierto rumbo al norte para probar un fusil de asalto tipo ametralladora marca Mendoza calibre 7.62, un regalo de parte de un capitán retirado del Ejército Mexicano que simpatizaba con la idea de hacer una revolución armada de carácter socialista en nuestro país. El arma contaba con tripié y una mira antiaérea. El cargador de 30 tiros se colocaba por arriba, abriendo el cerrojo. También se le podía abastecer con una cinta o banda corrida con capacidad de quién sabe cuántos tiros. El peso de este instrumento llegaba a 13 kilos y se podía desarmar en dos partes para facilitar su traslado.

Después me fui a Culiacán para continuar con los entrenamientos. Mientras nosotros seguíamos con nuestra preparación y agitación para la revolución, el gobierno hacía lo propio, preparándose en la contrainsurgencia. Era evidente la intensificación de la vigilancia a lo largo de toda la ruta del “Chepe”, sobre todo en los pueblos más grandes, así como en otras ciudades del país.

En febrero de 1974 volví a la sierra con la intención de seguir fortaleciendo el enlace con el núcleo guerrillero de Urique. En esta ocasión, al llegar a Temoris subió al autovía una partida militar revisando con dedicación tanto a pasajeros como equipajes. Mi cerebro trabajaba a mil por hora buscando encontrar una salida apropiada para esta situación. Enfrentarme a balazos no me brindaba muchas posibilidades de salir airoso, así que de forma calmada me levanté y me dirigí al baño, ubicado en el extremo opuesto por donde subieron los soldados. Para este viaje iba vestido formalmente de traje, saco negro, corbata, incluidas mancuernillas y zapatos bien lustrados. En el baño me quité el saco y me lo puse sobre el brazo para cubrir mi .38 Súper Star de fabricación española. Al salir me encontré de frente con el oficial al mando. Nos miramos a los ojos y le dije “Con permiso”. Me dejó pasar y, siempre mirándolo de reojo, caminé a mi asiento, esquivando a los soldados que llevaban a cabo el cateo. Al sentarme, el silbato del autovía anunció la reanudación de la marcha. Los soldados descendieron y yo seguí mi camino, aparentando tranquilidad, sin mover un solo músculo de mi cara, pero con el corazón latiendo a todo lo que daba.

En la Estación de las Juntas me reencontré con *el Tío* y nos dirigimos al campamento en donde había nuevos compañeros que venían desde la zona de San Rafael de Orivo, quienes nos pusieron al tanto del combate contra el Ejército federal en San Rafael. Con la información proporcionada por nuestros contactos rarámuris y obreros de los aserraderos acerca de los movimientos de los militares en la zona, acordamos movernos hacia una región que brindara mejores condiciones de seguridad. A medianoche procedimos a levantar el campamento e iniciamos, en silencio y con el mayor sigilo, la marcha con rumbo al suroriente, con el fin de cruzar las vías del tren por encima de uno de los muchos túneles que éste tiene. Ya muy entrado el día tomamos un



descanso en lo alto de una montaña, desde donde se tenía una vista privilegiada de una gran extensión llena de pinos, oyameles, cedros, cañadas, barrancos, etcétera.

Por la tarde reiniciamos la marcha, caminando en paralelo a los rieles del ferrocarril, pero por la parte más alta de la sierra. En su búsqueda de la guerrilla, las partidas militares peinaban principalmente las partes bajas y medias de los cerros, una táctica militar muy conocida denominada “cercos tácticos”. La idea era empujar a los guerrilleros y llevarlos a donde estaban acantonados los militares, formando parte de un gran cerco estratégico. Bueno, los manuales así lo dicen, pero la realidad es muy distinta.

Descansamos en la casa de un rarámuri simpatizante y base de apoyo de la guerrilla, así como toda su familia. Su hermano, que vivía ahí mismo, era un obrero de los aserraderos. En una ocasión copió, pieza por pieza, y fabricó para él un rifle .22 ayudado solamente por un torno de la empresa donde laboraba.

En este lugar recogimos y ordenamos alimentos y perrechos, cogimos nuestras mochilas y armas y salimos al anochecer para acampar en una pendiente boscosa cuyo suelo estaba cubierto de piedras sueltas de diferente tamaño. Esta escala fue con el fin de que *el Tío* y *el Negro* se acercaran a un poblado donde se contaba con algunas relaciones y contactos, para buscar información del desplazamiento de las tropas federales. En el campamento sólo nos quedamos la compañera *María Eugenia* y yo. Sabíamos que tardarían al menos 24 horas en regresar, pero al llegar la noche del segundo día nos invadió el nerviosismo y por precaución decidimos movernos del lugar.

Al oscurecer caminamos hasta la casa de un simpatizante rarámuri. Se encontraba su mujer sola, no entendimos dónde estaba su esposo porque ella no hablaba “castilla”. A un lado del fuego estaban amontonadas varias pieles de

borrego y de cabra, formando un lecho donde dormía la señora. Nos despedimos, salimos a la oscuridad y seguimos la marcha. En un descanso, horas más tarde, saliendo de un bosquecito nos alcanzó el marido. Amable, aunque de pocas palabras, nos llevó a un bosque más cerrado en una pendiente cubierta de guijarros. A su parecer, éste era un lugar más seguro en donde podríamos esperar a nuestros compañeros. Allí durmió un rato y luego se regresó a su casa.

Mientras hacíamos la fogata en el nuevo campamento un fuerte viento movió con fuerza los árboles, provocando que las piedras rodaran, haciendo un ruido parecido al de hombres corriendo. En un momento estuve a punto de disparar hacia la oscuridad. Nos armamos de paciencia y seguimos esperando. Ya entrado el día llegaron los compañeros, muy cansados y, como siempre, con mucha hambre. Comieron y durmieron toda la tarde. Cuando despertaron reanudamos la marcha. Al parecer su tardanza se debió a que tuvieron que esperar a los contactos muchas horas y extremando precauciones para no ser descubiertos, ya que estaban prácticamente dentro del pueblo de Cerocahui, junto a una iglesia.

Al día siguiente reanudamos la marcha. Alrededor de medianoche, después de horas de andar bajo un cielo estrellado que daba la impresión de poder tocarse con las manos, llegamos a la casa de la familia del *Tío*. Su esposa y sus hijos lo recibieron con alegría contenida, pues los tarahumaras son muy discretos en sus muestras de afecto frente a desconocidos. De inmediato hicieron tortillas de harina y prepararon alimentos. Comimos mientras preparaban un itacate y lo colocaban en un *cotenque*, que es una mantilla rectangular utilizada para envolver cualquier cosa. Al terminar, *el Tío* se despidió de su esposa y sus hijos y reiniciamos la marcha.

Por la posición de la Osa Mayor, también conocida por los campesinos como el Arado o el Carro, nos dimos cuenta



de que ya eran cerca de las cuatro y media de la mañana. Escogimos un sitio para descansar, extendimos las cobijas y, sin prender fuego ni sacarnos las botas, nos dispusimos a dormir sin hacer guardia, pues el terreno era tan accidentado, lleno de barrancas y pendientes increíbles, que el enemigo no podría sorprendernos. Aún no salía el sol cuando reanudamos la marcha.

Descendiendo por un laberinto de cañadas y arroyos, los grandes árboles empezaban a escasear y a ser sustituidos por monte bajo, matorrales y otras especies de vegetación propia de la región. Llegamos al nacimiento de una cascada de agua fría y cristalina muy cerca de Sinaloa, donde descansamos unos minutos mientras llenábamos las cantimploras y nos lavábamos la cara. A pesar del frío de entre cero y cinco grados, el ejercicio nos hacía sudar bajo la ropa. Después de un rato se empezaba a sentir cómo desde el cuello iban bajando hilos de sudor por la espalda, empapando la ropa interior, y más abajo, por las piernas, arrastraban consigo un olor desagradable que se quedaba en los pantalones, efecto acrecentado por los muchos días o semanas sin poder darnos un baño. Es difícil imaginar que pudiéramos sobrevivir más de un mes sin asearnos; hasta los perros nos rehuían al vernos pasar, pienso que por el mal olor que despedíamos.

Llegamos a un caserío cuyos habitantes, al parecer todos parientes entre sí, estaban hundidos en la más terrible pobreza. Fuera de sus chozas, un grupo de cinco o seis hombres jóvenes y otro de más edad, que parecía ser el papá, mantenían una pequeña fogata para calentarse; vestidos apenas con una camisa ligera temblaban de frío. Por la fogata y el sol que empezaba a calentar afuera hacía menos frío que dentro de sus destartaladas cabañas. Su calzado reflejaba la fatiga de su andar: huaraches de tres puntadas fabricados con un pedazo de llanta vieja y una tira de cuero que subía hasta el tobillo para amarrarlo.

La familia tenía un hato de cabras. Les preguntamos si nos podrían vender una para dentro de unos días y contestaron que sí. Entonces quedamos de acuerdo en que después regresaríamos por ella.

Desde luego que en la plática les informamos a qué se debía nuestra presencia en la montaña. Les dijimos que éramos trabajadores, al igual que ellos, y también sufríamos el abandono y desprecio del gobierno y de los dueños del dinero. Por eso andábamos ahí, tratando de hacer una revolución social, que al triunfar habría reparto de riquezas, escuelas, salud y mejores condiciones de vida para todos, incluyendo a la gente de la sierra.

Nos despedimos amablemente y retomamos el camino bajo un sol radiante y un cielo azul sin nubes. El clima era muy agradable, parecía que estábamos en la cumbre del mundo. Para donde dirigiéramos la mirada nada nos bloqueaba la vista, sólo se veían barrancas y montañas, algunas todavía cubiertas de pinos, oyameles, cedros y otras especies.

Después de unas tres horas de camino montaña abajo llegamos a El Comanche, rancho ubicado junto a una cañada en medio de un frondoso bosque. Las viviendas lucían mucho mejores que las otras que habíamos pasado; bien construidas con troncos rústicos, piso de tierra bien apisonada, y aunque con pocos muebles, éstos se veían fuertes y resistentes. Sus pobladores, todos tarahumaras, ya habían tenido relación con el grupo guerrillero, por lo cual los considerábamos simpatizantes de la lucha y de fiar. Nos permitieron utilizar su cocina para prepararnos algo de comer con bastimento que nosotros mismos llevábamos.

Después de una buena charla acompañada con un fuerte y sabroso café negro de olla, nos despedimos. Descendimos unos cientos de metros por una pendiente hasta llegar al fondo de una barranca por donde transcurría un arroyo e



instalamos el campamento. Después de descansar y asearnos, pasados dos días, buscamos un guía que me llevara más abajo, hasta La Reforma, un pueblo minero ubicado en los límites de Sinaloa y Chihuahua. Un vecino del rancho accedió a ser el guía. Era un tarahumara de mediana edad, nunca supe si por accidente o malformación genética tenía un pie que le impedía caminar con normalidad, pero sí podía cabalgar. A media tarde ensilló su caballo, amarró unas mantas, envolvió unas manzanas para obsequiar a unos familiares que vivían en La Reforma y emprendimos el viaje. Al despedirme del grupo, siempre me invadía el presentimiento de no volver a vernos de nuevo.

Mi guía tomó la delantera toda la tarde. Como a las 10 de la noche nos detuvimos al lado del camino, que más bien parecía vereda; juntamos forraje para el caballo y leña para hacer una fogata, asamos unos trozos de carne seca de cabra y la acompañamos con tortillas y agua fresca del arroyo. Tendimos las mantas, afortunadamente la noche no estaba fría, y nos dispusimos a descansar.

Al amanecer retomamos el camino y a eso de las 9 de la mañana llegamos a La Reforma. Los parientes del guía vivían en una de las primeras casas a la entrada oriente del pueblo. Nos ofrecieron café, huevos, frijoles y tortillas de harina. Agradecí el desayuno, me despedí de mi guía y seguí mi camino. Atravesé el pueblo que prácticamente consistía en una sola calle ancha con construcciones de material levantadas a ambos lados, viviendas, tiendas, cantinas y diversas oficinas de las empresas dedicadas a la explotación de las minas. Como dato curioso, el caserío está asentado en territorio del estado de Chihuahua, pero las instalaciones de la mina se hallan en territorio de Sinaloa, lo que había ocasionado una controversia legal entre ambas entidades.

Mi plan era conseguir un “raite” de algún camión materialista hasta la Estación Covarrubias del “Chepe” para

abordar el autovía de las 4 de la tarde con rumbo a Los Mochis. Este recorrido duraba aproximadamente tres horas por un camino de terracería bordeando profundos barrancos por donde corre el río San Miguel que, kilómetros más abajo, se junta con el río Batopilas; luego, al juntarse con el río Chínipas se convierte en río Fuerte, nombre con el que finalmente desemboca en el Golfo de California en el municipio de Ahome, al norte de Sinaloa.

En Estación Covarrubias unos obreros del “Chepe”, a quienes conocíamos como “ferrocas”, venían bajando en un “motor”, que era una especie de plataforma con cabina para cuatro ocupantes movida por una maquinita de un solo pistón. Como había llegado con mucha anticipación y no quise esperar el tren, les pedí aventón y me acomodé en el piso del vehículo. Sólo llegamos a Estación Loreto, desde donde fue más fácil seguir mi camino porque media hora después pasó un camioncito de pasajeros que venía de Choix y me llevó hasta Los Mochis.

En marzo de 1974 volví a subir a la sierra, haciendo el recorrido a la inversa: tomé el “Chepe” en Los Mochis y me bajé en Covarrubias, ahí abordé un tranvía y al mediodía ya estaba en La Reforma. Caminando despacio, para dar la apariencia de ser trabajador de alguna mina, atravesé el pueblo hasta encontrarme con *el Negro*. Juntos esperamos a un compañero tarahumara que nunca llegó. Por la noche emprendimos el ascenso hacia El Comanche, en donde estaba el campamento.

Las interminables marchas en la sierra —subir, bajar, escalar, brincar de piedra en piedra, cruzar arroyos y barrancos, además de estar atento a las señales del terreno— convierten al guerrillero en todo un atleta; una vez que el cuerpo entra en calor y comienza a sudar se establece el ritmo cardíaco y se camina con cierta facilidad. Pero en esta ocasión el cansancio me ganó. Las tortillas de maíz frías con un poco de



sal que nos habían servido la noche anterior fueron insuficientes para proporcionarme la energía necesaria con que emprender la subida a la sierra. Un factor importante en las caminatas que contribuye a acelerar el proceso de deshidratación es ¡tomar agua! Eso ya lo sabía, desde las jornadas de trabajo en el rancho, en pleno verano, que empezaban a las 5 de la mañana y suspendíamos labores a las 9 pues la temperatura empezaba a subir hasta más de 40 grados o incluso llegaba a los 50 al mediodía. Para poder aguantar, lo que se hacía era postergar el momento de beber el primer sorbo de agua; si uno bebía muy temprano empezaba a perder aceleradamente líquido por la transpiración y la sed se hacía más insoportable.

Ese día, a pesar de que *el Negro* me advirtió que, si empezaba a tomar agua pronto me deshidrataría, no le hice caso. Y luego llegó el momento en que ya no pude continuar.

—Ándale, no falta mucho... ahí nomás después de ese faldeo.

—No, hasta aquí llegué.

Me tiré en unos matorrales a un lado del camino para descansar un rato. Apenas toqué el suelo caí en un profundo sueño. Al cabo de dos horas me despertó el ruido de unos pasos. Un rarámuri bajaba corriendo con la cantimplora del *Negro* y un envoltorio amarrado con una servilleta. Lo reconocí de inmediato. Era un hijo del dueño de El Comanche. Le salí al paso y lo saludé:

—*Dios Kuira ganiri va* —El saludo rarámuri suena como pregunta.

—*Kuira* —contestó el muchacho.

El envoltorio contenía varias gorditas de maíz dulces. Mientras las devoraba, las tripas me gruñían como reclamando el maltrato de la vida guerrillera. El muchacho me preguntó si ya me sentía mejor. Asentí y emprendimos la

marcha. Como me dijo *el Negro*, no faltaba mucho. Apenas dos horas de camino a buen paso.

Al llegar a la casa, la madre del muchacho, con una sonrisa amable me dijo “ya te nos andabas muriendo” y soltamos una carcajada. Me despedí de ellos tocando su hombro derecho suavemente con la diestra y luego les estreché la mano. Seguí el camino, bajando la pendiente de aquella cañada, buscando el campamento guerrillero en donde *el Negro* ya estaba durmiendo.

En esta ocasión el grupo tomó la decisión de desplazarse hacia otra zona, más al surponiente, por un camino prácticamente de cabras, muy peligroso. Llegamos a un tramo donde el camino se hacía tan angosto que cruzarlo requería tener nervios de acero. A un lado y otro se abrían profundos desfiladeros y una caída sería irremediablemente mortal. Yo de plano lo crucé en cuatro patas y mi mochila fue amarrada a una sogá y jalada desde el otro extremo.

Después de una caminata de más de 12 horas llegamos a una ranchería donde preparaban una “tesgüinada” para la fiesta del día siguiente; no supe en honor a qué o por qué. Por lo anterior, siempre me refería a este lugar como “el de la tesgüinada”. El tesgüino es un licor preparado a base de maíz fermentado, el cual tiene que estar en el fuego más de un día. Una vez logrado su punto se consume, porque si se deja pasar se convierte en alcohol y luego en vinagre.

Desde la explanada de aquel caserío se observaba no muy lejos un cerro con unas marcas muy características que lo atraviesan horizontalmente, como si tuviera un cinturón o una faja, de ahí que sea conocido como Cerro Fajeado. Su nombre en lengua cahíta/tarahumara es Cerro de Mohinora (Cabeza Grande) y está ubicado en el municipio de Guadalupe y Calvo, Chihuahua, muy cerca de Badiraguato, Sinaloa.



Su altura de 3 307 metros sobre el nivel del mar lo convierte en el más alto del estado.

Aquí me despedí del grupo y un joven rarámuri me acompañó, al caer la tarde, para encontrar el camino a La Reforma. Caminamos juntos hasta llegar al camino real, conocido como Camino de la Lluvia. Alrededor de medianoche él se regresó, pero antes de irse le pregunté si se iba a esperar a que amaneciera, pues no traía lámpara y me contestó que no, que miraba bien en la oscuridad. Yo sí contaba con lámpara de pilas. Pancho Villa anduvo este camino rumbo a la región de Batopilas, donde en el interior de una cueva pasó varios meses escondido curándose de una herida de bala en una pierna que sufrió tratando de tomar Hidalgo del Parral, siendo derrotado por el Ejército federal en 1916.

Llegué a La Reforma de noche. Para mi buena suerte había un baile en la cancha de basquetbol. Estaba muy bueno el ambiente, con música en vivo de un grupo que llegó de Choix. El hambre que cargaba me llevó a pedir un plato de pozole. A pesar de estar muy bien servido, al terminarlo seguía con hambre. Para no llamar la atención y evitar que pensarán que yo era un tragón, me cambié a las mesas del otro lado de la cancha y pedí otro plato.

A eso de la una de la mañana terminó el fandango. La gente se empezó a retirar, los músicos se fueron también y otras personas comenzaron a abordar el tranvía que partía a esas horas para llegar a Choix a la 6 o 7 de la mañana. Esta era la primera vez que yo tomaba esa ruta. Emprendimos la marcha dando tumbos, pues aunque el camino de terracería estaba en buen estado, el camión no dejaba de zarandear a los viajeros. Sabía que, llegando a Choix, al salir de un vado a la vista del pueblo, siempre se ponía un retén del Ejército. Me descuidé y de pronto ya estábamos detenidos frente a la partida militar.

Yo llevaba la pistola metida dentro del envoltorio de mi cobija. La cosa ahora sí podría ponerse fea. “¿Qué hago?”, me pregunté, y lo único que se me ocurrió fue hacer lo que todo mundo: meter las cosas bajo el asiento. Lo hice y me bajé pensando cómo retirarme de inmediato.

Casi todos los hombres se apartaron a la orilla del montecito para hacer eso que nunca hacen solos: orinar. Me aparté de la gente y me dirigí al oficial a cargo de la partida militar a quien acompañaba un niño como de siete años, supongo que su hijo. Lo saludé, me quité la chamarra de mezclilla donde aún traía los cargadores y le dije: “Vengo muy cansado de la mina y no traigo nada. Ya me voy”. El soldado me contestó que me esperara y yo agregué con el brazo extendido: “Vivo ahí enfrente. Adiós”.

La gente de esta región construye sus casas pensando en el clima. Levantan dos habitaciones una frente a la otra con un pasillo amplio en medio que, al techarlo, se convierte en un área social que funciona como recibidor, cocina, sala, comedor, y en verano, hasta de dormitorio.

Caminé hasta la casa que había señalado, crucé el portón de alambre y me metí. La familia estaba sentada en torno a la mesa, todos me miraron extrañados, les di los buenos días y me seguí hasta la parte trasera. Brinqué un corral en donde rumiaban unas cuantas vacas, bajé directo al río y me perdí entre la vegetación.

No supe si encontraron el arma o no. Le di la vuelta al pueblo y regresé por la carretera que llegaba de El Fuerte. En una tiendita compré algunos panes, un jugo y una bolsa de papel donde metí mi chamarra. Esperé que pasara un taxi y le pedí que me llevara a Loreto, donde en unas horas pasaría el “Chepe” con dirección a Chihuahua capital. Ahí me bajé del taxi, entré a la estación, la crucé, pasé las vías y tomé un camino que lleva al poblado de San Javier, a escasos dos kilómetros. En esta comunidad siempre logré pasar desapercibido;



su gente se dedica a la agricultura, ganadería, algo de árboles frutales y por la cercanía con la presa “Miguel Hidalgo” también son asociados de las cooperativas pesqueras.

Aquí contaba con el apoyo de una familia de maestros, al menos hasta ese día, porque aunque me ofrecieron algo de comer, me pidieron que no volviera a buscarlos ya que les resultaba muy peligroso para su seguridad. Les di las gracias y sin decir nada más me retiré. Metros más adelante esperé el camioncito que no tardaba en pasar y me llevaría hasta Los Mochis.

Regresé a la montaña 15 días después. Llegué a La Reforma a eso del mediodía; en una tiendita compré unas latitas de leche azucarada y unas piezas de pan blanco. Traía una cantimplora con su funda. Como ya no hacía tanto frío sólo llevaba un gabán, esas piezas como cobijas que tienen un agujero por donde se mete la cabeza y llegan a la rodilla, por eso cuando uno se sienta cubren bien del frío.

A la salida de La Reforma, ya subiendo por el camino, me di cuenta de que en sentido contrario venía bajando un jinete en su mula muy bien ajuareado: freno, rienda, silla estilo regional de faldón más alto que la silla vaquera (“muleta” también le dicen), estribos forrados de gruesa vaqueta para protegerse de las espinas, buen suadero y unas alforjas que indicaban que no era cualquier jinete. Llevaba sombrero y revólver, posiblemente .38 Especial al cinto, en su funda. Él no me había visto aún, pero la mula sí percibió un posible peligro, porque tampoco me miraba. Me aparté unos metros del camino y me quedé parado sin moverme en medio del matorral, que por ser tiempo de secas tenía una tonalidad amarillenta, casi del color de mi ropa. Al permanecer inmóvil, fácilmente me camuflaba. La mula se detuvo y se negaba a caminar. El jinete la espoleó y azotó con la cuarta, pero ella, en lugar de avanzar, retrocedía, levantaba sus cuartos delanteros y reparaba de un lado a otro. Al ver lo que suce-

día salí al camino y saludé al hombre. Al escuchar mi voz, la mula inmediatamente se calmó y comenzó a avanzar, aunque cautelosamente y mirándome con recelo. El jinete me respondió en tono amable. Le pregunté de dónde venía y me contestó que de Tonachi, el pueblito que estaba más adelante. Me dijo que era policía de ese lugar. Él ya había visto que yo también estaba armado, ya que siempre que me internaba en la sierra me abrochaba la cartuchera y la pistolera y las colocaba por fuera, a la vista. Le comenté que salí al camino al ver la renuencia de la mula a caminar sin haberme visto; percibió el peligro por el buen olfato que estos animales tienen. Nos despedimos y cada quien siguió su camino en paz.

Seguí subiendo hasta alcanzar el filo de la montaña, donde encontré de nuevo el Camino de la Lluvia. Después de recorrerlo varios kilómetros volteé a la derecha, bajé una profunda barranca y empecé a subir la montaña siguiente. Quería subir a la cima para buscar el Cerro Fajeado.

La noche me sorprendió casi en la cumbre de esta montaña, por lo que junté leña y me dispuse a dormir recargado en una pared de piedra. Al amanecer recorrí los últimos metros que me faltaban para llegar a la cima y por fin logré divisar el dichoso Cerro Fajeado. Cuál fue mi sorpresa al darme cuenta de que había errado el camino al subir la cuesta norte en lugar de otra más al sur, no me quedaba de otra que volver a bajar esta montaña y así retomar el rumbo. Eso me llevó otro día de caminata. Al anochecer volví a buscar refugio, encendí una fogata y pasé la noche. Al alba seguí subiendo y, al llegar a la parte más alta, observé a lo lejos y reconocí el pequeño caserío de donde había salido unos días antes y a lo lejos el inconfundible Cerro Fajeado. En el patio de una de las casitas, los compañeros convivían junto a las familias rarámuris preparando el desayuno. Desenfundé mi pistola y disparé al aire llamando su atención. Con mis binoculares miré que ellos también me estaban buscando con



otros binoculares. Nuestras miradas se cruzaron y desde lejos nos saludamos. Una compañera y un compañero fueron a encontrarme.

Después de entregar informes y noticias, regresé a mis labores de instrucción en el llano.

EL VIAJE POR *EL MATUS*

El día 25 de abril había sido detenido en la ciudad de México y luego desaparecido el máximo dirigente de la Liga Comunista, Ignacio Arturo Salas Obregón. Esto representó un parteaguas en la historia de la guerrilla. La Coordinadora Nacional bajo el nombre de Comisión Nacional Provisional trató de reorganizarse tras este duro golpe, convocó a una reunión urgente a todos los cuadros de dirección, tanto del Buró Político como del Buró Militar.

Sería el 20 de abril cuando uno de los coordinadores del Comité Zonal del Noroeste a quien conocíamos como *el Nueve* se entrevistó conmigo en Los Mochis para informarme de esta reunión urgente que se llevaría a cabo los últimos días del mismo mes, donde era necesaria la presencia del compañero *Matus*, por lo que requerían que volviera a la sierra por él.

Matus o *el General*, miembro del Buró Militar de la LC23S, era el responsable nacional de las actividades militares. Originario de Mexicali, estudió ingeniería civil en el Instituto Politécnico Nacional. De estatura promedio y complexión fuerte, tenía los tobillos muy delgados y los pies muy chicos en relación con su tamaño, eso lo volvía muy vulnerable al caminar por lo intrincado de la sierra. Con facilidad resbalaba en las piedras y sufría frecuentes caídas. Era carismático, de carácter alegre, bromista, con un fino sarcasmo que a veces enfadaba a quienes lo rodeaban. Su peculiar forma de hablar, salpicada de chistes y modismos regionales, ha-

cía agradable platicar en él, se daba a querer fácilmente con todos. Cayó muerto años después en la ciudad de México a manos de la policía.

El plan del *Nueve* era acompañarme y aprovechar para conocer la sierra y saludar a los compañeros. Al final estuvimos de acuerdo. Planeamos la subida para cinco días después. Aprovechamos para comprar algunas cosas necesarias para el viaje, como chamarra, botas, cantimplora, algunas latas de leche azucarada y surtir una lista de suministros médicos necesarios para el “botiquín” que en el viaje anterior me habían solicitado las compañeras enfermeras que estaban en el campamento de la zona de Urique.

Hubiera preferido ir solo, estaba acostumbrado; además, me resultaba más fácil moverme y eludir la vigilancia de la policía o del Ejército en retenes o rondines por donde me desplazaba, y escabullirme de la mirada de los pobladores de la sierra.

El día señalado abordamos un camioncito de pasajeros de esos conocidos como “polleros”, que hacen su recorrido pasando por diversos pueblos y rancherías hasta llegar a su destino final, que en este caso era el pueblo de Choix, último municipio al norte del estado de Sinaloa y colindante con Álamos, Sonora, y Urique, Chihuahua. La hora de salida fue a las 5 de la tarde de la terminal de autobuses de permisionarios ubicada en el centro de la ciudad.

Al salir de Los Mochis tomamos la carretera rumbo a El Fuerte de Montesclaro, pasando antes por Mochicahui, Charay, Constanica, Estación Sufragio y San Blas. Después de unas tres horas de recorrido, y después de pasar la fábrica de cemento adelante de El Fuerte, el camioncito tomó un camino de terracería a la izquierda de la carretera que, aunque transitable, no estaba exento de baches. Llegamos a una pequeña comunidad llamada San Javier, ya dentro del municipio de Choix. Ahí la gente se dedica a la ganadería,



a algunos cultivos y a la pesca en la cercana presa “Miguel Hidalgo”. Ahí nos apeamos.

Nuestra vestimenta, incluido sombrero, se confundía con la de los demás viajeros y nos hacía pasar desapercibidos como foráneos. Comenzamos a caminar rumbo a Estación Loreto, que está a unos dos kilómetros adelante. Como empezaba a oscurecer, *el Nueve* me preguntó dónde pasaríamos la noche y, señalando un pequeño arroyo seco que en esos momentos cruzábamos, le respondí que ese me parecía un buen lugar para dormir. Entonces nos internamos en el arroyo, a la izquierda del camino, sobre una playa de arena blanca y suave; aproximadamente a 200 metros del camino elegimos el lugar para descansar. Nos sentamos en la arena, saqué unos panes blancos y una lata de leche azucarada para cada uno y esa fue la cena. Luego a dormir.

Quien nunca haya estado a cielo abierto una noche oscura no puede entender la indescriptible sensación de tranquilidad, al mismo tiempo de percibir la pequeñez humana frente al inmenso cielo estrellado con fondo negrísimo ante el que se antoja estirar la mano para tocarlo, observar las constelaciones y el lento movimiento de toda la bóveda celeste; de vez en cuando se mira una lucecita cruzar el espacio, algún avión, satélite o meteorito en fugaz viaje. El silencio es impresionante, roto sólo por el ruido de algún animal nocturno, algún insecto, o por el cencerro de alguna vaca a la distancia.

Muy temprano despertamos y nos encaminamos a la Estación Loreto del “Chepe”. El tren de pasajeros pasa aproximadamente a las ocho y media de la mañana. Se detiene sólo unos minutos para subir pasajeros que llegan de la cercana Choix y se dirigen a algún lugar de la sierra o bien hasta la ciudad de Chihuahua.

Más adelante, después de cruzar el río Fuerte está Agua Caliente de Baca, apenas formado por unas cuantas familias ya que la mayoría ha emigrado a otras tierras. Luego sigue

Estación Covarrubias, aquí descendimos del tren y abordamos un tranvía, en este sitio se recibe mineral proveniente de las minas del poblado minero de La Reforma. Es una zona de mucho movimiento de personas y mercancías.

En la región había muchas tribus, tales como ahomes, bacoregüis, tehucos, capomos, cinaloas, huites, cada una con su cultura particular, pero a la llegada de los conquistadores fueron “homogenizados” con el fin político de dominarlos, someterlos y transculturizarlos para controlarlos. Entre muchas formas de dominación colonial, a todos ellos los llamaron “mayos”.

Tres horas de recorrido en el tranvía y por fin arribamos a La Reforma, un pueblo ubicado a ambos lados del arroyo San Miguel que baja de lo más alto de la montaña y va a unirse al río Fuerte. Tiene varios edificios de material, unos albergan las oficinas de las empresas mineras, otros son viviendas. Hay varias tiendas que venden de todo, desde alimentos o instrumentos de trabajo. Cuenta con una cancha de basquetbol donde cada fin de semana los pobladores realizan bailes populares o la convierten en “salón” de cine.

Descendimos del transporte igual que todos, estirando piernas y subiendo y bajando los brazos para desentumirnos un poco. Nadie se fijó en nosotros y caminamos rumbo al centro del poblado, cruzándolo en poco tiempo.

Aproximadamente a las dos y media de la tarde salimos del pueblo e iniciamos un lento ascenso, a veces por el centro del arroyo, otras veces por un lado u otro del mismo. Conforme avanzábamos, el camino se volvía más accidentado y, al dejar a un lado el arroyo, la cuesta se convirtió de plano de una pendiente cada vez más pronunciada. Al poco rato, el esfuerzo hizo que nuestros cuerpos empezaran a chorrear sudor. Llevábamos muy poco, una chamarra cada uno y una pequeña bolsa con algo de comida: unas sardinas, unas cuantas galletas saladas y la cantimplora para el agua.



Caminamos y caminamos, casi sin tomar descanso. Empezó a oscurecer cuando faltaba poco para alcanzar la parte más alta de la sierra. Nos desviamos del camino para evadir el poblado de Tonachi, Chihuahua (en Sonora, cerca de Álamos, existe otro poblado con el mismo nombre). Pasando el caserío retomamos el camino, ya de noche. A mano izquierda se alza un alto risco, a la derecha se abre un profundo abismo cuyo fondo la luz de las lámparas de mano no alcanzaba. Este camino aún seguía siendo considerado como camino real, designado así porque podían utilizarlo mulas y caballos. Más arriba cruzamos el llamado Camino de la Lluvia, que empieza en Huachochic, pasa por territorio del municipio de Urique y termina en el poblado de Batopilas.

Alrededor de las 11 de la noche Tonachi ya había quedado muy atrás. Entonces ya no avanzábamos por ningún camino, lo estábamos haciendo “a rumbo”. *El Nueve* me preguntó si podíamos descansar, pues ya llevábamos más o menos 10 horas caminando y la verdad es que la jornada empezaba a ser agotadora. “Está bien”, le respondí, y para aumentar el suspenso agregué que estábamos en un lugar que no conocía, “Nunca antes había pasado por aquí”; además, resultaba muy peligroso seguir adelante por la pendiente descendente tan marcada. Nos encontrábamos en la parte más alta de la montaña. Nos dispusimos a descansar, abrimos la lata de sardinas, sacamos las galletas, agua y esa fue la cena y comida de todo el día. Luego a dormir, usando las chamarras como cama.

Serían las 5 de la mañana cuando nos pusimos de nuevo en movimiento. Calculaba la hora mirando las estrellas, la constelación de la Osa Mayor es como un gran reloj, además sirve de referencia para encontrar la Estrella Polar, que nunca cambia de lugar y señala siempre al norte. Venus, la llamada “estrella de la mañana”, conocida también como “el lucero”, empezaba a alzarse por el oriente, como aviso de la inminente salida del sol.

Empezamos a bajar la abrupta pendiente, mientras que la luz del día iba en aumento, facilitando nuestro andar. Llegamos a la parte más baja, por donde discurría un arroyo con poca agua debido a que era época de secas, lo cruzamos y comenzamos de nuevo a subir. Alrededor de las 12 del mediodía encontramos el camino real que habíamos dejado la noche anterior. La marcha se volvió mucho más fácil.

El monte por momentos se hacía ralo, aunque seguían predominando los grandes árboles como pinos, oyameles y cedros. Iniciamos el descenso lentamente por el camino que poco después llegaba a una bifurcación. Tomamos el camino de la derecha que nos llevó directamente al rancho El Comanche.

En la casa se encontraba parte de la familia: la mamá y los hijos menores. El padre y otros miembros andaban en la labor. Saludamos a la mujer de manera tradicional y enseguida nos preguntó si traíamos hambre. Le contestamos que sí y nos ofreció que pasáramos a la cocina, calentáramos unas gordas y nos sirviéramos café. A las gordas les poníamos un puñito de sal y unos chiltepines secos encima, y eso para nosotros fue un succulento bocado. Después de casi devorar el alimento nos quedamos sentados en el piso de tierra, recargados en la pared de enjarre, descansando.

Entonces se me vino a la mente una idea insana. Pensé: “Voy a ser sádico”. Miré que *el Nueve* estaba disfrutando de la comida y luego del merecido descanso, de pronto me levanté y le dije “Vámonos”. Me miró desde abajo y preguntó:

—¿No nos vamos a quedar aquí a esperar a los compas?

—No, nunca nos quedamos en las casas.

Nos despedimos de la familia y echamos a andar rumbo al próximo arroyo, adentrándonos en el tupido bosque. A propósito, no le informé cuánto faltaba, pero después de



unos 40 minutos de camino llegamos a la orilla de otro arroyo y entonces le dije:

—Hasta aquí conozco, los compas tienen que llegar, pues aquí quedamos de vernos, vamos a esperarlos.

Por seguridad nos colocamos separados, uno en cada lado del arroyo, en silencio. No pasó más de una hora cuando escuchamos pisadas. Por el ruido nos dimos cuenta de que eran varias personas. De pronto, subiendo por una vereda, vimos avanzando al *Teporaca* y metros más atrás al *Negro*. Les salimos al paso, nos abrazamos alegres de encontrarnos otra vez. Ésta era la primera vez que veía al *Tepo*. Platicamos de cosas intrascendentes, luego los compas nos dijeron que el campamento lo tenían ubicado varios kilómetros más abajo por esa misma corriente de agua.

Por fin llegamos al nuevo campamento, bautizado como “Los Pericos”, a eso de las 11 de la noche. Aún estaban todos despiertos. El grupo estaba integrado por las compañeras enfermeras *Paty* y *María Eugenia*, *Tepo*, *el Negro* o *Blaky* y *el General* o *Matus*, que había dejado el grupo de *Gaytán* y se trasladó junto con *el Tepo* a esta zona. También estuvieron días antes *el Tío* don Arturo y *el Huarache Veloz*.

El General estaba terminando, con apoyo de las compañeras y una destartalada maquinita de escribir marca Olivetti, su informe del trabajo político y organizativo desarrollado en la montaña para presentarlo en la próxima reunión de la Coordinadora Nacional.

Descansamos ese día, y al siguiente, ante la necesidad de conseguir alimento, *el Negro* nos pidió que *el Nueve* y yo (años después supe que me pusieron por apodo *el Tawa*) lo acompañáramos a conseguir una cabra con las familias que habíamos visto cuando llegamos a la zona. Partimos muy temprano sin haber comido nada. Seguimos una casi inexistente vereda por la orilla de un peligroso relís, por los muchos guijarros sueltos que había. Caminamos unas tres horas cues-

ta arriba. Al llegar con la familia nos arreglamos rápido en la compra de una chiva. Ellos mismos la sacrificaron, le quitaron la piel, extrajeron las vísceras (bofe, corazón, riñones, hígado, sangre) y las prepararon en la forma que por el noreste se conoce como “fritada” (en Guanajuato y España se conoce como “montalay”). Es un guiso que está listo en unos cuantos minutos, y acompañado con tortillas de maíz hechas a mano en ese mismo momento, es todo un banquete. El resto de la carne lo repartimos en tres partes, las cuales colocamos en las arpillas que nos servían de mochilas, procedimos a despedirnos y agarramos camino de regreso.

En el campamento ya estaban terminando el informe. Se preparó el alimento, tuvimos una reunión y dos días después iniciamos el regreso, enfilando rumbo a La Reforma.

Cuando ya nos habíamos alejado del grupo, *el General* nos dijo que traía consigo 600 000 pesos producto del operativo en San Bernardo. El total recuperado fue de un millón de pesos, pero Gaytán se quedó con 400 000. No se sabe bien qué pasó con ese dinero. Hay comentarios de que Gaytán le entregó 200 000 pesos a *Heraclio*, que le pidió de manera especial para bajar a ver a su familia, pues tenía como dos años sin visitarlos y estaban viviendo en un ejido junto a la ciudad de Guasave.

Heraclio había sido compañero de lucha de *Andrés* y *Julio* por muchos años. Juntos estuvieron en el movimiento campesino de la UGOCM, de donde surgió el Grupo Popular Guerrillero “Arturo Gámiz”; también en la organización del llamado Movimiento 23 de Septiembre de 1968, de Óscar González; luego, en la fusión con el grupo del MAR, fueron conocidos como MAR23; y después, en el proceso de conformación de la Liga Comunista 23 de Septiembre, *Andrés* y *Julio* fueron separados de la Liga por diferentes razones. Esto debió haber calado muy hondo en *Heraclio*, pues ya no regresó a la sierra.



Circunstancialmente, me enteré de que *Heraclio* se presentó pocos días después en Los Mochis a una constructora, a solicitar trabajo. Ahí le respondieron que, si contaba con un camioncito de volteo (también conocidos como “dompe”), se pusiera a trabajar de inmediato en un desarrollo habitacional en el poblado de Tetameche, municipio de Guasave.

EL REGRESO Y LA ESCARAMUZA EN ESTACIÓN LORETO

El General propuso que distribuyéramos ese dinero entre los tres, previendo que llegásemos a tener algún contrat tiempo en el camino rumbo a Sonora. De esta manera tratábamos de garantizar que no se perdiera todo el dinero. El recorrido desde El Comanche a La Reforma fue tranquilo. Toda la ruta es pendiente abajo. Llegamos al pueblo minero pasado el mediodía. Al llegar, compramos unos jugos y unas galletas, era lo único que había en un puestecito tipo tiendita que por acá reciben los nombres de *chumilcu* o *tanichi*. Cruzamos todo el poblado, compramos algo de comida al atardecer, acampando a la orilla del arroyo. Ahí dormimos a la intemperie, con un clima agradable, incluso algo cálido. Esa noche no hubo tranvía, como cuando hay fiesta y éste hace un recorrido especial saliendo de La Reforma rumbo a Choix a la una de la mañana.

Muy temprano conseguimos un raite en una troca de retilas que se dirigía a Estación Covarrubias, en el trayecto iba levantando gente. Destaca la amabilidad de los habitantes de la región, quienes son muy abiertos y platicadores, rápidamente se puede establecer una buena comunicación. Cuando llegamos a la vía del “Chepe” el hambre nos acosaba. Fuimos a casa de uno de los ferrocarrileros a preguntar si nos podían vender comida y no hubo objeción, pues sin saber habíamos

llegado al lugar apropiado, nos dimos cuenta de que para esta familia vender alimentos era parte de sus ingresos.

Tendríamos que esperar para ver si pasaba algún tren carguero durante el día o, si no, tendríamos que esperar al tren de pasajeros que venía de Chihuahua rumbo a Los Mochis, como a las 4 o 5 de la tarde. Afortunadamente pasó un carguero y los mismos garroteros nos dijeron que nos encaramáramos en el techo de cualquier furgón. Este tren llegaría sólo hasta Estación Loreto, lo cual no estaba mal, ya que por ahí pasaba el “pollero” por la tarde, haciendo el recorrido desde Choix, Loreto, San Javier, El Fuerte, San Blas y muchos pueblos intermedios, terminando el recorrido en Los Mochis.

Nos bajamos, como nos dijeron, en Loreto. Buscamos una buena sombra bajo unos vagones para esperar la llegada del “pollero”. Como volvimos a sentir hambre, *el Nueve* y yo fuimos a comprar unas latas de comida a una tienda cercana. Nos atendió una jovencita muy seria, con mirada de extrañeza. Volveré a hablar de ella más adelante. Regresamos adonde estaba *el General* y comimos lo que habíamos comprado y seguimos descansando.

En el lugar donde estábamos pasaba, rieles de por medio, el camino principal que venía de Choix. Tanto *el Nueve* como *el General* dormitaban, mientras yo estaba vigilante. De pronto pasó una troca con unos hombres en la caja de redilas; entre los que iban arriba y los que viajaban en la cabina serían unos ocho. Pasaron despacio para regresar unos cuantos minutos después. Se detuvieron frente a nosotros, bajaron del vehículo, lo cual entonces me puso en alerta. Los de atrás y los de la cabina se agruparon fuera del vehículo, aún en actitud despreocupada pero ya empuñando armas largas. Por lo que alcancé a ver, todos traían .30 M1 y un rifle más grande, posiblemente 30.06.



—Aguas —les dije a mis compañeros—. Nos cayó la Judicial. Vámonos.

Se levantaron como resortes, recogieron las pocas cosas que llevábamos y *el General* me dijo “Guía tú”. Les señalé por dónde dirigirnos. Al *Nueve* se le cayó el fajo de billetes, se dio cuenta y rápido los levantó, pero como tenían un cincho de cartón, al levantarlo se quedó con el cartón en la mano. Se regresó de nuevo y *el General*, sin darse cuenta que se trataba del dinero le gritó “¡Déjalo y vámonos!”. *El Nueve* alcanzó a levantarlo y corrió junto a nosotros.

Bajamos casi corriendo el terraplén de las vías. Sin ponernos de acuerdo empezamos a hacer lo correcto en un repliegue: nos separamos. *El General* y *el Nueve* caminaron juntos a la izquierda y yo tomé por la derecha rumbo al monte cercano. Aquí el terreno era semiplano, pues estaba preparado para el cultivo y aún había restos secos de la anterior cosecha de maíz. A unos 100 metros de donde estuvimos descansando había una enramada con mesas de billar y una barra donde se servían refrescos y cervezas; en ese momento el lugar se veía lleno de parroquianos.

—¿Por qué corren, cabrones! —gritó un policía al mismo tiempo que alzaba su rifle para hacer un disparo al aire.

Yo brinqué la cerca de alambre de púas, al mismo tiempo desenfundé y me di la vuelta en el aire, cayendo de rodillas, con la pistola en la mano lista para disparar. Vi a todos aquellos hombres parados arriba de la vía, hombro con hombro, con sus armas en la mano. Pensé: “Como figuritas de feria para el tiro al blanco”. Empecé a disparar casi sin apuntar, uno por uno hasta que no quedó nadie de pie: todos se tiraron al piso. Me levanté y empecé a correr, al tiempo que echaba mano de otro cargador sin fijarme si el de la pistola ya estaba vacío. Introduje el nuevo y guardé el que quité.

Los policías se repusieron, pero ahora los sorprendidos fueron ellos, pues al centrar su atención en mí no habían

visto a mis compañeros que, aprovechando unos matorrales, se habían ocultado momentáneamente y al escuchar los balazos se levantaron y les empezaron a disparar. *El General* y *el Nueve* portaban cada quien una pistola Browning de fabricación belga con cargadores de 17 tiros. Entonces sí se desató una terrible balacera. Yo los veía batirse con fiereza, los policías volvieron a tirarse al suelo ya abajo del terraplén.

Cuando *el General* y *el Nueve* dejaron de disparar y comenzaron a correr, los policías centraron otra vez el fuego contra mí. Escuché silbar las balas sobre mi cabeza, una me voló el sombrero y otra le dio al tacón de una de mis botas desprendiéndolo. Pensé que, si seguía corriendo, aun en zigzag, podrían cazarme fácilmente. Sin pensarlo más me detuve. “Para esto me entrené”, me dije, y tomando la posición de tirador de perfil me enfrenté a ellos cuando ya estaba un policía apuntándome con su M1 y me disparaba sin lograr herirme. Respiré hondo y solté un tiro. No le pegué. Apunté de nuevo, pero a un punto poco más arriba de su cabeza y disparé sin resultado. Me tomé el tiempo para buscar de nuevo un punto intermedio y volví a disparar. Mi contrincante no aguantó la presión, a pesar de traer un arma de mayor alcance que mi pistola y mejor se echó un clavado al suelo, protegiéndose de mis balas que seguramente pasaron muy cerca de su cabeza.

Cuando reanudé la carrera, *el General* y *el Nueve* se detuvieron y dispararon otra andanada de balas. Con estas descargas el grupo de policías nunca tuvo oportunidad de reorganizar su ataque.

Un policía comenzó a alejarse, describiendo un arco, como buscando coparnos por el flanco derecho. *El General* me alertó y entonces me alejé del policía. Un elemento subió a un furgón del ferrocarril con su rifle de alto poder en la mano, se sentó, tomó puntería y soltó el primer plomazo. La bala del 30.06 produce un sonido muy fuerte al romper



el aire por donde pasa; es una bala muy rápida y de un alcance efectivo de 1 600 metros. Al frente de nosotros estaba un macizo rocoso que recibió los impactos, se escuchaba un fuerte golpe cuando impactaban la roca. Al rodearla encontramos protección tras esa gran piedra y ahí recuperamos el aliento. *El General* nos dijo que escuchó al jefe del grupo enemigo ordenar replegarse. Además, ya estábamos fuera del alcance de los ligeros .30 M1. Hicimos un recuento rápido de cuántas balas nos quedaban, vimos que todavía nos quedaba una buena dotación de parque que nos repartimos en partes iguales. Ahí también nos dimos cuenta de que el informe elaborado por *el General* se había perdido.

Más tranquilos, pero caminando de prisa, enfilando rumbo al norte, rodeamos la comunidad de San Javier sin ser vistos y llegamos a la orilla de la presa “Miguel Hidalgo”, en donde estaban amarradas varias lanchas utilizadas para la pesca. Ahí esperamos que se hiciera de noche y procedimos a escoger la que mejor nos pareció para cruzar la presa. No había remos, los cuales improvisamos con unos tablones que eran utilizados como asientos por los pescadores. Arriba de la lancha nos sentamos *el General* y yo en el piso, hombro con hombro, en la parte de atrás. *El Nueve* iba adelante, dirigiendo el rumbo. Poco a poco fuimos avanzando y tardamos unas dos horas en cruzar el espejo de agua. Al llegar a la orilla opuesta empujamos la lancha, devolviéndola al agua. Empezamos a caminar por un terreno donde recién habían cosechado maíz. Aprovechamos que había ganado suelto para avanzar sin dejar huellas, pues al moverse el ganado borraba cualquier señal.

Por estrategia caminamos en dirección al pueblo de Álamos, dejando huellas a propósito, pero ya de madrugada regresamos y volvimos a caminar por donde pastaba el ganado y, ahora sí, haciendo todo lo posible por no dejar señales de nuestro paso. Buscábamos avanzar rumbo al Valle del

Carrizo, en donde contábamos con bases de apoyo. Al ver que no tardaría mucho en amanecer buscamos una elevación del terreno donde pudiéramos refugiarnos durante el día. Desde una pequeña altura dominábamos una gran extensión de terreno, incluso una parte considerable del espejo de agua de la presa.

A media mañana observamos una avioneta que, volando en círculos a muy baja altura, pasaba una y otra vez por la zona donde la noche anterior habíamos caminado. Al mismo tiempo, sobre la presa navegaron por varias horas dos lanchas con motor fuera de borda muy cerca de la orilla. Alrededor del mediodía, un grupo de seis jinetes que venía del oriente se encontró con otro grupo de hombres a caballo que subía desde el poniente, en el centro del enorme llano que estaba a nuestros pies, a unos 300 metros de donde nos hallábamos. Al encontrarse desmontaron y prepararon una pequeña fogata en la que calentaron algún lonche que llevaban. Luego descansaron un rato y después se fueron juntos rumbo al norte, siguiendo las huellas que a propósito habíamos dejado.

Cuando se retiraron los de a caballo, la avioneta y las lanchas rápidas, esperamos un tiempo prudente y entonces nos pusimos en marcha. Teníamos más de 24 horas de no haber ingerido ningún alimento y necesitábamos comer. Por agua no nos preocupamos, pues esa noche encontramos una botella de vidrio de un litro, la cual llenamos directamente de la presa. Además, hallamos un costal de arpilla (conocidos como "zarandas") que nos sirvió para transportar la botella de agua y alguna ropa que por el calor nos habíamos quitado.

Planeábamos ubicar un lugar propicio para sacar algún pez, ayudándonos con ramas a manera de red. De pronto nos encontramos con un hombre que caminaba con una ristra de pescados en la mano. Al vernos, volteó sorprendido y empezó a correr; lo alcanzamos y le dijimos que no tenía



por qué asustarse. Nos identificamos como miembros de una partida de cazadores, pero por descuido o mala onda de los demás nos abandonaron y se fueron en la camioneta que traíamos. El hombre se detuvo y escuchó la explicación. Al pedirle que nos vendiera el pescado nos contestó: “De ninguna manera, vénganse a mi casa, ahí mi mujer se los preparará para que coman”.

Caminamos hasta encontrarnos con su familia: su esposa y unos niños. Luego todos nos dirigimos al pequeño rancho propiedad del campesino. Su vivienda estaba construida para enfrentar las características del clima: con troncos, palos y ramas, y bien ventilada. Estábamos dentro del municipio de Choix, Sinaloa, el lugar de México con el promedio más alto de temperatura.

La esposa de inmediato puso a cocer los pescados para cocinar un caldo, preparó café y comenzó a hacer a mano tortillas de maíz. Entablamos de inmediato una buena comunicación con este señor. En eso estábamos cuando de pronto llegó el hermano de nuestro anfitrión, quien venía del ejido de “Juan José Ríos”, municipio de Guasave, como supimos por su propia voz.

—¿Qué andas haciendo, qué novedades tienes? No sabía que venías —le preguntaba sorprendido.

El vecino de J. J. Ríos le contestó:

—Vengo por ti y tu familia. Nos tenemos que ir, pues ya llegó la guerra.

—¿Cómo? —preguntó el campesino, abriendo tamaños ojos.

El hermano le informó que a su llegada en camión al poblado llamado El Pajarito, ubicado a unos dos kilómetros de ahí, iban llegando también “dos trocas llenas de guachos, de soldados”.

Nosotros seguíamos comiendo en silencio, aparentando tranquilidad. De vez en cuando levantábamos la vista

y nos mirábamos con complicidad. Al terminar de comer aquel rico caldo les dijimos a aquellos hombres que queríamos platicar con ellos en privado. Nos dirigimos atrás de un corral de vacas. Iniciamos la plática con la intervención del *General*. Les explicó que en ocasiones a uno le toca hacer algo sin haberlo buscado, que los tiempos ahora nos exigían a todos participar ya sea de una forma o de otra, que en el país estaba muy complicada la situación social y económica, que padecíamos una crisis por culpa de un gobierno que no hacía nada por el pueblo. Les explicamos que en muchas partes de México había gente luchando, que había movilizaciones campesinas, de obreros, de estudiantes y profesionistas... y aquí fue cuando entramos nosotros.

Enseguida les dijimos lo que esperábamos de ellos, primero discreción acerca de este encuentro, también agradecemos las atenciones y el caldito de pescado que la señora nos había preparado. Les pedimos que nos ayudaran con algo de comida, tortillas, sal, café, un pantalón para mí, pues en el monte se me había desgarrado el que traía y quedaban sólo jirones, además de un sombrero. Les preguntamos por el entorno geográfico, ríos, presas, caminos y asentamientos humanos, haciendo énfasis en la zona norte, aunque nuestra ruta era hacia el sur poniente. Conseguido su apoyo nos despedimos y tomamos el camino que nos llevaría en línea recta directamente al poblado de El Pajarito.

Caminábamos en silencio, atentos a cualquier peligro. De pronto escuchamos ladridos de perros, señal de que habían detectado nuestra presencia. Entonces dejamos el camino y nos internamos en el monte. Avanzamos casi toda la noche y al amanecer volvimos a buscar un lugar apropiado para resguardarnos y desde donde poder vigilar una amplia zona. Ahí pasamos todo el día. Contamos las tortillas, acordamos cuál sería la ración para cada uno y dormitábamos a ratos. Poco antes de que se pusiera el sol hicimos una fogata,



preparamos café y comimos nuestra ración de tortillas con sal y chiles chiltepines secos. Después volvimos a caminar. Nos íbamos encontrando con largos brazos de agua que nos obligaban a hacer grandes rodeos. Para calmar la sed partíamos un cactus-barril llamado biznaga, del cual, al picar con un cuchillo su centro, se podía beber el agua del cual estaba lleno, chupando el bagazo, que sabía un poco amargo, pero se podía saciar la sed en caso de urgencia.

Seguimos avanzando, pero por tener que dar muchos rodeos siguiendo la orilla de la presa, por momentos veíamos que caminábamos para atrás, tomando en cuenta las estrellas y la luna, que estaba en cuarto menguante. Algo que no nos gustó fue que, conforme caminábamos, escuchábamos cada vez más fuerte el ruido del desfogue de la presa en su descarga al río Fuerte. Decidimos descansar y esperar a que amaneciera para orientarnos. Al llegar el día vimos que, efectivamente, estábamos muy cerca de la cortina y del cauce del río, por lo tanto, a unos 10 o 12 kilómetros de El Fuerte de Montesclaro, pero sobre el lado contrario a esta ciudad, es decir, estábamos en la margen derecha en lugar de la izquierda. Entonces cambiamos de plan, en lugar de seguir rumbo al Valle del Carrizo acordamos cruzar el río, tomar el camino que iba de la presa a El Fuerte, bordearlo y llegar hasta la zona de tolerancia ubicada en pleno monte entre esa ciudad y la estación del “Chepe”. Dijimos: “Ahí no nos va a buscar nadie. Vamos, comemos y agarramos un taxi para llegar a la ciudad de Los Mochis, 100 kilómetros al poniente”.

El problema ahora era cómo cruzar el río. Por su cercanía con la cortina de la presa, el agua corría con mucha fuerza; *el General* buscó cruzarlo y se dio cuenta de que resultaba muy arriesgado. Decidimos seguir por esa orilla para llegar a un lugar donde el cauce se convirtiera en un remanso más tranquilo, esperando encontrar alguna lancha o canoa para

cruzar. Además, yo sabía que había comunidades del pueblo mayo frente a El Fuerte y de alguna forma tenían que cruzar hacia el pueblo. No nos equivocamos, ya casi frente a El Fuerte observamos que desembarcaron unos muchachos de una canoa rústica de las que fabrican de un solo tronco. Caminaban con los remos en los hombros, se veía que regre- saban muy alegres, silbando y cantando. Les salimos al paso aparentando que ellos nos habían alcanzado. Los saludamos y echamos de nuevo el cuento de que unos compañeros con quienes andábamos de cacería, por gachos nos habían dejado aislados de este lado del río, que si nos podrían hacer el favor de cruzarnos e incluso les daríamos unos pesos. Sin más aceptaron y en un instante ya estábamos del lado correcto.

Sorteando las orillas de la ciudad caminamos rumbo a la llamada “zona roja”. Yo traía nuevamente desgarrado el pantalón debido al matorral espinoso que existe en esta zona y me tuve que ocultar a unos 100 metros de donde estaban los bares y las cantinas. *El General* y *el Nueve* siguieron caminando. Después de esperar un rato vi que se aproximaba un taxi y éste se detuvo abruptamente frente a donde yo estaba escondido. Ahí venían mis compañeros. Me acerqué a la portezuela, la abrí y con pistola en mano le dije al chofer que se corriera al lugar del copiloto. Al principio se negó, pero al ver el arma no le quedó más que hacer lo que yo le pedía. Asustado, el hombre nos decía que el carro no tenía buenos frenos.

—No los necesitamos —le dije mientras conducía.

—Tampoco trae gasolina.

—Le ponemos en la gasolinera que está a la entrada a la ciudad.

Para evitar miradas indiscretas, me detuve unos metros antes de llegar a la estación de servicio. *El Nueve* tomó un bote como de 20 litros y caminó a la gasolinera para llenarlo.



Yo aproveché para devorar las gorditas y el refresco que mis compañeros habían comprado en una taquería de la zona roja.

El compañero regresó, vaciamos la gasolina al tanque y tomamos la carretera con dirección a Los Mochis. El taxista seguía nervioso, nos pedía que no lo matáramos porque tenía esposa e hijos. *El General* con pocas palabras le contestaba:

—No se preocupe —luego añadió—, ¿pero sí sabe qué le hacemos a los que nos traicionan?

—No, pero me lo imagino —respondía el taxista.

Avanzamos a buena velocidad durante una media hora, entonces el taxista exclamó de pronto y con alegría:

—¡Ah, ya sé quiénes son ustedes!

Sin ponernos de acuerdo apliqué los frenos con fuerza y le dije:

—Bájese.

—¿Aquí me van a tirar? —preguntó sorprendido el hombre.

—Si, bájese.

El taxista descendió a regañadientes, gritándonos maldiciones y recordándonos a nuestras progenitoras.

Reanudamos el viaje un poco más relajados, pero atentos a cualquier circunstancia que pudiera presentarse. Pasamos el pueblo de San Blas por el libramiento sin detenernos. Kilómetros adelante llegamos al camino que conduce a Estación Sufragio, donde se cruzan el Ferrocarril del Pacífico y el “Chepe”. Hicimos alto en el cruce de las vías y seguimos rumbo a Los Mochis. Conociendo bien la región, les dije a los compañeros que, como medida de precaución, dejaríamos la carretera y tomaríamos un camino por donde circulaban los camiones cargados de caña que se dirigían al ingenio Mochis, paralelo a la carretera. A la altura del poblado de Mochicahui observamos que por la carretera rumbo a El

Fuerte circulaban a gran velocidad varias patrullas policíacas con las torretas encendidas y las sirenas abiertas. Pensamos que habían encontrado al chofer y eso los había puesto en alerta.

Por fin, dando un rodeo, entramos a Los Mochis. Nos dirigimos a la casa de un simpatizante obrero que siempre nos apoyaba. Dejamos el carro una cuadra antes. El camarada nos recibió e informó brevemente lo que la prensa local decía sobre el enfrentamiento que habíamos tenido. Nos enseñó un diario que consignaba en primera plana, a ocho columnas: “GUERRA EN CHOIX”, y otro que decía “ARDE CHOIX”. También decía que habían sido detenidos unos jóvenes “mechudos” de aspecto campesino que fueron trasladados de inmediato a la ciudad de México en avión.

Tres días después, una nota de prensa en el mismo diario decía que unos traficantes que llevaban un costal de marihuana habían asaltado a un taxista y lo habían despojado de su carro. Más tarde, esa misma noche, dejamos el auto estacionado a un lado de la Cruz Roja, en el centro de la ciudad, cerrado y con las llaves en el asiento. La policía lo encontró al siguiente día. Así terminó esa historia.

En Los Mochis descansamos dos días y el 4 de mayo nos fuimos a Ciudad Obregón, en donde llevamos a cabo una reunión extraordinaria de carácter regional con la presencia del *General* representando al Buró Militar de la Coordinadora Nacional y, como representantes regionales, *el Nueve* y la compañera *Raquel*, además de otros miembros de la organización a nivel local y, desde luego, el que esto escribe como enlace *AA*, ya que en el mes de abril había sido detenido el otro coordinador *AA*, a quien conocíamos como *Gerardo* o *Manuel*, cuyo nombre verdadero era Estanislao Hernández.

La casa de seguridad donde hicimos esa reunión la habían conseguido apenas unos días antes las *Elenas*. Yo estaba al tanto de esta casa y su ubicación. Lo habíamos discu-



tido últimamente, ya que, aunque parezca increíble, yo no contaba con ninguna casa de seguridad; siempre tenía que contar con las que la organización tenía en varias ciudades del Pacífico como Culiacán, Los Mochis, Ciudad Obregón o Hermosillo. Así estaba pensado por lo arriesgado de mis traslados, porque me pasaba mucho tiempo viajando y en los recorridos a la sierra nunca era seguro cuándo podía regresar.

El orden del día de la reunión abarcaba informes de los AA y acerca de las regiones donde se tenía trabajo político. Ahí nos enteramos de la detención de varios miembros de la Liga en Tijuana y Mexicali, los que según la prensa fueron de inmediato trasladados a la ciudad de México. Aunque no mencionaban nombres sospechábamos quiénes eran, entre otros el responsable de la organización en aquella región, Juan Carlos Flores Olivo, alias *el Cuéllar*.

Unos días antes *Raquel* tenía planeado ir a Tijuana, pero ante la sospecha de esas detenciones tomamos el acuerdo de que se abstuviera de viajar. En su lugar propusimos que otra compañera de Navojoa acudiera a la cita permanente, después nos enteramos de que fue detenida. La policía buscaba detener a *Raquel* cuando acudiera a recoger a su hijo. Los agentes de la Dirección Federal de Seguridad (DFS) se quedaron con un palmo de narices. Detuvieron a todos y al niño lo mantuvieron secuestrado los mismos policías ministeriales poco más de dos meses, hasta que la familia de *Raquel* logró recuperarlo.

Al terminar el encuentro *el General* se retiró, atendiendo el llamado urgente de la Comisión Nacional Provisional para asistir a una reunión. Por mi parte, tuve que regresar a la montaña, llevando las últimas novedades. Eran noticias nada buenas. Por todos lados se percibía la profunda crisis que estaba atravesando la organización y su inminente debacle con muertos, detenidos y desaparecidos.

El Día de las Madres regresé a la montaña. No podía pasar desapercibida esa fecha, pues mucha gente, principalmente jóvenes, al abordar el tren en Los Mochis llevaban en sus manos regalos para sus mamás.

A las 5 de la mañana abordé un autobús urbano, en el centro de la ciudad, que me llevaría a la estación del “Chepe”. El diseño de estos camiones es de sólo dos asientos corridos a lo largo del vehículo, uno enfrente del otro, con el fin de que más pasajeros puedan viajar, aunque vayan de pie sujetados de los pasamanos del techo. Por seguridad siempre observaba a la gente a mi alrededor. Ya me encontraba sentado cuando abordó una señorita que llevaba una caja envuelta para regalo, era la misma que en Estación Loreto nos había vendido unas latas de comida, pan y refrescos. Me di cuenta que de inmediato me reconoció, a pesar de que ahora yo vestía de traje, corbata y mancuernillas. Ella buscaba volver a mirarme entre la gente que subía y se interponía entre ella y yo. Me mantuve indiferente, pero su mirada era insistente. Rápido tracé un plan. Al bajarse la gente en la estación del ferrocarril me coloqué atrás de ella. Observé que compró su boleto precisamente para el pueblo de Loreto, luego yo compré el mío y caminé al vagón correspondiente. La seguí por el pasillo del autovía y, cuando encontró lugar, me senté en el asiento detrás de ella. Seguí aparentando no conocerla, pero mi cercana presencia tendría que obligarla a no hacer nada que me delatara. La percibí incómoda durante todo el recorrido. Al descender en Estación Loreto, la joven volteó a verme mientras se alejaba, entonces le sostuve la mirada. El tren siguió su marcha.

Descendí en El Parajito, tomé la vereda que ya conocía y sin desviarme llegué a la casa de nuestro amigo simpatizante tarahumara. Ahí ya estaban los compañeros del comando guerrillero de Urique. En este encuentro les informé las últimas noticias respecto a detenciones y caídas de compañeros.



Este fue el último encuentro con el grupo de Urique: del 10 al 11 del mes de mayo de 1974.

Al siguiente día emprendí el regreso a Sinaloa en el mismo tren. No estuvo exento de peligro. Cerca de mediodía arreglé mi ropa, me calé el saco y me puse corbata. En una caja de zapatos bajo el brazo escondía mi pistola escuadra cargada, siempre con cartucho en la recámara. Además, llevaba otros dos cargadores ocultos dentro de una faja hecha para tal propósito, de tal manera que, al llevar los faldones de la camisa dentro del pantalón, era difícil que alguien se diera cuenta de lo que traía.

Bajé a la vía y empecé a caminar rumbo a Estación Parajito. Faltando unos cuantos metros para llegar, el jefe de estación me gritó que le arriara unos guajolotes que estaban sobre los rieles pues ya se acercaba un convoy. Apenas terminé de hacer esto cuando arribó el tren. Sorpresa: sólo eran dos máquinas en cuyos andadores laterales viajaban militares.

Los soldados nos saludaron antes de detenerse. Ningún militar bajó a tierra. Tratando de actuar con la mayor tranquilidad posible, me senté en los escalones del vagón que servía de estación y entablé una charla ligera con el ferrocarrilero. Él me comentó que el autovía ya había salido de la estación siguiente, por lo que los soldados lo esperarían en las vías secundarias. No esperamos mucho. Antes de poder mirarlo, el silbato del vehículo anunciaba su arribo y se detuvo sobre la vía principal. Me levanté, me despedí de mano del jefe de estación y hablando fuerte le espeté:

—Nos vemos pronto. Tengo que regresar a mi escuela en una semana.

Abordé el autovía como único pasajero en medio de la montaña. La formalidad de mi vestimenta y la tranquilidad con la que logré desenvolverme lograron camuflarme como maestro de la comunidad cercana llamada La Mesa de Arturo, como me identifiqué con el hombre de la estación.

CRISIS INTERNA: EL OPORTUNISMO, RECOMPOSICIÓN O RECTIFICACIÓN

Desde su fundación, en la LC23S se expresaban serias contradicciones en la construcción de la nueva organización revolucionaria, y aunque hicimos lo posible para que no se convirtieran en contradicciones antagónicas ni que pusieran en riesgo el futuro de la organización, las diferentes visiones incidían en la acción. En niveles de dirección local, regional y nacional, en la Coordinadora Nacional, en el Buró Político e incluso en el Buró Militar de reciente formación, el problema se empezó a ver como la existencia de una corriente oportunista que nos podría conducir a la derrota tras apenas haber iniciado acciones a todo lo largo y ancho del país.

La Liga buscaba “deslindar posiciones de clase”, refiriéndose a conductas y pensamientos burgueses introyectados en cada uno de los miembros. Así, el deslinde no se refería a una separación física de los militantes, sino a una “construcción teórica” que cada individuo tenía, es decir, un proceso de formación, una deconstrucción. Sin embargo, en las reuniones se discutía teóricamente las diferentes posiciones políticas que conducían a diferentes posiciones de clase que nos llevaron en la práctica a manejar el concepto de *deslinde* como sinónimo de expulsión o escisión.¹³ Así fue comprendido, debido en parte al atraso teórico y político de algunos militantes.

Para el segundo semestre de 1974, la DFS y los diferentes órganos de inteligencia del gobierno mexicano encargados de combatir y exterminar a la guerrilla, ya tenían una visión más o menos completa del enemigo que enfrentaban. Por eso fue que a partir de entonces cambiaron drásticamente los resultados de los enfrentamientos entre guerrilleros y fuerzas

¹³ El deslinde de las posiciones de clase se aborda desde *Las cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*.



del gobierno; ahora empezábamos a tener más muertos que detenidos, pues a los que detenían los mataban. Los militantes estábamos enfrentando la situación de tener que luchar por la propia supervivencia, dejando las tareas políticas a un lado. Fue tan severa la persecución que se puede entender como una estrategia dirigida a desarticular a la Liga.

Este contexto político nacional que vivía la Liga, y en particular lo que ocurría en la zona del noroeste, me obligaron a replegarme e integrarme al grupo en Sonora, con presencia en Hermosillo, Empalme-Guaymas y Ciudad Obregón. Tampoco regresé a Culiacán, aunque mantuvimos el contacto. Mi base de operaciones era Ciudad Obregón, donde junto a las *Elenas* habíamos rentado una casa ubicada en una esquina en la zona centro.

Al arribar a un lugar, antes de llegar a la cita permanente o a la casa de seguridad, tenía por costumbre buscar información en la prensa local. Por eso el día 15 de junio de ese año me enteré de la detención de las *Elenas*. En la primera página, a ocho columnas, se daba la noticia de que dos mujeres pertenecientes a la Liga Comunista habían sido capturadas el día anterior.¹⁴ Se decía que ambas habitaban una casa en el centro de la ciudad, la cual ya tenía varios días cerrada. La policía la aseguró y solamente esperó a que las compañeras regresaran al lugar. Cuando ellas llegaron se dieron cuenta de que la chapa había sido violada y la puerta estaba apenas entrecerrada. De inmediato trataron de escapar abordando un camión urbano, pero fueron interceptadas por los policías. Hubo un breve enfrentamiento y finalmente lograron capturarlas.

Los últimos meses del año 74 y todo el 75 fueron fatales para la organización en la región del noroeste, al igual que en todo el país: en abril cayeron todos los miembros del Co-

¹⁴ Véase el acta de asamblea de informe de julio-agosto de 1974.

mité Local de Hermosillo; los militantes y simpatizantes en Ciudad Obregón se fueron a Sinaloa o de plano dejaron de participar. Esto provocó que las bases de apoyo desaparecieran, no quedó nadie en esa ciudad. Los militantes de la Liga en Navojoa se dispersaron. Se dejó de atender a las brigadas que se habían integrado provenientes del campo y del movimiento estudiantil, como la escuela preparatoria, la escuela normal y la UNISON. Ya había caído abatido el compañero exespartaquista *Anselmo*. El compañero José de Jesús Corral se fue a la clandestinidad, tratando de salvaguardarse, pues su hermano Salvador primero fue muy buscado hasta que el 28 de enero del 74 fue detenido y luego asesinado por la DFS bajo el mando de Miguel Nazar Haro. Ocurrió entonces una verdadera desbandada en esta zona.

Con la certeza de que la situación que nos obligaba a vivir a salto de mata no podía seguir, decidimos repliegarnos replanteándonos el quehacer. Nos enfocamos a tratar de entender lo que estaba pasando, revisando los documentos centrales de la Liga y estudiando los escritos de los clásicos del marxismo, pero sin dejar de atender los contactos y las relaciones desde el norte de Sinaloa hasta Ciudad Obregón, Empalme y Guaymas. Fue una tarea que nos ocupó el resto del año 74, todo el 75 y los primeros meses del siguiente año.

A mediados de 1974 establecimos contacto con la Comisión Nacional Provisional. El encuentro fue con Luis Miguel Corral García en la ciudad de Los Mochis. Después de una brevísima charla le hicimos ver que no estábamos de acuerdo con el proyecto de recomposición como principal tarea para continuar dentro de la organización, pues veíamos a nivel nacional una fuerte tendencia hacia el militarismo. Nos parecía que la principal actividad eran los “jales” con el único objetivo de obtener dinero para seguir sobreviviendo, pero eso nos alejaba cada vez más del verdadero objetivo de “hacer la revolución”. Preferimos explorar otras alternativas;



si teníamos éxito nos volveríamos a encontrar en otro momento. Nos despedimos en términos cordiales y fraternos. Ambos sabíamos quiénes éramos, ya que de mi parte tuve una relación muy cercana con su hermano Salvador (*Roberto*). Esta entrevista marcó nuestra separación de la Comisión Nacional Provisional.

Por nuestra parte, seguimos atendiendo los contactos y las relaciones en toda la región, y para diferenciarnos de otros grupos de la Liga agregamos al nombre de la LC23S las palabras Internacionalista y Proletaria (LC23SIP). En este periodo de descomposición, otros grupos de la Liga también se separaron de la Comisión o nunca reconocieron su liderazgo. A los que seguían reconociéndola les llamábamos “comitecos”; otros grupos adoptaron diferentes nombres: la Brigada Roja de la ciudad de México quedó como LC23SBR; otro grupo también se autonombró LC23S-Internacionalista, pero sin relación con nosotros; otros sólo le añadieron la palabra Bolchevique. De esta manera se manifestaba la dispersión por todo el país.

Estando en Los Mochis sostuvimos una reunión con *el General* y *el Tom de Analco*, aprovechando que pasaron rumbo a la sierra buscando encontrarse con el comando que estaba en la región de Urique. Por ser los primeros que se escindieron de la Comisión Nacional Provisional los identificábamos como “los escisionistas”. Los llevé hasta la Estación de Infiernillo, donde tomaron el tren rumbo a la sierra. Antes de irse, dejaron citas permanentes conmigo.

El 30 de octubre del 74 sostuvimos una discusión en Empalme, donde nos enfrentamos y derrotamos política y teóricamente al *Nueve*, demostrándole que su postura reflejaba un rebajamiento de la política revolucionaria “como resultado de la presencia de posiciones de clase distintas en el seno de

la organización".¹⁵ En esa reunión *el Nueve* fue deslindado junto con otros cinco compañeros. Más adelante hablaremos más a detalle de este periodo, haciendo una calendarización de actividades y también una profunda reflexión sobre qué pasó con la Liga Comunista 23 de Septiembre.

En abril, y luego en junio de 1975, realizamos dos viajes a la sierra, ahora junto con la compañera *Raquel*, con la finalidad de buscar al comando que suponíamos aún estaba operando en la región de Urique. Como teníamos mucho tiempo sin saber de ellos, a pesar del riesgo por la presencia del Ejército, tomamos la decisión de subir a buscarlos.

Un día de abril del año 75 abordamos el "Chepe" en la ciudad de Los Mochis con rumbo a la estación de El Parajito. La razón fue porque dicha estación está muy cerca de la casa de un simpatizante tarahumara. Al descender del tren tomamos una vereda rumbo al sur, cruzando un arroyo que va serpenteando junto a las vías del ferrocarril. Metros más adelante dejamos este camino y nos internamos entre el monte a la izquierda. La subida no estaba nada fácil, pero poco a poco ascendimos hasta una especie de meseta. Al final, junto a un desfiladero estaba ubicada la casa. Con gusto fuimos recibidos por el compañero y su esposa, ahí estaba también un hermano de él que trabajaba las máquinas-herramientas de una empresa minera.

Su hermano era quien había construido un rifle calibre .22 de un solo tiro copiando parte por parte las de un rifle que un compañero de trabajo le prestó. Por la noche nos platicó cómo fue capaz de esta hazaña. Utilizó una barra ocha-vada de acero que perforó a todo lo largo para el cañón, al cual también le hizo el rayado interior correspondiente al alma del cañón que las armas de fuego deben tener. Las demás piezas las fue construyendo en un torno de su lugar

¹⁵ Véase la Sombra de E en Sonora.



de trabajo. La estructura de madera para él fue fácil fabricarla, pues era diestro carpintero. El rifle quedó tan bien hecho que era digno de presumir.

Esta historia nos la habían platicado cuando se estaba preparando el terreno para establecer los núcleos guerrilleros, como una muestra de que las condiciones para un levantamiento estaban dadas, que los pueblos originarios de la región “ya habían desenterrado el hacha de la guerra” y hasta los mismos tarahumaras ya estaban fabricando sus propias armas. Estas apreciaciones exageradas, fuera de toda realidad, las realizó el coordinador político de la región: *Julio*.

Fue él mismo quien, en un informe a la Coordinadora Nacional presentado en el núcleo del Quiriego, decía que el repliegue cuando el Ejército federal irrumpió en el ejido El Frijol, en agosto del 73, fue una “retirada estratégica”. En el grupo se miraron unos a otros, se empezaron a reír y comentaron: “lo que yo vi fue una corretiza”. Miguel Topete comenta que:

nuestro representante transforma la corretiza que nos pusieron los guachos en una retirada estratégica de la zona y la conformación coyuntural de nuestro comando (el Comando Óscar González) la hace aparecer como respuesta a nuestra necesidad de atender en la zona los problemas derivados de esa estrategia [...] la carta (el informe) terminaba con unas frases de júbilo que nunca entendimos: “La Revolución es hermosa. ¡Más que la nebulosa de Andrómeda! ¡Es tan bella como el acto de Prometeo!”

¡Y esto! ¿Qué significaba? No sé qué cosa pensarían los compañeros... por mi parte vi claramente, por primera vez, que algunos de nuestros dirigentes no tomaban en serio la revolución, al menos no la tomaban en serio para llevarla a

cabo para sacarla adelante. Si no, habría que proponerles que vinieran a convencer a un campesino que colgaron de los huevos que la revolución era hermosa...¹⁶

Entonces me quedó la duda, pero ahora estaba claro que esos comentarios no eran más que subjetivismo puro y lo relacioné con el comentario que *Oseas* había dejado escrito en su carta a los coordinadores del noroeste del 28 junio de 1973 y que empezaba con un lacónico “Compas...”.¹⁷ En ella advertía sobre el daño que podría sufrir la organización por contradicciones internas, tanto de carácter organizativo como de la “subsistencia de cierto individualismo pequeño burgués, o al menos, por una apreciación subjetiva” (presente en los informes), “unilateral o parcial, de algunos acontecimientos políticos”. En sus palabras:

[El primer problema] de carácter orgánico, que podrá ser expresado del siguiente modo: no hemos logrado consolidar definitivamente el órgano de coordinación nacional. Las tareas de coordinación recaen, peligrosamente, en uno o dos sujetos. Cuestión que debe preocuparnos seriamente.

El segundo, relacionado con las posiciones políticas. Intuyo, entiéndase bien, hablo de un peligro que aprecio que puede llegar a desarrollarse si no atendemos con rapidez a todos estos problemas, la posibilidad de desarrollo de ciertas desviaciones subjetivistas en el seno mismo del órgano de coordinación.

¹⁶ Miguel Topete, *op. cit.*

¹⁷ En esta carta, además de abordar las contradicciones y los riesgos presentes en la Liga, convoca a reunirse para discutir las posibles soluciones. Consultado en el archivo de *Raquel*.



Aunque esta carta es dirigida genéricamente a los coordinadores del noroeste, es decir, a los responsables del proyecto del Cuadrilátero de Oro y a los de Baja California, es preciso señalar que encierra una fuerte crítica a *Julio* como coordinador político de toda la región. Es conveniente aclarar que el tema del subjetivismo no fue privativo de una persona ni de una sola región; esta situación se presentaba muy a menudo en casi todas las reuniones, de distintos niveles, que se llevaban a cabo.

Continuando con el relato, el tarahumara simpatizante y su hermano nos dijeron que hacía varios meses que los compañeros del comando no pasaban. Como quiera, llevábamos una carta preparada y la dejamos, acordando que regresaríamos pronto para saber qué había pasado.

Dormimos en las inmediaciones de la casa enclavada en medio de un gran bosque. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de hojarasca. Cavamos un hoyo, extendimos los sacos de dormir, nos metimos en ellos y nos cubrimos con la misma hojarasca. Ni más ni menos que sepultados. Al amanecer escuchamos unos pasos que se acercaban, incorporándome un poco miré al compañero *Tonino* que pasó caminando a escasos metros de nosotros sin vernos.

Más tarde, luego de comer algo que la familia nos invitó, nos retiramos, pero por seguridad, en vez de bajar a El Parajito, atravesamos el bosque, cruzamos las vías del tren por encima de un túnel y dormimos a la orilla de un arroyo. Al día siguiente llegamos a Estación Cerocahui y esperamos el tren que nos llevaría de regreso a Los Mochis.

El siguiente intento de contactar a los “compas” de la sierra lo hicimos dos meses después. Volvimos a hacer el recorrido en ferrocarril, pero esta vez nos bajamos en Estación Bahuichivo, un lugar donde se concentran verdaderas montañas de madera para ser transportadas por tren hacia Chihuahua o al Pacífico. Esta estación estaba más delante

de El Parajito. Tomamos la decisión de bajarnos ahí porque había mucho más movimiento de personas. Bahuichivo es un pueblo más grande, además de ahí sale un camino de terracería muy bueno que conduce al pueblo de Cerocahui que viene a ser como una pequeña ciudad, muy visitada por el turismo interesado en observar desde ese lugar una gran parte de las espectaculares Barrancas del Cobre.

Saliendo del poblado nos metimos al monte y avanzamos por la parte alta de la sierra, en ruta paralela a la vía, en sentido contrario al que veníamos en el tren. Caminamos toda la tarde y al anochecer empezó una ligera llovizna que conforme pasaba el tiempo aumentaba de intensidad. Ya estábamos rodeando el siguiente poblado donde está la Estación Zaragoza; es una estación no tan concurrida como la anterior, pero cuenta con varias viviendas.

De pronto se soltó una terrible tormenta eléctrica, empezaron a caer rayos por todos lados, la noche se iluminaba como si fuera de día. Yo sabía del gran riesgo que representaba para nuestra seguridad la caída de tantos rayos, sobre todo porque lo hacían cada vez más cerca de nosotros. La compañera *Raquel* no pensaba que esto fuera peligroso, su vida había transcurrido en la ciudad y no tenía conciencia del peligro; por el contrario, mi experiencia de niño y de joven habiendo vivido en el campo me hacía temer lo peor. Nos habíamos alejado del monte alto de pinos y nos encontrábamos en medio de campo con una vegetación baja. Entre truenos ensordecedores y una lluvia que no cesaba le propuse que de inmediato nos detuviéramos y nos acostáramos en el suelo, pues los rayos tienden a caer en cualquier objeto que sobresalga del entorno. Entre las cosas que llevábamos, además de unas cobijas, también traíamos dos pedazos de plástico de metro y medio de ancho por dos metros y medio de largo. Procedimos a colocar uno sobre el suelo mojado, luego una cobija, nosotros, encima otra cobija y nos cubri-



mos con el otro tramo de plástico. Las armas y el parque los pusimos sobre el pecho, protegiéndolos del agua.

Las armas seguían siendo de mucha importancia, pues en caso de algún enfrentamiento tenían que estar en perfectas condiciones. La sensación de estar en medio de la nada, en una noche sin luz donde los relámpagos a cada instante rompían la oscuridad y los truenos ensordecedores, era algo que resultaba en extremo surrealista. Y a esta situación habría que agregarle cómo se escuchaba la lluvia al caer sobre el plástico encima de nosotros. De plano es para vivirlo, aunque sea una sola vez en la vida. Fue una sensación indescriptible, pero lo más extraño y difícil de creer es que a los pocos minutos de estar tendidos con la cara viendo el cielo oscuro y sintiendo la lluvia en la cara cubierta con el plástico nos quedamos profundamente dormidos.

Al amanecer reanudamos la marcha. Hacía horas que había dejado de llover. Preparamos un ligero desayuno con lo que llevábamos y caminamos todo el día y casi a punto de meterse el sol, y sin haber llegado a la casa del compañero, escogimos un lugar para pasar la noche y descansar. Encontramos un gran árbol caído y ahí nos acomodamos, hicimos una fogata y preparamos algo para comer, después nos dispusimos a descansar de la misma manera que la noche anterior. Al principio la noche estaba tranquila, soplaba un ligero viento y el cielo estaba estrellado. Después de dormir un rato nos despertó la lluvia, aunque no era tan intensa como la de la noche anterior. No nos movimos, el problema comenzó cuando el agua empezó a correr hacia el hueco que el árbol había formado con el suelo cuando cayó; por arriba nos protegía el grueso tronco, pero por debajo de nosotros el agua corría y nos empapaba. De igual manera protegimos las armas y no hubo de otra que aguantar sin movernos, hasta que empezó a amanecer y la lluvia cesó.

Por fin llegamos a casa de nuestro simpatizante. Nos dijo que los compañeros no habían vuelto a pasar, no supo precisarnos la fecha de la última vez que los vio, podrían haber sido varios meses o un año. Al mediodía iniciamos el camino de regreso por la misma ruta que llegamos, la intención era llegar a la Estación Zaragoza. Con las indicaciones de *Tonino*, el camino de regreso se nos hizo cortito. En el recorrido nos aseamos en un arroyo de agua muy fría y nos pusimos ropa presentable.

Cuando llegamos a la estación había muy poca gente por los alrededores y nos paramos a esperar la llegada del tren. No pasaron ni 10 minutos cuando se nos acercó un hombre que se presentó como jefe de la estación. Nos saludó muy efusivamente, nos dio la mano y a mí me dio un abrazo. Eso me extrañó, pero de inmediato me percaté de que con este gesto él pretendía dar a quien o quienes pudieran estar mirando la escena una señal de tranquilidad. A continuación, en voz baja nos dijo:

—Vénganse a mi casa a tomar un café —y agregó—: Aquí hay muchos ojos.

De inmediato surgió un sentimiento de simpatía hacia aquel hombre. Caminamos a su vivienda-furgón, una estufa de leña en medio desparramaba su calor y encima ya estaba calentándose el café. Platicamos un poco, evadiendo tanto él como nosotros hablar acerca de qué estábamos haciendo en ese lugar. Al poco rato sonó el silbato de un autovía que no se detuvo, entonces nuestro nuevo amigo sacó unas banderolas y se colocó en el centro de las vías mientras nos decía:

—Más atrás viene el Vistatrén, si le hago señales está obligado a detenerse.

El tren se detuvo, nos despedimos de nuevo con un apretón de manos y abordamos. Muchos años después *María Eugenia* me comentó que el grupo contaba con un simpatizante



confiable en ese lugar al que le decían *Zaragoza* por vivir en esa estación. Podría haber sido el mismo personaje.

El Vistatrén transporta principalmente turistas, mayoritariamente estadounidenses, y al igual que otros trenes de pasajeros en el país llevaba una escolta militar de seis soldados. Caminamos por el pasillo a nuestros asientos aparentando estar muy alegres y entusiasmados, aventamos la bolsa que traíamos como equipaje y nos fuimos al elegante carro comedor. Por costumbre siempre buscaba sentarme de cara a la puerta en cualquier lugar donde entrara, por lo que me percaté de que dos militares nos habían seguido pero no les parecimos sospechosos porque sólo echaron un vistazo al carro comedor y se regresaron de nuevo a su lugar. “Sin novedad”, me dije como una ocurrencia al pensar que así pensarían ellos.

El viaje fue tranquilo. El plan era que nos bajáramos en Estación Sufragio para evitar la estación de Los Mochis donde ya sabía que la vigilancia policiaca y militar se había convertido en algo rutinario. No habíamos pagado boleto, quizá porque el jefe de Estación Zaragoza sabía quiénes éramos... no sé, especulación mía.

A eso de las 9 de la noche llegamos a Estación Sufragio y tomamos un camión de pasajeros hacia Los Mochis. Alrededor de medianoche llegamos ahí, directo a un hotel. Ahora sí, a descansar en blandito.

A principios de 1976, dentro del proceso de reorganizarnos, la compañera *Raquel* elaboró un documento cuyo encabezado con letras grandes decía: ¿QUÉ DEBEMOS APOYAR DE LA LUCHA QUE ENARBOLA LA TENDENCIA DEMOCRÁTICA DEL SUTERM?¹⁸ Llevamos a cabo un viaje con el objetivo de hacerles llegar este documento a las bases de trabajadores de este

¹⁸ Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana

sindicato que por entonces realizarían una gran manifestación en Saltillo, además de entregarlo a los presos del Penal de Topo Chico, en Monterrey, por medio de un militante de la Liga en Tamaulipas; y después, en la ciudad de México a contactos que teníamos y, en la medida de lo posible, a las bases de ese sindicato.

A pesar de que incluíamos un llamado a la insurrección, el documento dejaba entrever que teníamos que plantearnos cosas nuevas, sin llamarlo “rectificación”, pero nos estábamos apartando de cualquier proceso orientado a una “recomposición”. Aquel viaje sirvió para convencernos de que la ruta no era por donde nosotros lo planteábamos: antes de pensar en reagruparnos, teníamos que esclarecer nuestras propias ideas.

Al regresar del viaje nos reunimos para reflexionar con algunos simpatizantes del núcleo que aún quedaba en la zona, casi exclusivamente en la región norte de Sinaloa. Tomamos el acuerdo de continuar el trabajo; para cumplirlo, algunas veces tuvimos que llevar a cabo largos recorridos buscando los contactos. Por ejemplo, en una ocasión nos desplazamos hasta el pueblo pesquero de Desemboque de los Seris, ubicado en la costa, dentro del municipio de Pitiquito, Sonora. A partir de Los Mochis, Sinaloa, nuestra base de operaciones, nos trasladábamos hasta las ciudades de Empalme y Guaymas, Valle del Carrizo, también en el Valle del Yaqui, en Sonora. Platicábamos con la gente, intercambiábamos información, asimismo volanteábamos en campos pesqueros, sectores de obreros, incluyendo obreros agrícolas, ferrocarrileros, etc. Otro lugar que frecuentábamos era la planta cementera ubicada en la estación de El Infiernillo ubicada 10 kilómetros al norte de la ciudad de El Fuerte de Montesclaro. Ahí se contaba con un pequeño núcleo de obreros trabajadores de la planta industrial.



En abril y junio del 75 la compañera *Raquel* y quien esto escribe realizamos dos viajes a la montaña, los cuales ya relaté. Un año después, a principios de junio del 76, tomamos el acuerdo de separarnos; los compañeros originarios de Sonora regresaron a su terruño; establecimos citas permanentes de largo plazo; y a quienes pudieran hacerlo les dijimos que buscaran trabajo para sobrevivir y/o trataran de recomponer sus vidas dentro del nuevo escenario social y político.

En diciembre del 75, estando aún en Los Mochis, llegaron dos compañeros; venían con la idea de llevar a cabo algunos asaltos, querían incorporarse a la lucha y para ellos eso representaba realizar algunos “jales”. Les preguntamos para qué y nos respondieron “para hacer la revolución”. Estuvieron unos cuantos meses en la zona, les ayudamos económicamente y se regresaron con sus familias.

Por nuestra parte, juntos, dejamos las armas; pero lo que nunca dejamos fue la decisión de seguir luchando, buscando siempre la alternativa de construir una mejor sociedad, más humana, más justa, más libre y más democrática.



*Me puse del lado de los indios y me derrotaron,
de los negros, de los campesinos, de los obreros,
de los pobres, de los perseguidos, de los discriminados,
de los débiles. Pero nunca me puse del lado de los que
me vencieron. Esa es mi victoria.*

DARCY RIBEIRO, BRASIL

MARÍA DE LA PAZ Y JUAN

*Si adán y eva
comieron del fruto prohibido
—dátiles no manzanas—
y fueron exiliados de su patria
y purgaron una condena*

*maría de la paz quintanilla
desafió el rumbo de la sevicia
la usura de los prevaricadores
y sembró margaritas en el cadalso*

*y juan aguado
no olvidó las lecciones de zapata
y puso en práctica el camino de la luz
la mano extendida para todos*

*y ambos pecaron
y fueron expulsados de su patria
pero no son ejemplo de desobediencia
o bueno sí: no obedecieron a los tiranos
a los lacayos del egoísmo*

*Y construyeron un mismo camino
juntos de la mano
y siguen desafiando
las instancias del cielo oscuro
juntos de la mano
comiendo dátiles*

ARNULFO VIGIL
Oficio Ediciones, 2014.



Fuentes consultadas

- ANGULO LUQUEN, Leopoldo, *La historia* (folleto), mayo de 1981.
- FERNÁNDEZ, Paulina, *El espartaquismo en México*, México, Ediciones El Caballito, 1978.
- HARVEY, Neil (comp.), *Cruce de caminos: luchas indígenas y las Fuerzas de Liberación Nacional (1977-1983), Dignificar la historia III*, Apodaca-Nuevo León, Grupo Editorial la Casa de Todas y Todos, 2018.
- IRACHETA LOZANO, A., Gutiérrez Martínez, H. F., Gloria Martínez, C., Vázquez Laguna, E., Rentería Medina, M., Torres Enríquez, M. A., Orozco Salazar, E., Escamilla Lira, H., Hilares Morán G. A., *Proceso 211/73: un proceso excepcional, culpables todos*, México, Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones, 1979.
- LAGARDA, Ignacio, *El color de las amapas*, México, Ediciones del Lirio, 2009.
- REVUELTAS, José, *Ensayo de un proletariado sin cabeza*, Obras completas, núm. 17, México, ERA, 1987.
- RESOLUCIONES del Segundo Encuentro de la Sierra “Heraclio Bernal”.
- ROBERTSON, T. A., *Utopía del sudoeste, una colonia americana en México*, The Ward Ritchie Press, 1964.
- SALAS OBREGÓN, Ignacio Arturo, *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario o manifiesto al proletariado*, México, Uasi-pungo, 2003.
- TOPETE, M. *Los ojos de la noche. El comando guerrillero Óscar González*, México, Taller Editorial La Casa del Mago, 2009.

LOS RÍOS SUBTERRÁNEOS
LA GUERRILLA SIN NOMBRE

Juan Aguado Franco

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Se imprimió en la ciudad de Monterrey, N. L.,
en marzo de 2023 en los talleres gráficos de
OFICIO EDICIONES, calle de Modesto Arreola
núm. 1010A Oriente, Col. Centro, C. P. 64000.

El tiraje consta de 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

El presente libro es un modesto pero poderoso testimonio de uno de los protagonistas de la guerrilla en México durante las décadas de 1960 y 1970 que busca echar luz sobre este periodo y derribar los mitos que se han ido repitiendo, pues a pesar de los muchos escritos sobre las guerrillas socialistas mexicanas de esos años, la gran mayoría parte de dos errores. El primero es que se ciñen a los documentos oficiales elaborados por la inteligencia del Estado, el segundo es que la mayoría de los protagonistas que han dejado su testimonio no han tenido, por la razón que sea, una visión integral de todo el proceso. Así, se ha insertado en el imaginario popular que las guerrillas socialistas mexicanas fueron producto de la radicalización de las protestas estudiantiles por la represión, por las masacres de 1968 y 1971.

Las guerrillas socialistas mexicanas son todo eso y más. Son estudiantes protestando en contra de una educación instrumental que sólo sirve al capital; son maestros rurales pidiendo recursos para sus escuelas; son campesinos hartos del robo de tierras; son comunistas antidogmáticos; son obreros que luchan por mejores condiciones laborales; son maestros y filósofos poniendo en práctica la teoría; son cristianos que utilizan la praxis marxista para traer el reino de Dios, la justicia y la libertad a nuestra tierra; son movimientos sociales que buscan una mayor apertura política; son gente común que se solidariza con las causas más justas para transformar el estado de las cosas. Los procesos sociales no nacen de la nada ni son producto de la ocurrencia de un caudillo. Son generados por la interacción de los individuos con las condiciones materiales que crean en conjunto y en las que están inmersos.

ARTURO IVÁN AGUADO QUINTANILLA



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

